FELIX URABAYEN

UNIV. OF ARIZONA
868.59 U72p mn
Urabayen, Felix/Por los senderos del mun
3 9001 03979 2273

# POR LOS SENDEROS DEL MUNDO CREYENTE

BE NET

ESPASA-CALPE, S. A.

# ESPASA-CALPE, S. A.

## COLECCION CONTEMPORANEA

### Volúmenes publicados

ARNOUX, ALEJANDRO.—El "cabaret".
BARRIOS, EDUARDO.—El hermano asno.
— Un perdido. Dos volúmenes.
BENDA, JULIAN.—
BRANDAO, RAUL.
CANCELA, ARTUR
COIMBRA, LEONA
Gracia.
CHEJOV, ANTON.-
CLERMONT, EMIL
DONOSO, ARMAN
D'ORS, EUGENIO.-
ria de las Espar
DUHAMEL, GEOR
ENRIQUETA, MA
— Enigma y símbol
FIALHO D'ALMEI
FRANK, LEONAR
GIACOMO, SALVA
GIRAUDOUX, JUA
tes (novela).
HARDY, TOMAS.—
HEARN, LAFCAD
— Kwaidan (cuent
JAMES, FRANCIS.
KUPRIN, ALEJAN
Rusia). Tres tom
LYNCH, BENITO.-
MADARIAGA, S.—
MANN, TOMAS.—
MANN, ENRIQUE.
MAEZTU, RAMIR
Celestina.
NOEL, EUGENIO.-
PROUST, MARCE
Dos tomos.
— A la sombra de
QUIROGA, HORA
RIERA, RAFAEL.
narraciones).
SIGHELE, ESCIP
— La mujer y el amor.
SCHNITZLER, ARTURO.—Anatol y "A la cacatúa verde".
THARAUD, J. y J.—Un reino de Dios.
TORRES BODET.—Poesías.
UNAMUNO, MIGUEL DE.—Tres novelas ejemplares y un prólogo.
URABAYEN, FELIX.—Toledo, la despojada.
— El barrio maldito.
— Toledo: Piedad.
VALERY-LARBAUD.—Fermina Márquez.
VIVANTI, ANA.—Los devoradores. Dos tomos.
ZANGWILL, ISRAEL.—Los hijos del Ghetto. Dos tomos.

UNIVERSITY
OF
ARIZONA
LIBRARY

*This Volume*
*Presented to the Library*
*by*
MRS. FRANCES DOUGLAS DE KALB

1963

Para

Courtenay De Kalb

De su fiel y siempre agradecido amigo al matrimonio de escritores.

Recuerdo cordial de

Urabayen

POR LOS SENDEROS DEL MUNDO
CREYENTE...

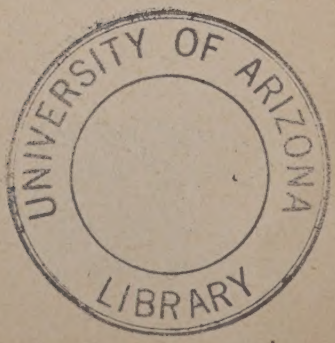
Talleres ESPASA-CALPE, S. A. Ríos Rosas, 24.-Madrid

FÉLIX URABAYEN

# Por los senderos del mundo creyente...

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA — ESPASA-CALPE, S. A.

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1928.
Published in Spain




Papel expresamente fabricado por La Papelera Española

868.59
U72p

POR LOS SENDEROS DEL MUNDO
CREYENTE...

64/65-G

# I

Tanto material como simbólicamente, lo mismo ayer que hoy, las dos cumbres toledanas han sido la catedral y el Alcázar. Pero la mole guerrera sólo aspiraba a triunfar en lo humano, y quizá por eso la encaramó retadora en la más alta planicie el monarca Carlos V, o, mejor dicho, su arquitecto Covarrubias; mientras que la catedral no se satisfacía con el *menu* terrestre, sino que anhelaba el maná celestial. Para esto era indispensable buscar la entraña de la ciudad. Sabido es que Anteo necesitaba hundir más sus pies en el barro cuanto más alto pretendía subir...

Si el Alcázar estuviese emplazado en la hondonada que cimenta la catedral, sus espigadas

torres serían unos deditos afiligranados y discretos, perdidos entre el puntiagudo repujado de ladrillo y piedra que, al pretender escalar el infinito, se fosilizó entre el Tajo y las nubes como lágrima de un gigante impotente contra Júpiter. Y Júpiter, en este caso, era Felipe II, que al trasladar la corte a Madrid hizo un flaco beneficio a Toledo.

"Tiene un templo sumido en una hondura...", dijo Zorrilla en su punzante diatriba contra la ciudad imperial. Y cuando realmente se aprecia la exactitud de esta observación es al descubrir de lejos el rizado encaje con que guarnece su torre o la parcial hinchazón de la gran mole catedralicia.

Raíces tan hondas engañarán siempre nuestra mirada, rápida y superficial, que a distancia apenas logra aprisionar detalles; ya son los rosetones precisos y claros, como sobrepuestos de labrado terciopelo, ya el remate de su cúpula asomando entre torres mudéjares y escalonados tejadillos. Desde el cerro de los Palos hay un momento en que la catedral recobra su grandeza, aunque no su inmensidad. Las paredes avanzan sobre callejones y viviendas, tapándolas con su principesco manto, y la torre—rica

tiara puesta en pie—rebasa el haz de veletas que le dan guardia de honor. También desde algunos cigarrales se descubre amplia y entera, empujada por la ciudad, que la cerca y apretuja, queriendo llevarla en triunfo, cual nueva Arca Santa que a todo trance hubieran de salvar...

Mas al internarnos en los barrios toledanos, la catedral queda escamoteada casi siempre por la extraña topografía de la urbe. Hay callejuelas en las que basta un campanil conventual para ocultarnos toda la majestad de la Primada. Felizmente nos tranquiliza la certeza de que por todas partes se va a Roma, y en Toledo, a la catedral también. Igual da que enfilemos la calle de Chapinerías, o demos la vuelta por la del Hombre de Palo; tanto importa desembocar por San Justo como subir por Pozo Amargo. Vanamente nos creeremos perdidos en el morisco pasadizo de Balaguer o junto al clásico porche de Santa Clara. Siempre, el riachuelo de aceras prietas y cortas—callejas de avaricia semita—nos arrastrará hacia el hondo agujero donde Toledo esconde su corazón.

Henos ya a dos pasos del gran templo, indecisos y azorados al recordar que aquí atenazó Galdós con su gloriosa zarpa a Angel Guerra, y

que el gran don Vicente, antes de hacerse mundial, anduvo por las Claverías, el Trascoro y la capilla del Sagrario. Hasta dicen que subió a ver la campana gorda. Y como nosotros no hemos llegado aún al grado de estupidez regresiva necesario para sonreírse de los dos únicos maestros que—pese a los aullidos de los monos que aún no han bajado del árbol—siguen siendo los *ases* de la baraja literaria, habremos de empezar confesando la humildad de nuestras pretensiones. Mucha catedral es para entrar en ella sin hacer antes acto de contrición. Hagámosle de antemano y cobremos valor considerando que fué un paisano nuestro quien puso la primera piedra de este edificio colosal: D. Rodrigo Jiménez de Rada, hijo del señor de Arguedas y Cadreita, villas ambas de limpio origen navarro. Luego, por juro geográfico—como diría el admirable Villaurrutia—, tenemos derecho a hincarle el diente retórico a esta santa catedral.

¿Por cuál puerta pasaremos? Todas las *Guías*, desde la altiva del centenario, en la que se masca una literatura de honesta procedencia, aunque orlada de filisteos anuncios, hasta las ayunas de arte, que pescan su erudición en las castizas lagunas de la leyenda, señalan con unánime

conformidad nueve puertas de acceso al templo. Fuente Ovejuna, o todas las *Guías* a una, que habría dicho Lope, si llega a olfatear la tragedia erudita de estas tragaperras literarias, báculo de viajeros inexpertos.

Nosotros no dudamos de que las puertas sean nueve; pero abiertas nunca vimos más que cuatro: las de Santa Catalina, Escribanos, Torre y Leones nos dieron siempre con su artística madera en las narices. Por la del Perdón sólo entran, desde el tiempo de Cisneros, los Reyes o los arzobispos cuando vienen a tomar posesión de la Silla Primada. Por cierto que, para amargarles la ceremonia, sin duda, es costumbre que la mayor autoridad de la Iglesia española, al pisar por vez primera el templo, se encamine directamente al sitio que ha de servirle de fosa. De este modo al recibir el cargo que le eleva a la suma dignidad, elige a la vez su nicho. Lo más alto y lo más hondo se enlazan bajo estas naves en el más grandioso de los simbolismos.

Nos queda la puerta del Mollete, del mejor plateresco toledano, y la puerta Llana, fácil, suave y accesible como su nombre. Pero la primera está maravillosamente descrita por Blasco y nadie la mueva, y en cuanto a la Llana, después

de Galdós cualquiera intenta poner a Roldán a prueba. Decidámonos, puesto que no hay otro remedio, por la que entra todo el mundo, sea turista o indígena, que es la del Reloj, llamada antes de la Feria. Apartemos el recio tapiz que la cubre. Ya estamos dentro de la catedral más rica de España, a bordo del más suntuoso galerón de la fe. Los enormes trasatlánticos, monstruos del mar, son cascarones de nuez junto a este pétreo navío, levantado por manos cristianas, y cuyas velas—de granítica dureza, como el nervio castellano—están formadas por ochenta y ocho haces de columnas que se despliegan muy arriba, graciosas y blancas, con rumbo al Cielo...

Puesto que la catedral simboliza lo más alto y lo más hondo del toledano solar, elijamos primero la hondura. Por las cuevas de doble boca que arrancan de la sacristía emprendemos el descenso. Un abnegado sacerdote, D. Ricardo Hidalgo, provisto de enormes llaves, va franqueando ágilmente obstáculos de ciclópea catadura. Mientras alumbra estas cuevas soberanas, nuestro amigo recuerda con nostalgia los buenos tiempos en que la Iglesia podía levantar templos de tan gallarda pujanza. Nosotros, contagiados

por el ambiente, unimos nuestros suspiros, evocadores de bellos días en que cada canónigo tenía aquí un arca muy grande para guardar sus pagas y la esportilla con que se medía el oro, pues no era cosa de entretenerse en contar las cuatro o cinco espuertas de onzas que por cabeza les correspondían.

Luego de bajar un rato, nos encontramos con otra catedral subterránea, de enormes, frías, muertas estancias. Hay pasadizos trabajados con holgura palaciega. Solamente el cuarto de las alfombras—la cueva que cae bajo el patio del Tesoro—ocupa el mismo espacio que toda la sacristía. En un centenar de arcones adosados a la pared se guardan los tapices valiosísimos, las colgaduras históricas, los labrados guadamaciles. La Iglesia de hoy, pobre y necesitada, se ha limitado a contemplar con tristeza riquezas tan admirables. Ante estos tesoros se ve lo poco que han arañado los chamarileros. En menos austeras manos, ya estaría todo en los Estados Unidos. Demos, pues, a Dios lo que es de Dios, que al César ya le pagaremos la cédula, aumentada, por supuesto.

Con andadura de sonámbulo cruzamos nuevas criptas, animados por dulce temblor de almas en

pena. La sabia voz del beneficiado nos aclara la topografía: "Ahora estamos bajo el Ochavo; vamos a cruzar el patio del Tesoro." En un salón inmenso nos sorprende ver grandes hoyos y anaqueles magníficos. Es el cuarto del vino para consagrar; aquí todo se hacía en grande. A un lado están las tinajas del aceite para las lámparas... Y siguen los laberintos oscuros, misteriosos; las bóvedas gigantescas, las recias jorobas de los cimientos. Esta lucha continua con la sombra empieza a angustiarnos. Positivamente, no estamos hechos para ahondar como los buenos abuelos del Siglo de Oro. También nuestra época prefiere la pirueta ingeniosa al esfuerzo metafísico. Y pues que la catedral es a la vez lo más hondo y lo más alto, trepemos hacia la torre, si el lector se encuentra con bríos para acompañarnos.

* * *

La primera veintena de escalones se salva en cuatro zancadas. Aún estamos al margen de la torre, aunque ya encima de los tejados: sobre la pequeña explanada de losetas que guarda unos

azulejos de Manises bellamente esmaltados, con el león rampante de D. Pedro Tenorio y las cruces del arzobispo Contreras. Aún nos parece inaccesible el segundo cuerpo, y, sin embargo, a nuestros pies quedan las agujas del Ayuntamiento, levemente iluminadas por el Sol, como cuatro cirios tristes que alumbran el catafalco municipal, donde los discretos varones juegan a hacer que no hacemos. Un automóvil del tamaño de las cajas de cerillas cruza el Arco de Palacio, espantando a dos académicos de Argamasilla, ágiles y menudos como polilla expulsada por viejos códices. Incluso los canónigos de manifiesta corpulencia no pasan del tamaño de hormigas negras. Si para la vista material es desoladora la altura, porque todo lo achica, ¡qué conmiseración no sentirá la mirada genial cuando desnude nuestras almas!

Hay que apechugar con la escalera de caracol si hemos de internarnos en la torre. En el cuarto de la campana gorda, y apacentados por un guía fantástico huronean algunos turistas valerosos. Son los mismos que suben a la Torre Eiffel, en París, y al Carillón, en Brujas. Los abandonamos a su destino, y agarrados a la maroma como remeros del Volga, escalamos a

oscuras la pendiente, de rápidas espirales y altos peldaños que nunca se terminan. Nos hacen rememorar las cuentas del rosario, que de chicos veíamos pasar medio adormilados, pareciéndonos que cada misterio tenía veinte avemarías, mientras aguardábamos impacientes el libertador Gloria Patri. Al cabo, se hace la luz. Hemos ganado el segundo cuerpo de la torre.

Mediodía. Los martillazos del reloj que tenemos sobre nuestra cabeza lanzan furibundos rugidos. Casi instantáneamente se despiertan todas las campanas vecinas; unas, lentas, perezosas, cansadas; otras, infantiles, joviales, pizpiretas. Junto a nosotros hay dos magníficas que el pueblo llama las *Plegarias;* son del tiempo del cardenal Portocarrero. Todos los días de fiesta dobla treinta y tres veces otra campana famosa, que la apellidan de *Fonseca.* Puede ser que ello tenga su leyenda y en todo caso no sería difícil inventarla, incluso con treinta y tres variaciones.

Lo malo es que hoy nos falta tiempo. Hay que subir más, subir siempre. Esto será muy simbólico, mas nada sencillo, dada la altitud. Inútilmente recordamos a Goethe en la cima de la catedral de Estrasburgo, a fin de inyectarnos

un poco de vanidosa energía. El ejemplo del genio no nos transmite el menor átomo de fe. Cerrando los ojos, haciendo la rana y agarrados a la barra con un fervor desprovisto de todo heroísmo, alcanzamos el límite del segundo cuerpo de la torre. No hemos llegado al final. Queda un chapitel revestido de pizarra, provisto de ventanas aguardilladas, que dan acceso a las coronas. Y quedan también las bolas que le sirven de remate y una cruz terminada en pararrayos, por aquello de que a Dios rogando y precauciones tomando. De todos modos, estamos satisfechos. Hasta aquí sí que no llegó Galdós, ni Blasco, ni Barrès, ni siquiera el deán, que está en todas partes...

—Bueno, ¿y a qué hemos subido?—dirá el lector, fatigado por ascensión tan penosa.

—¡Ah, pues a nada! Pero ya que estamos arriba, nos asomaremos a ver si vemos algo.

Desde luego no se parece a Toledo este burgo limpio, encintado de vendas grises, que dan vueltas y más vueltas en torno a las colinas. Tiene algo de teatral o de cartón de museo que nos es desconocido. Rojas oleadas de tejas dan cara al cantil del cielo. Se paladea el silencio en las callejas hundidas...

Pero esas torres de encañonados aleros, ¿no son San Miguel el Alto, las mudéjares de San Lucas y San Justo, el audaz entrecejo de San Lorenzo, el beato campanil de las Benitas? Lo son, sin duda. Nos faltó el hábito de mirar perpendicularmente. No habrían incurrido en tal error ni el genio ni los albañiles, que ya están acostumbrados a las alturas. Hasta la pelusa de los cigarrales se nos antoja más oscura, y el hondo trozo de río, una lengüecilla azul, que ensaliva apenas los cimientos del valle. Las torres parroquiales yerguen sus lanzas diseminadas en corrillos, como en las justas medievales. San Marcos, San Bartolomé, San Sebastián, Santa Isabel, San Juan de los Reyes, todas llevan a los flancos apretados ventanucos que les sirven de estribo; tejados que hacen de mesnaderos y les sujetan las calzas o les afirman sobre el lomo acaballado de solanas y ajimeces. Libres de pajes y siervos, el puente de San Martín, el Hospital de Tavera y los molinos del Egido enderezan solos su vieja armazón, emancipados de muletas protectoras.

Descendemos de la torre con el infinito cuidado de los protagonistas melodramáticos del *cine*. Al nivel de la casa del campanero, y por

una escalera de mano, se entra en un verdadero bosque de rojizas tejas, dispuestas en laderas, con sus senderos y colinas, lo mismo que en tierra firme. Son los tejados de gótico esqueleto que cubren la pesadumbre gloriosa de este fantástico pulpo de piedra. Se puede circular por ellos con absoluta seguridad. Arbotantes y botareles se abrazan sobre las disciplinadas tejas, y en su agonía forman agujas festoneadas en greca, de una delicadeza casi alada. A veces el arco ceñudo del botarel dispersa el empuje de las naves, y entonces los arbotantes corren en guirnaldas nupciales a unirse en el doble lecho de los fundidos contrafuertes.

Adentro quedan dilatados espacios de piel roja, como crustáceos monstruosos, que abren a trechos el agujero de sus mandíbulas para distribuir la luz. Y a toda esta osamenta de arcos, cresterías y techumbre hay que agregar las enormes bocas que iluminan los vitrales. Es un espectáculo raro en el que se amalgaman la solidez y la ligereza, la argamasa realista y el suspiro ascético, la gracia y la fuerza, el cimiento que horada la tierra y las alas que quieren volar empujadas por los botareles. En grandeza y en tamaño, esta artística cabellera de la Prima-

da supera a Nuestra Señora de París. Pero nos ha faltado un Víctor Hugo...

La cubierta de la capilla de San Pedro forma una plazoleta irregular rematada en castilletes, cubillos y almenas. Antiguamente, para dar mejor apariencia de fortaleza al último lecho del condestable, el remate estaba desnudo; ahora tiene un tejado prosaico, que aburguesa su fiereza. Abundan los signos lapidarios, cuya finalidad, según el docto y malogrado Lampérez, era distinguir los talleres diversos de canteros, plomeros y alarifes que en la construcción intervenían. Se dice que de tales signos han salido las bases para la organización masónica, con su escuadra y su compás. La Historia, por lo visto, tiene sus ironías al ver brotar en los sillares de la aristocracia símbolos de un democrático hormigueo...

Descansemos un minuto en la solana octogonal, extensa y pulida, que sirve de techumbre a la capilla de Gil de Albornoz, otro bravo arzobispo que manejaba mucho mejor la espada que la estola. Toledo, visto desde aquí, es algo tan asombrosamente bello en su desolación, que la vista olvida instintivamente el esfuerzo humano ante la paleta divina. Es el paisaje menos co-

nocido y apreciado, aun de los toledanos mismos. Como en los cuadros al óleo vistos muy de cerca, todo en él aparece fundido y hasta imperfecto. Se percibe la arcilla, las manchas amarillentas de los sucios paredones, las vendas deshilachadas de los caminos. Mas los segundos términos ya son claros y precisos, y el maravilloso fondo creeríamos cogerle con sólo alargar la mano, sobre todo la posada de la Hermandad, con su pesado portón, sus reyes de armas y sus cuadrilleros de piedra labrada. Y junto al río la dramática silueta de la casa del Diamantista.

Entre el hervor de tejados que trepan sobre el revuelto caserío aparecen trozos magníficos de jardín, que a veces invaden incluso el negro embudo del callejón del Muerto. Es el único barrio toledano pródigo en fronda, como si quisiera sacudirse la pesadumbre de tanta pared monástica. Los hay junto al Seminario, en Santa Isabel, hacia San Lucas, por Plegadero... Desde aquí divisamos la magnífica parra que cubre el patio de Angelito Vegue, "as" toledano del chismorreo erudito. Si el amigo se decidiese a enseñar su casa mediante dos reales a los turistas, no necesitaba volver a escribir una crítica de arte en su vida.

Hemos tenido la pésima idea, antes de bajar, de mirar las vidrieras por las enormes bocas que se abren en lo alto de las naves. ¡Qué lástima! Tan divinas cuando el sol las acaracia, tan inconsútiles vistas desde abajo, con sus esmaltes fundidos en irisaciones gloriosas, tienen de cerca unas espaldas opacas, por las que corre el plomo corcusiendo plebeyamente las junturas. ¿Dónde están los azules luminosos, los amarillos tan puros, los rojos de incendio y los morados de púrpura que ríen alborozados sobre las losas del altar mayor?

Lo que sobrecoge, de cerca y de lejos, es el arte soberano de los imagineros medievales. El rosetón de la puerta del Reloj, donde nos hallamos, aparece orlado de figuras portentosamente modeladas en piedra. Cabezas de santos, de monjes, de obispos, de diablos, de monstruos; toda una guirnalda gesticulante, en la que florece la prócer fecundidad del gótico...

Al cruzar junto al boquete del Trasparente asomamos indiscretamente las narices y nos quedamos de una pieza. La admirable hojarasca barroca que en las páginas de Barrès y aun en las de Ponz aparece como mármol divino, es vulgar escayola con dos arrobas de polvo. Ahora

se explica cómo desde el suelo la marmórea mole va tornándose cada año más acerada y sombría. El polvo de varios siglos la ha ido ensombreciendo. A lo mejor , todo el pétreo carácter de nuestros grandes hombres fué también para sus contemporáneos la más vulgar escayola. ¡Después de ver el Trasparente, cualquiera cree en la Historia!

En el Triforio—galería cercana a las bóvedas, provista de hermosa balaustrada mudéjar—, la suerte nos reservaba una emoción violenta. Desde este punto estratégico se domina la traza íntegra de la catedral. El gran rosetón del Trascoro la envuelve en chorros de luz azul, que bajan calladamente a enredarse en los laberintos de la piedra sagrada. Y en medio de esta aureola de espiritualidad hemos visto el andamiaje descriptivo, la arquitectura interna que nuestra pluma buscó inútilmente en lo alto y en lo hondo...

Son cinco naves grandiosas que arrancan del pentágono inscrito en la puerta del Perdón. Cinco senderos alumbrados por un río de luz, que se tamiza en el cuerpo de los santos y arzobispos, refugiados en los vidrieras. Cinco palios recamados de piedra gótica, sostenidos por ha-

ces de columnas inmaculadas y esbeltas como varas de nardo. Cinco bosques de recias lanzas con anhelos de ciprés, bajo los cuales se acostó una raza a escuchar el son litúrgico de los místicos rezos del coro...

## II

Al azar hemos elegido la primera, esta nave que empieza en la plateresca puerta del Tesoro y termina ante la capilla de los Reyes Nuevos. Dos heraldos de piedra, adecentados con todo el *confort* suntuario del siglo XVI, actúan de vigías y van a servirnos de hitos geográficos.

Y a fe que el sendero es accidentado de veras. Por un lado le limita una cadena de capillas, primorosos relicarios hechos para conservar religiosas leyendas e históricos recuerdos. Por el otro, la interminable hilera de columnas que desde el suelo se elevan hasta las bóvedas con esa gallardía del gótico, tan enérgica y tan delicada a la vez. Un reguero morado baja desde las vidrieras a romperse contra la estriada puer-

ta del Tesoro, iluminándonos el camino con la tornasolada sonrisa de sus hilos inquietos. Avancemos, pues, confiadamente, no sin pedir perdón al lector por haber limitado nuestra primera nave con algo tan frágil y poco sustancioso como un reguero de luz...

Por nuestra parte, le perdonaremos igualmente la descripción plúmbea de las riquezas ocultas tras la puertecilla, de legítimo plateresco, guardada por siete llaves. Obligan a sacar billete, y tenemos hecho voto de no entrar nunca donde haya que desembolsar el más liviano denario. Si el divino Rabí se dignase volver a la tierra, no nos reprocharía el haber contribuído con un solo cartoncito perforado a fomentar en su templo el culto pagano de Mercurio el financiero...

De consiguiente, sigamos nuestra ruta despacito, puesto que en el pequeño espacio que media entre las puertas de la Presentación y Santa Catalina cuatro capillas nos solicitan. No son muchas; pero menos da de sí la piedra de otras catedrales célebres. Ni es el suyo un mérito extraordinario; mas tampoco falta en ninguna el detalle suntuoso o la referencia erudita. Ya es el crucifijo de talla y las ricas hornacinas, en

la de doña Teresa de Haro; ya el retablo ojival, de tradición belicosa, en la de Nuestra Señora la Antigua, donde se bendecían los estandartes que marchaban a pelear contra el moro. ¿Y cómo no detenernos ante la verja—de Céspedes—que encierra la pila bautismal con un férreo encaje de curvas armoniosas como pábilos centelleantes?

La última capilla de este trozo es la de la Piedad. Los doctos y los académicos—mucho más doctos—pasan de largo. Por eso mismo, nosotros, que somos meros paseantes, vamos a detenernos un segundo; más que por las esculturas, de una vulgaridad casi moderna, por la distinta manera que estas figuras tienen de expresar la esencia cristiana. Representan a Santa Teresa y a Nuestra Señora de la Piedad. La doctora de Avila eleva la mirada al cielo con mística adoración. Una mirada que es toda deseo y fervor hacia el Amado. En sus labios, entreabiertos, casi móviles, se adivina el inmortal soneto: "No me mueve, mi Dios, para quererte..."

Los ojos de la otra imagen destilan el dolor concentrado, íntimo, sangrante, al verle "clavado en una cruz y escarnecido". Son las dos únicas mujeres que supieron amar limpiamente y

a lo divino; la una, con vehemencias de enamorada; la otra, con resignación materna. Lo triste es que, pese a su saludable ejemplo, el cristianismo se descolgó a la tierra pecadora, cayó en la acera pública y acabó por organizarse como cualquier ley del Fisco. Y ya no sabremos nunca rezar como estos labios, ni expresar el dolor como estos ojos...

¡Desventurada Piedad! Un solo artista se te ha acercado con los pinceles: aquel divino Morales, que fué el Méndez Bringa de los tiempos de Felipe II. De entonces acá, tu símbolo doloroso y terrible se ha ido deshaciendo y aconfitando. Ya tus mejillas, rayadas por el más alto dolor espiritual, se han transformado en una carita pálida de cromo. Los hombres han achicado tu pena y han ocultado la vida de tus entrañas. Queda tu mirada: mirada profunda, mirada de madre. Tal vez Europa, la del ceño adusto, acabe como tú: sosteniendo entre sus brazos el ideal crucificado de una civilización mal comprendida...

Un nuevo alto en el camino, que bien lo merece la capilla de San Pedro y también su fundador, el arzobispo Sancho de Rojas. Hablando de él dice Fernán Pérez de Guzmán: "Fué alto

de cuerpo, delgado y descolorido." Tres adjetivos le bastan al autor de *Generaciones y semblanzas* para reconstruir su retrato. Y las pinceladas espirituales le aventajan en vigor y exactitud: "De muy sutil ingenio, muy discreto y muy letrado. Honesto y limpio de su persona. Asaz limosnero; ayudó e amó mucho a sus parientes." ¿No es verdad que en estos rasgos se advierte un aroma semita?

El apellido Rojas, tan castizamente toledano, se comporta muy desigualmente dentro de la corriente histórica racial. O forma una galería honesta de respetables canónigos, abades y arzobispos, o suelta un lebrel audaz—entre rabelesiano y mundólogo—, como los autores de *La Celestina* y *Don Lucas del Cigarral;* abogados, que diríamos hoy, de muchísimo cuidado. Aun ahora no se ha perdido del todo la semilla literaria de tan honroso apellido; la pluma de nuestro camarada el toledano Jiménez Rojas se mantiene fiel a su abolengo artístico.

Estábamos en la capilla de San Pedro y, si no recordamos mal, mirando unos frescos de Bayeu que no alcanzarán la inmortalidad, pese a sus altos vuelos, y una espléndida sillería tallada en nogal que acoge al cabildo cuando hay

obras en la gran nave. Por cierto que al pie de esta capilla, en el cruce mismo de uno a otro coro, quiso ser enterrado el bondadoso Sancha, cardenal de fino gracejo, el cual llamaba siempre a sus canónigos "mis cuñados". ¿No le guiaría un anhelo de humildad póstuma al elegir para fosa tan estratégico emplazamiento?

Empotrado en la pared externa, a un par de metros de altura, queda también el sepulcro de don Alonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera. Saludémosle reverentes antes de pasar adelante; es el autor del *Corbacho,* libro escrito con la misma salsa picante y espesa que sazonaba las páginas de otro compañero suyo, el buen Arcipreste de Hita. Esta es Castilla, que fizo arciprestes artistas y prelados medianías...

Hora es ya de que encontremos en nuestro áspero camino erudito unas gotas reconfortantes de licor anacreóntico. Entre el prieto encaje de piedra estofada y retorcidas molduras que forma la puerta del Reloj hay un rinconcito soberanamente adánico y edénico. Es aquí, y no en el Trascoro, como creyó el maestro Blasco, donde está el camafeo renacentista, en mármol, de un formidable erotismo. Nos le enseñó un sabio canónigo, cuya densa cultura clásica le impidió

escalar el obispado; y aun cuando cae lejos de la mirada del turista, nosotros siempre le dedicamos una ojeadilla por elevación.

En este famoso bajorrelieve, los alarifes vertieron toda su paganismo socarrón. Reproduce las figuras de Adán y Eva en época muy anterior a la invasión de los sastres, modistos y peluqueros de señoras. (Parece probado que los más "vivos" en aparecer fueron los peleteros.) Lo paradójico está en que ambos personajes, de puro origen bíblico, se empeñan mano a mano en dar una interpretación esencialmente francesa, y más que moderna, ultraísta, a la mecha y a la lámpara, colocadas en Grecia bajo la advocación de Eros. (Esto sí que es escribir para ursulinas y con censura esclesiástica.)

Frente a la capilla del Sagrario doblamos con respeto la rodilla. Siempre hemos sentido admiración por esta carita morena tan pequeñita y tan linda, de la Patrona toledana. Y conste que no pensamos explotar nuestro fervor, como algunos paladines de la Fe. Nos limitamos a satisfacer la cuota que nos corresponde en calidad de cofrade consorte. En España, a los liberales, toca pagar y callar, y a las derechas, cobrar y ponernos verdes...

Pasaremos de largo ante la sacristía. Y lo sentimos; no por las ricas casullas, ni por los encajes sutilísimos, ni siquiera por el *Espolio*, con ser uno de los Grecos que más nos entusiasman. Lo que veríamos otra vez, y mil, es la Biblia de San Luis, joya apenas igualada entre las de Europa. Pero aquí se corta también el cartoncito; por consiguiente, huyamos. Además, en la capilla de los Reyes Nuevos nos aguardan algunos conocidos nuestros, gracias a los manuales de Historia. Estos Reyes Nuevos no pueden ser más viejos: ¡como que son los Trastamaras! Encontramos—en su tumba, desde luego—a Enrique II, el fundador de la Casa, o, si se quiere más claro, el que rebañó la yugular al cruel D. Pedro, gracias a su peón de confianza, Duguesclín. Otros dos mausoleos, con sus estatuas yacentes, encierran las cenizas de Juan I el de Aljubarrota, y de su esposa, doña Leonor, y frente a ellos reposa el doliente don Enrique. Echamos de menos al indeciso D. Juan. Por lo visto, como sólo le separaba un liviano tabique del fúnebre feudo de D. Alvaro, la emprendió a correr despavorido y no paró hasta dejar sus huesos en la Cartuja de Miraflores, sin sospechar que al huir de nuestra pluma caía

en los dominios literarios de Grandmontagne, el maestro del humorismo histórico...

Bueno está aclarar que todos estos personajes no pensaban dormir aquí eternamente. El primer Trastamara tenía gran interés en que se le enterrara "delante de aquel lugar donde anduvo la Virgen Santa María e puso los pies cuando dió la vestidura a Santo Alfonso". Está claro el sitio, ¿no? Pues de poco le sirvió dejar bien atados los cabos. En tiempo de Carlos I, entre el arzobispo Fonseca y el cabildo los echaron a este rincón, "porque embarazaban mucho para las procesiones y porque donde posó sus plantas la reina del cielo no debían existir sepulturas de cuerpos humanos aunque de reyes".

Convengamos en que de momento no están mal alojados. La traza de la capilla es de Covarrubias, y en la ornamentación trabajaron los artistas más grandes que pisaron la catedral: Diego de Egas, Domingo de Céspedes, Juan de Borgoña. Y por si algo faltaba, capellán de Reyes fué un dramaturgo muy aceptable, precursor de *Azorín,* a quien llamaban D. Pedro Calderón de la Barca.

Hemos recorrido ya la nave íntegra. Estamos al final del camino y no vemos aún la huella con

que el mundo creyente debió dejar marcado su tránsito por este primer sendero. Acaso lo cruzamos de prisa o con la vista sobrado alta para apreciar el rastro espiritual. Harto atentos a la piedra, se nos olvidó que los símbolos no se encuentran en lo alto, sino en lo hondo. Retornemos al punto de origen, bien fijos en tierra los ojos, ahondando con la mirada.

¿Cómo habremos podido pasar indiferentes? La nave entera es un inmenso ataúd, cubierto de losas fúnebres que forman verdadera calle, principalmente frente a la capilla del Sagrario. Son lápidas de cardenales, cuyos restos duermen aureolados por el brillo de estas placas cuajadas de latinas vanidades. En casi todas, la inscripción es una verdadera hoja de servicios, alternada con oraciones para el reposo del alma. Sólo en una de ellas se leen tres palabras secas, concisas, rotundas, grabadas sobre la plancha de cobre, bajo el obligado aquí yace: "Pulvis. Cinis. Nihil" dice en latín la leyenda.

Se siente un escalofrío ante estos tres renglones desoladores. "Polvo. Ceniza. Nada..." Y este espantoso salmo bíblico lo firma, con su cuerpo, la más alta cumbre de la Iglesia en los finales del siglo XVII y principios del XVIII: aquel

ilustre Portocarrero, gran facedor de reyes y galante cardenal que gustó la prohibida golosina en labios de una embajadora tan diplomática como la princesa de los Ursinos...

¿Fué la humildad o el escepticismo quien dictó al arzobispo semejante epitafio? De origen modesto no era. Los Portocarreros descienden de los Lasso de Vega. Una hermana de Garcilaso casó con el conde de la Palma, título que lleva también Portocarrero. Luego el diplomático arzobispo venía de entronque heráldico y de casta poética. Lógico era que aquella linda princesa, inteligente en todas las voluptuosidades, como buena discípula del Rey Sol, buscara el místico arrimo del gran cardenal, quien tuvo singular complacencia en apagar el fervor de una tan honesta dama, como diría Brantôme. Algo de esto, al menos, hemos leído en cierto libro erudito: *El palacio Farnesio en los tres últimos siglos*, por Ferdinand de Navenne. Como se ve, no ocultamos nuestras fuentes bibliográficas, funesta costumbre que nos vedará aspirar a escritores deslumbrantes.

Aparte su abolengo, Portocarrero era un hombre arrogante. Los medallones de la época le representan alto, fuerte, blanco, enérgico y de as-

pecto venerable. Luego, los historiadores han manchado este retrato; dicen que pecaba de porfiado y terco. Los eruditos remacharon más tarde el clavo, llegando a poner en duda su capacidad mental. Añade Saint-Simon en sus memorias que fué devoto y orgulloso. ¿Cómo, entonces, anidó en tan grande orgullo esa suprema humildad que refleja la frase grabada en su sepultura?

Toda su vida marchó por el sendero triunfal del poderío ilimitado. La suerte le prodigó cuantos halagos puede apetecer el humano deseo: dominio, nobleza, amor, fortuna, pasiones violentas y un medio propicio para satisfacerlas sin tasa. Mas era creyente, y su fe le iluminó con los cendales pesimistas del *Eclesiastés* al presentir la eterna noche que no tiene aurora. ¿Qué significaba su vida ante el enorme estiaje del río humano que le empujaba ya hacia el olvido?

Polvo, ceniza, nada; las tres amargas líneas escritas sobre la tapa de su ataúd. Puede el hombre fabricarse un caracol que le sirva de morada inmortal y amortajarse con un ideal artístico. Su esfuerzo sólo valdrá como célula corporativa, como molécula social, como ruedecilla

de la inmensa máquina. El individuo necesita renunciar a su oropel. Somos polvo de un camino que jamás conoceremos; eslabones de la gran cadena, que se repite eternamente, lo mismo que en la Naturaleza su suceden las noches y los días. ¿Para qué, entonces, el triunfo, el anhelo personal, la ambición creadora?

¡Sendero de la vida interior que conduces a la humildad franciscana! Líbranos del fatalismo desolador que amargó las postreras horas del soberbio Portocarrero. Nos horroriza tumbarnos en la cuneta del camino. Quisiéramos aportar nuestro haz o nuestra gavilla a los acarreadores de mañana con la esperanza de una utopía consoladora; ser eslabón, y no cadena; ser un libro, no una edición anónima. La ilusión alimenta tanto como el pan; y ya que hemos de ser polvo, ceniza, nada, busquemos siquiera la razón de esta verdad que Portocarrero encontró por los senderos del mundo creyente...

## III

Nuestros lectores—si por acaso los hubiésemos—aún están a tiempo de volverle la espalda a esta literatura peripatética salpicada de prudente husmeo histórico. Con la pluma transformada en azadón, seguimos decididos a encontrar—y a mondarlo en lo posible de pesadeces cronológicas—el esqueleto de la verdad metafísica que el mundo creyente enterró en cada uno de estos senderos. Y como son cinco naves, cinco son las descripciones, ¡oh amado Teótimo!, que te aguardan. De manera que sálvese quien pueda.

Hoy nos toca recorrer la segunda nave, en la cual hay una sola capilla, dato que siempre alivia algo. ¡Y qué capilla! De la Descensión se

llama, y rezuma leyendas por todos los poros de sus bellísimos mármoles. Hállase emplazada en el pequeño recinto donde la Virgen posó sus pies ayudando a vestir la casulla a San Ildefonso. Las raíces espirituales de tan desusado milagro arraigaron de tal suerte en las gavetas cristianas, que, gracias a ellas, pudo levantarse este portentoso templo, algo mayor que el de Jerusalén, aun cuando el arzobispo Rada no se diera la importancia de un Salomón, ni, a cuenta de ser historiador, se le ocurriera autobombearse, como es uso y razón en los tiempos de gracia que corremos.

Desde Rada a Cisneros creyérase ya hábito tradicional el que todo arzobispo hubiese de esculpir su ofrenda, y con ella algo de su personalidad, en el retazo de templo que su vida le permitiera levantar. Nuestra capilla en cuestión corrobora esta tendencia al mosaico. El templete es de los tiempos de Fonseca; la reja y el escudo, de Sandoval y Rojas; el frontal, de Moscoso; el capelo, de D. Pascual Aragón. En cuanto al altar, lo hizo Borgoña, que no era cardenal, pero mereció serlo. Es, en suma, la capilla un pequeño *Espasa* biográfico de todos los gremios; un resumen sintetizado de este arse-

nal religioso que se llama la Catedral de Toledo.

El resto de la senda le componen magníficos racimos de columnas góticas, cuyos nervios se afinan y estilizan a medida que presienten la abovedada techumbre. Camino triste y solitario, limpio de escultóricos adobos, que nace junto a la puerta de la Torre y agoniza en la capilla de Santiago; el suntuoso panteón donde Lunas y Santillanas duermen su último sueño, presididos por el trágico valido y la desdichada doña Juana Pimentel.

De las cinco naves, ninguna tan sobria en ornamento arquitectónico. A retazos, los flancos del coro y del altar mayor rompen la continuidad austera del severo camino. Silencio, luz discreta, soledad absoluta. Apenas de tarde en tarde atraviesa el canónigo que se rezagó en el coro o la devota que va a hacer sus oraciones al Cristo Tendido. Nadie se detiene. Incluso los turistas, que la puerta del Reloj renueva incesantemente, se desvían de su curso normal y atraviesan ante el coro, avizorando rápidos los lugares marcados con asterisco, donde la *Guía* les aconseja extasiarse. Y la nave, cada vez más sombría ante tan injusto olvido, permanece días enteros aletargada bajo el gótico caparazón de

sus bóvedas, con una indiferencia orgullosa que la hosquedad de las gentes acrece.

Hay, sin embargo, dos o tres días en el año, de verdadero triunfo, en los cuales el olvidado sendero se resarce de pasadas vejaciones. Las octavas de fiesta grande, Corpus, Semana Santa y el Sagrario se solemnizan en Toledo repitiendo la gran procesión por el interior del templo. Es el momento en que nuestra nave adquiere un brillo inmortal, casi pagano. La fantástica araña del rosetón que corona la puerta del Reloj enreda su tela luminosa en los arquitos árabes del Triforio, encendiendo con un gran fulgor de aureola el arranque de la nave. El cardenal, revestido de purpúreas sedas y cubierto de fulgurante pedrería, cruza bajo el haz milagroso que las vidrieras formaron devanando hilos de sol en las túnicas multicolores del pequeño pueblo refugiado en las alturas. Lleva detrás al cabildo, engalanado también con fastuosas casullas. Un coro de voces infantiles canta el triunfo de la fe cristiana entre columnas de incienso que se pierden junto a las mudéjares labores del techo y acarician nuestro oído con una voluptuosidad clásica, apolínea, fría. Han abierto la gran puerta del Perdón, y la luz cruda de fuera

entra a chorros hasta el trascoro. Vista así la brillante procesión, desfilando entre músicas y cantos de alada gracia, esfumada bajo las espesas y olorosas nubes del incienso, evoca el paso de las canéforas coronadas de rosas por las arcadas del Partenón, y la senda sombría olvida su tristeza gótica para inflamarse con la alegría juvenil del alma encantadora de Atenas...

Ilusión de una hora. Pronto el silencio y la sombra reinarán de nuevo en la escondida nave. ¡Sendero ascético, propicio a la meditación! En los dos rincones más recatados solían sentarse a oír plácidamente los rezos de coro y a saborear de paso el soberano crucifijo del altar mayor, dos artistas del idioma. Nos referimos a Castelar y a la Pardo Bazán. Doña Emilia, la escritora casi varonil, sentábase en el basamento de la derecha. Don Emilio, el florido orador, prefería el escabel de la izquierda. Pero a ambos les unía la misma embriaguez artística. Todas las tardes pasaba junto a ellos el penitenciario, saludándoles amistosamente. Antes que se nos olvide. Este canónigo que se inclinaba gentil y reverente llamábase Manterola.

¡Camino de espartana soledad! Tus espléndidos macizos de columnas—palmas de canóni-

go en Domingo de Ramos que se abren triunfadoras al final del ondulante tallo—no han consentido en servir de cripta a fúnebres despojos cardenalicios. ¡Sendero limpio de losas sepulcrales, tan indiferente al bullicio forastero como al recato mortuorio! Senda empobrecida y modesta, que chocas con la magnificencia exuberante de un templo pródigo en joyas, ¿por qué guardaste el cuerpo de Moscoso al pie de la capilla de la Descensión, es decir, en el único relicario artístico que la suerte confió a tu custodia? Acaso te infiltró su alma aquel cardenal de quien pudo decir la historia "fué pobre para sí, rico para los demás". Quizá repasando su vida encontremos la razón de esta abnegada largueza con que entregaste a las restantes naves las ricas preseas que habrían engalanado también el ambicioso camino por donde el mundo creyente aprendió a marchar hacia la renunciación y el desprendimiento.

* * *

El castellano refrán que dice "parientes y trastos viejos, pocos y lejos" no rezaba indudablemente con D. Baltasar Moscoso y Sandoval,

apellidos—como el lector habrá notado, a poca heráldica que sepa—nobles por tres costados lo menos. Dos de sus tíos sobre todo fueron dos alhajas. Llamábase el uno Bernardo de Rojas, célebre arzobispo de Toledo, protector de Cervantes, que vivía en el cigarral de Buenavista. El otro era duque de Lerma y valido de Felipe III. Con un par de tíos así, claro es que no se muere en una parroquia rural sirviendo de pasto a Pérez Escrich, sino en la Primada de las Españas, última cima a que cabía aspirar, ya que no existían Lunas ni Borgias que elevasen al Vaticano. Comenzaba a iniciarse nuestro descenso en la historia del mundo, y fuera locura soñar con la silla gestatoria.

Por parte de sus progenitores, disfrutaba el futuro cardenal de no menos recias aldabas. Era su padre D. Lope Moscoso Ossorio, conde de Altamira, y su madre, doña Leonor de Sandoval y Rojas, del marquesado de Denia, nieta del cuarto duque de Gandía—San Francisco de Borja, el de la famosa frase "no más servir a señores que en gusanos se convierten"—y aya, por añadidura, de Felipe IV.

Cuando se tiene una madre tan palatinamente encumbrada y un tío con los escrúpulos del du-

que de Lerma, no es demasiado sorprendente encontrar al joven Moscoso en el deanato de Toledo a los nueve años de edad. Ya antes había sido arcediano de Guadalajara, canónigo de Toledo y capellán de Reyes en nuestra Catedral. Ordinariamente, para cada uno de estos cargos se exigía toda una vida de austeridad, refrendada con doctos méritos. Pero el rey era tan bueno que se pasaba el día rezando el rosario y el de Lerma al paño, protegiendo a la familia. Así le ha lucido el pelo a España con gobernantes siempre dispuestos al sacrificio.

Veinticinco primaveras contaría el mozo cuando le concedieron el capelo cardenalicio. Y como tuvo en seguida que ir a dar gracias al rey, a besar la mano al duque y a escuchar las sabias amonestaciones maternas, se le olvidó cantar misa; así que en cuanto despachó sus deberes de cortesano corrió a hacerse presbítero. Nunca es tarde si la vocación viene por derecho.

Razón tenía en no apresurarse. Al recibir las órdenes sacerdotales le llueven las aflicciones. Muere la madre, y su carrera parece truncada. Menos mal que, para alivio de orfandad, le quedaba el tío, quien algunos años después, y con mucho disimulo, le nombra obispo de Jaén. Esta

mitra era entonces de las más sólidas, financieramente considerada, algo semejante a lo que es hoy la diócesis de Vitoria.

Pese a su rápido encumbramiento y escasa preparación, cúmplenos declarar que hizo un excelente obispo. Poseído de hormigueante inquietud, funda conventos, instituye cátedras de Moral, da conferencias, acribilla al vencindario con ascéticas pastorales, arrecia en sus edictos contra los trajes femeninos (¿ya?) y el lujo de los galanes (¡oh!), hace justicia seca en la provisión de los curatos, canonjías y gabelas, y recoge a las amorosas tórtolas libres, que según cuenta ingenuamente un carmelita de la época, "abundaban mucho".

¿Abundaban? ¡Cristo Padre! ¿No eran éstos los honrados tiempos de Calderón de la Barca? ¿No fueron *El alcalde de Zalamea* y *El médico de su honra* reflejo de aquellas honestísimas costumbres? ¿O es que el teatro antiguo fué también parche retórico, zurcido de estruendosos ripios, que a la par de cubrir el inmoral divieso ensalzara las virtudes de que carecía la raza? No de otro modo cabe compaginar el que en una época en que tanto se loa e incensa el honor, nuestro infatigable obispo atiborrase los

conventos de vírgenes fatuas, que encendían su lámpara en los mismísimos luminosos argumentos del gran Calderón...

Esta actividad del obispo no se limitó, por lo demás, a lo espiritual. Un día sí y otro también se plantaba en Madrid. ¡Lo que viajó el bendito D. Baltasar en sus veintiocho años de obispado! Y eso que entonces no abundaban los aviones, y sólo el recorrer la diócesis representaba ya un sacrificio. También estuvo en Roma, enviado por Felipe IV, probablemente con el noble afán de quitárselo de encima, si bien el pretexto fuese armar cruzada contra los luteranos y tratar de sacarle unos dineros al Papa, quien, como buen italiano, obsequió al obispo con sus más épicos aspavientos y no soltó ni una piastra.

Recorrió el buen Moscoso toda Italia, y a su retorno en Madrid hácenle del Consejo de Estado, y se retira al noviciado de la Compañía de Jesús, no sin darse antes una vuelta por su episcopado. Si le querrían en Jaén, que pensaron celebrar fiestas estruendosas en honor del que creían sucesor suyo, un arcediano listo, docto y desprovisto de sed caminante. Entre tanto, el prelado salía otra vez camino de Roma, pero se le antojó quedarse en Cartagena, hasta que,

persuadido de que no le salían bien las cuentas arzobispales, se decidió a apacentar su rebaño con ejemplar mansedumbre, si hemos de creer a su biógrafo, el cual asegura que, "aunque no ignoraba D. Baltasar los que habían mostrado deseo de otro obispo, jamás empero hizo acción ni dijo palabra en que diese a entender estar quejoso".

Lo curioso es que, no perdonando intriga ni escalón para elevarse, pasábase la vida amagando con renunciar a sus cargos (¡sendero de la ambición que conduces al desprendimiento!). Ya en vida de su madre, quiso dejar el deanato. Dos veces intentó declinar la mitra de Jaén, y, aprovechando la visita al Papa, trató igualmente de soltar el báculo. Hasta en la losa que guarda sus despojos se hace constar en gruesos caracteres que por tres veces renunció a la diócesis de Toledo. Reconocemos sinceramente que ni Escipión, ni Dioclesiano, ni el mismísimo *Gallo* fueron tan pródigos en retiradas como el cardenal Moscoso.

Ello no impide que al cabo le hicieran arzobispo de Toledo. A tanto porfiar... Ya podían decorosamente echar las campanas a vuelo en Jaén. Apenas aguantado el largo ceremonial po-

sesorio, reanuda sus viajecitos; el caso era estar lejos del cabildo. Durante dos años, no reposa jornada entera ni hace asiento en ciudad ni lugarejo. A Madrid sobre todo le tenía ese apego característico de los catedráticos de provincias.

Con tan prolongados trajines claro es que habían de ocurrirle lances pintorescos, y aun algunos milagrejos le cuelgan. En Andújar, por ejemplo, al atravesar el Herrumblar, que venía desbordado, se asomó a la ventanilla y "con la muleta—dice un relato de la época—fué gobernando los machos de fuerte, que hizo cortar el río y tomar tierra". Verdad es que el milagro se atribuyó más que al arremangado brazo del cardenal a la imagen de la cercana ermita, Santa Potenciana, por señas.

En otra ocasión, Moscoso se sintió émulo de Jesús, y nada menos que multiplicando los panes. Habíase cerrado de banda su limosnero, alegando no quedar ya en las despensas ni una miga. El cardenal, con su cortés blandura, replicóle que sí había y mandó abrir la puerta. En efecto, aparecieron numerosas hogazas, sólidamente apiladas; vistas las cuales por el limosnero, se arrodilló al punto gritando: "¡Milagro, milagro!", sospechamos que ante la sonrisa

del purpurado, que a fuer de buen diplomático debía de conocer bien a sus servidores.

Demasiado cardenal para tan pobre ambiente, todo su dinamismo, toda su inquietud, toda su sagaz diplomacia, hubo de diluirse en minucias sin grandeza. Se mete con las sillas de la catedral, y arma la primer marejada. Pleitea con la Orden de Caballería de Santiago y con la de Calatrava. Por una cuestión de etiqueta, le arma el pleito ocho mil al corregidor Gómez de Cárdenas, y nueva danza judicial en la Primada sobre la forma en que ha de llevarse el palio. Pero sus más densas algaras de papel sellado fueron con el cabildo. Se llevaba muy mal "con los cuñados", como habría dicho el cardenal Sancha. Años y años duró el forcejeo, y la sarracina que armaron rebasa la epopeya. Tuvo presos a cinco canónigos, entre ellos el deán. Y a todo esto, sigue consultando al rey acerca de las modas femeninas y redimiendo mujeres de las que "seguían abundando", no obstante las frecuentes redadas que en la corte recogía.

Un mal día, y por haber asistido a cierto festival religioso, sobradamente largo, le sobrevino una desazón que terminó en calentura, con erisipela al rostro y cabeza. Moscoso empieza a

pensar en la eterna huída, y a la vez que de las tercianas postreras, el cardenal se desprende de todo anhelo terrenal. Ahora sí que quiere renunciar de veras al arzobispado. Caritativo con exceso, sus dádivas rayan en la prodigalidad (¡sendero de la ambición que conduces al desprendimiento!). Suelta doblones a los conventos, levanta un tercio de infantería y regala a la reina un bolso con dos mil ducados, acompañados de una baraja. Y, según el carmelita de marras, "fué muy bien recibido el regalo así por el sainete de la baraja con que lo sazonó". (Vaya si nos gusta esta prosa espartana.)

En un ambiente como Roma, Moscoso hubiera hecho un gran Papa. En París, quizá un buen discípulo de Richelieu. En la España de Velázquez, su sed de justicia tenía que achicarse entre considerandos de papel sellado. Falto de gentes de su talla, en vez de luchar como Cisneros, vese forzado a guerrillear al frente de una falange de escribanos, rábulas y alguaciles. Fué el empuje dinámico de unas alas de águila dentro de un escenario de ratones; dureza hecha para catar la fragancia mística que cae y se pierde entre el barro de la picaresca...

Bien supo vengarse el cuerpo de sus desve-

los ambiciosos. Aquella insaciable sed viajera había de concluir en un sillón de hemipléjico. Y en lo espiritual, toda el ansia de subir, todo el afán de acaparar honores se deslíe en un fuego de caridad insaciable (¡sendero de la ambición que conduces al desprendimiento!). ¿Qué misterioso poder nos oculta el laberinto por donde el mundo creyente se aventura en busca de la verdad y sólo nos deja vislumbrar el camino en el instante mismo de hundirnos para siempre en la nada?...

## IV

Estamos en la nave del centro, o sea en el corazón de la catedral, corazón cristiano sin duda, pero que no puede prescindir de la dulce envoltura del albornoz morisco, latente en los mozárabes arquitos del Trascoro. Y es que en Toledo casi toda la corriente cristiana recoge afluentes semitas, cuyos artísticos manantiales, aun llamándose mudéjares, son producto de moros bautizados o de judíos conversos que, transformados en cristianos viejos, acabaron siendo tan fanáticos como los primeros cabezas redondas que bajaron del Pirineo.

Empezaremos acogiéndonos al derecho de asilo que encabeza nuestra nueva senda, mediante una pequeña cruz labrada, fija en el basamento

de la primera columna, al pie de la escalonada puerta del Perdón. El malhechor que se acogía a este soporte de la catedral o del anterior templo que él sustentara, se había librado de jueces, letrados y corchetes. ¿Qué mayor bien habremos menester nosotros? Somos intangibles por hoy y ni escribas ni fariseos hallarán para sus reparos menos afortunada coyuntura...

Escudados, pues, por tan amplia bula, penetremos en el coro y, acurrucados entre las columnas de jaspe y los arcos plateresco que dividen la sillería, contemplaremos el apacible sestear de nuestros buenos amigos los canónigos, confortablemente aposentados en la sillería baja, donde maese Rodrigo tallara asaltos y combates de la conquista granadina, aliñándoles con picarescos detalles que desbordan por frisos y respaldares.

Temblamos ante la posibilidad de ser descubiertos. Si muchos cardenales valerosos, fenecieron agobiados por la afectuosa acogida del cabildo, ¿qué suerte no le estaría reservada a un pobre cronista de escasos arrestos y nada hazañoso? Por fortuna, sólo nos han visto desde sus hornacinas las esculturas que Felipe de Borgoña y Alonso Berruguete tallaron en alabastro. Al-

guna, para observarnos con más libertad, se inclina sobre el friso de mármol sembrado de relieves renacentistas que le sirve de fondo. Es muy posible que no sea a nosotros a quien mire, sino a la maravillosa reja de Domingo de Céspedes, que en rigor merece la atención incluso de las estatuas. La componen seis espacios verticales limitados por columnas decoradas hasta la mitad de su altura, alternando las figuras humanas con rasgos quiméricos y gestos irónicos. En el ancho friso se entremezclan cariátides y medallones con artísticas cabezas que recuerdan el puño adusto de algún discípulo de Miguel Angel.

No falta—no podía faltar—el policromado escudo del canónigo obrero López de Ayala, y coronando esta selva de hierro los atributos del cardenal Siliceo se enredan entre una férrea cinta graciosamente plegada, en la que se leen varias palabras latinas, cuyo significado desconocemos, pues siempre fuimos fieles al adagio "lego que sabe latín no puede tener buen fin".

No está aislado este escudo de Siliceo, sino presidiendo una dilatada fila de candelabros, flameros y diablillos que bailan como gnomos sobre delicadísimas grecas. Los condenados adoptan actitudes tan artísticas y poseen tal do-

minio del sereno ritmo de la danza, que a copiarlo nuestras excelsas bailarinas, perderían ese hormigueo malsano y ese morboso dinamismo de piernas que las hace asemejarse demasiado a la hélice de un avión en el acto de despegar. Como enseñanza práctica no les sería inútil una visita a las verjas del coro.

Y no digamos a las de Villalpando, que cierran el altar mayor. Dicen los técnicos que ambas fueron fabricadas con una aleación de hierro, cobre y latón. Pero como además están plateadas a fuego, y la leyenda asegura que el cabildo las embadurnó cuando la guerra de la Independencia, para sustraerlas a la codiciosa admiración de la soldadesca francesa, nuestro bendito deán se obstinó en dar románticamente con la plata, y sólo topó con el cobre o, como quien dice, con la calderilla. De donde se desprende que es peligroso ahondar, aun cuando sea en los legendarios tesoros nacionales.

Cuando los artistas se llaman Céspedes o Villalpando, poco importa la materia con que trabajaron. ¿Quién lograría imitar, moldeando masilla finísima, las cabezas de león que rugen aprisionadas entre el calado zócalo de la puerta que cierra el presbiterio? Flameros, candelabros, de-

rroche de escudos—enorme el central con los blasones de España y las águilas imperiales—, todo está labrado con tal finura y tan delicada rima ornamental, que sugiere el recuerdo de un soneto renacentista cuyas estrofas hubiesen tomado cuerpo material por un capricho simbólico del artífice. Y todo este triunfo glorioso del hierro dominado por el hombre le corona y abate un áureo crucifijo colosal, sujeto a la alta bóveda con una cadena...

¿Para qué llegar al final de nuestro sendero? ¿Qué podríamos encontrar equiparable a la grandeza de este altar milagroso? No será, desde luego el Trasparente, pues si bien no falta quien lo defina como maravilla sinfónica de luz, a nosotros nos parece un vulgar *jazz-band* de regueros coloreados. A su amparo deslumbra un retablo de churrigueresco estilo que hará las delicias de todo buen pensador germánico. ¡Qué diferencia entre esta herida barroca y aquel rosetón renacentista que nos alumbró el comienzo del sendero! Allí entra el sol tamizado, pulido, cincelado por cientos de facetas multicolores que matizan y avaloran sus rayos demasiado violentos. Aquí la luz se vuelca a brazadas, con el desaliño y la crudeza—apenas disfrazadas de

sencillez—que revela en el fondo impotencia artística. La gran rosa del Perdón es la canción melódicamente clásica de San Juan de la Cruz o la prosa impecable de Santa Teresa; el celebrado boquete de Narciso Tomé refleja a la moderna literatura, mezcla de anuncio y pirueta; de gesto falsamente joven y truco soberanamente viejo...

Quedémonos, pues, en el altar mayor, donde todo es oro de ley. No para describirlo—dejamos esta gloria a las *Guías*—, sino en busca del Hombre. Del gran hombre que debe dormir como vivió: rodeado de grandezas, en la tumba más alta de toda la catedral y protegido por el hierro hecho encaje, obra de los más excelsos forjadores que tuvo Toledo...

* * *

Y, en efecto, allí está, nada menos que a la derecha del Evangelio, la tumba de Mendoza, el único cardenal del fugaz Renacimiento español, bajo cuyo episcopado se concluyó el admirable templo comenzado cerca de tres siglos antes. El gran cardenal de España—que así le llaman sus abundantes Tucídides—, grande en

sus virtudes y en sus vicios, tuvo completos sus tres órganos esenciales, como corresponde a todo buen cardenal de cualquier Renacimiento. Cerebro, corazón y sexo.

Desde su nacimiento parecía predestinado a estar siempre en el centro, así en la vida como en la muerte. De los diez hijos del marqués de Santillana—el buen poeta que enterró y heredó a D. Alvaro de Luna—ocupa el quinto lugar. Nace en el medio de la familia más linajuda y fecunda de su tiempo y le entierran en el centro de la catedral más grande de España. Es, pues, constante en la cuna y en el ataúd...

Un cardenal tan prócermente enterrado, bien merece que se le hagan funerales literarios de primera clase, y así, aun a riesgo de arrostrar el enojo del lector, habremos de remontarnos tronco arriba de su arbolillo genealógico. Las ramas de tan rancia estirpe desbordan por las ventanas de todas las leyendas históricas y sus orígenes—al igual que la mayoría de las aristocracias de la sangre—rebasan por igual lo pintoresco y lo picaresco. Véase el botón de muestra que un cronista del siglo XVII, canónigo por añadidura, refiere a cuento de la ilustre familia:

"En los Mendozas, el apellido Hurtado vie-

ne de un conde de Mendoza que tuvo un hijo de la reina doña Urraca, y que, por haber nacido a hurto y en secreto, fué llamado Hurtado." Por nuestra cuenta no se nos ocurre otro comentario a este delicioso pasaje heráldico que darle recuerdos a D. Alfonso el Batallador...

Pero, en general, los historiadores toman en serio a la familia. Alguno hay que la hace arrancar directamente de Indivil y Mandonio. Otros, más modestos, del Cid, porque uno de sus miembros—el marqués de Zenete—se llama Rodrigo de Vivar, y a su castillo de Jadraque le apellidó siempre castillo del Cid. Aun se hallan otros orígenes por la parte de Lain Calvo y del buen conde Fernán-González; no obstante, nosotros preferimos apelar al vascuence, como hacía el malogrado Cejador cuando se enredaba en algún ciempiés filológico o se perdía en los callejones sin salida de las reconstrucciones históricas. El eúskaro lo resuelve todo, pronto y con gloria. Así, Mendoza quiere decir "cuesta pequeña", y si se le incrusta una *i* se transformará en Mendioza, o sea "montaña fría".

En Navarra, el apellido Hermoso de Mendoza es de una muy decorosa antigüedad, y abundan los Mendietas, Mendiaros y Mendazas, que

a veces son también nombres de pueblos por tierras de Estella. Oigamos lo que dice a este respecto un contemporáneo del gran cardenal: "Cuadra muy bien el nombre de Mendoza al sitio y asiento de este solar en la provincia de Alava, a dos leguas de su cabeza la ciudad de Vitoria."

¡Ahora resulta que el ilustre purpurado es paisano de Olariaga! Inconvenientes anejos a toda selva heráldica. Y lo que es aún más terrible: Mendoza tiene así el mismo origen que Baroja; pues aunque el gran folletinista no se da charol con sus apellidos, tuvo a bien adjudicarse un castillo alavés en *Juventud Egolatría.* Tampoco nosotros damos mucha importancia a los orígenes de los grandes hombres; mas podríamos ofrecerle un lejano entronque con Ansvherus, toda vez que en el catálogo de orfebres toledanos hemos hallado un Baroja platero, semita y con coroza...

Acaso resulte excesivamente larga esta disgresión genealógica; pero hay que tener en cuenta que los tales Mendozas acabaron siendo señores de ochocientas villas y noventa mil vasallos, y que sin ellos no habrían triunfado los Reyes Católicos. Mal lo habrían pasado estos monarcas, si el gran cardenal de España no hu-

biera tenido sus tres órganos esenciales tan completos y bien puestos.

De su cerebro cultivado en Salamanca—universidad que entonces pesaba algo en la vida intelectual—bastará apuntar que de vuelta a su alcarreño solar traía traducidos a Homero, Virgilio y Ovidio. Mucho bagaje nos parece la *Ilíada*, la *Eneida*, la *Odisea* y la *Metamorfosis* para un joven que, aun llamándose Mendoza, no llega a los veinte años. Mas recordemos que antes había desempeñado el curato de Santa María en la villa de Hita y después el arcedianato de Guadalajara—una de las más honrosas y ricas dignidades de la Santa Iglesia Primada—, donde su padre le instaló con todo el fausto correspondiente a su alta ejecutoria.

Concluídos sus estudios de Humanidades, entró Mendoza en la corte de Juan II, y, al parecer, con buen pie. Distinguíale, además de su talento, una gran llaneza y cortesanía con todos, amén de su delicado tacto para tratar a las damas. No en balde había traducido a Ovidio. Ninguna merced pareciera excesiva tratándose de tan cumplido galán y así, el rey, al concederle el obispado de Calahorra, deja ya abierto el camino para más altas recompensas, dicién-

dole: "Entreténgase D. Pedro por agora mientras se ofrece el dalle lo que yo deseo y merece su persona." Por aquellos días era decapitado en Valladolid D. Alvaro, y Mendozas y Lunas quedaban separados por la gotera sangrienta que manaba de la cabeza del valido. Mas pronto volvió a retoñar otro entronque de ambos apellidos, y el trágico arroyo, en vez de apartar, fundió en nuevo cauce la corriente heráldica de las dos familias más nobles de su tiempo.

Vivía pacíficamente Mendoza manejando su diócesis con gran tino y mesura, cuando dejó el mundo de los vivos aquel rey poeta tan sádico en sus afectos como pródigo en sus dádivas. Y al iniciarse el nuevo reinado nace también a la vida diplomática el prelado sagaz, que envuelve el Alcázar de Segovia en una red protocolaria cuyos cabos sólo sabe desenredar o enredar con más ingenio el sutil Mendoza.

No fué, sin embargo, por la persuasión como logró introducirse nuestro arzobispo en la corte del infortunado Enrique IV, sino con amenazas y tretas nada cancillerescas ciertamente. Unido al arzobispo Carrillo conspira en el castillo de Uceda, excomulgando al rey por primera providencia. Pero el monarca le echa un cable amis-

toso, y el dúctil Mendoza se convierte, de enemigo, en consejero real, mientras Carrillo, siempre en sus trece, invoca colérico a todos los santos de la corte celestial, ante la genial jugarreta que acaba de hacerle el glorioso alcarreño.

Ya en la corte, el talento de Mendoza despliega todos sus vuelos. Juega a dos barajas —juego difícil en todo tiempo—y jamás pierde una partida. El rey le lleva siempre de consejero cuando tiene que entendérselas con sus enemigos de la Liga. Y es Mendoza quien, trabajando bajo cuerda, logra que esa Liga no ponga preso al rey.

Este ir y venir, este dar vueltas con el cordel diplomático a la débil voluntad regia, le conquista una influencia enorme, que no ha menester ya apoyos. Así, cuando la Liga triunfa y hace que Enrique declare reina a doña Isabel, Mendozas y Santillanas se vuelven decorosamente a Guadalajara. ¡Resulta pintoresco ver a los Mendozas defendiendo la legalidad de la reina doña Juana; ellos que pensaban cambiar de sienes una corona!

Al paso que se eleva en la carrera diplomática, Mendoza va recogiendo con cautela sus mi-

gajillas eclesiásticas. Primero, el obispado de Sigüenza; luego, las abadías de Valladolid y San Zoil de Carrión. Más tarde, el arzobispado de Sevilla, con retención de las demás diócesis y abadías. Prebenda que añasca no la suelta ya sino para entrar en la tumba.

Todos los medios le parecen lícitos para anular la parca voluntad del rey. Cuando éste le envía a Valencia para que reciba al legado del Papa, D. Rodrigo de Borja, Mendoza traba estrecha amistad con el legado y quedan ambos conformes en servir a la princesa Isabel, encargándose el enviado pontificio de autorizar este partido, allanando dificultades en la curia romana.

La trabazón diplomática de estos dos sostenes de la Iglesia tiene mucha miga; pues que el legado era el futuro Papa Alejandro VI. ¡Adiós pleitesía a doña Juana! ¡Adiós acatamiento al infortunado Enrique! Y entre tanto, el pobre rey pagaba el pacto hecho a sus espaldas, recibiendo a su enviado en el Alcázar de Segovia con todos los honores. "Salióle a esperar el rey con toda la corte—dice un cronista—, y metióle a su mano izquierda, todo lo cual era muy pesado para el arzobispo Carrillo, y sintiólo

de manera que fué causa de muchos daños y revueltas."

Como que en lo sucesivo todo el reinado de Enrique será una eterna disputa entre los dos rivales, Carrillo y Mendoza. Ya es tarde para que retroceda el guerrero arzobispo. El antiguo legado del Papa no descansa, y pronto Mendoza es cardenal y canciller mayor de Castilla. Reunidas las Cortes, aconseja al rey que herede doña Isabel; y Carrillo, naturalmente, opina lo contrario, es decir, que reine doña Juana. El monarca duda, vacila, suda... En el aire se masca la intriga. A doña Juana dejan de llamarle la Beltraneja para apodarla la Carrilleja; calumnia feroz, no porque la historia niegue esfuerzo medular al impetuoso Carrillo, sino porque jamás hubo en tierra de Dulcinea mujer más infortunada que la pobre Beltraneja.

Hasta que, cansado de decir sí y no al mismo tiempo, muere Enrique IV, dejando albacea a Mendoza, quien se apresura a nombrar reina a doña Isabel con estas nobles palabras: "Vuestra señoría ordene de nosotros todo lo que cumpliere a su real servicio." ¡Y a la hija del rey, que tanto le encumbró, que la parta un rayo!...

Durante el tiempo que tarda en asegurar a los

Reyes Católicos en el trono, Mendoza no suelta los hilos diplomáticos. Recomienda moderación en la batalla de Toro y envía al protocolario Yáñez a negociar con el enemigo. También pacta con el rey de Francia y con los emperadores Federico III y Maximiliano. Estamos en el período cumbre de su talento. Los Reyes Católicos no le separan de su lado, y un día la reina le comunica: "Cardenal, el arzobispo D. Alonso os ha dejado la silla de Toledo."

La aceptó sin remilgos. Pero al tomar posesión sufrió el primer embite del cabildo, en cuya sala capitular soplaba aún cierta brisa legal de perfume beltranejista. Mendoza quería entrar en la catedral con la reina, alegando "que era criado y hechura suya y que había de entrar sirviéndola como los otros sus criados". Por esta vez fracasó la diplomacia retórica y hubo de posesionarse por poderes, marchándose con los reyes a la conquista de Granada. ¡Bravo por el tesón del cabildo, que no se dejó arrancar sus justas prerrogativas! ¿Verdad, queridos canónigos manchegos?

Llegamos al momento triunfal de la vida de Mendoza y acaso también de la historia de España. Se acaba de construir la catedral de To-

ledo; está hecha la unidad nacional; se ha descubierto América. El cardenal se retira a Guadalajara, como si, concluída la gran empresa, se apagase fatalmente su vida. Y en Guadalajara "le apretó una apostema que tenía sobre los riñones y hacía mucho tiempo que le fatigaba y traía muy achacoso. Ya no podía ponerse a mula ni aun andar a pie". A pesar de lo cual, dura todavía dos años, en un lamento largo y sollozante, hilvanando las cláusulas de su admirable testamento. Mandóse enterrar en el altar mayor de la catedral, a la derecha del Evangelio. ¡Magnífico sendero, digno de tan magnífico cardenal!...

Su vida, plena de humana grandeza, dejó bien marcados los tres derroteros por donde discurrió el único cardenal del Renacimiento español. Varón más esforzado y guerrero no lo vieron sus tiempos. Los mandobles de su espada abatían los racimos de cabezas rebeldes. En Toro, su fiera carga sobre los portugueses decidió la victoria. Su corazón iba delante, desbrozando el camino por donde el diplomático se había de internar después a recoger la cosecha de sus bélicas siegas.

¡Sendero del corazón que desborda con la llana

facilidad de los ríos castellanos! Tan presto a batir al adversario cuando la reina lo exige, como a suavizar, ceder, evitar querellas y dirimir contiendas si la salud de la nación lo reclama. Gracias a su gran corazón, rema y domina la corriente histórica, sin necesidad de atracar en la picaresca ni en el misticismo, las dos socorridas riberas de la vida española donse refugiaron tantos grandes hombres. Su barca biográfica boga con un lema constante: cordura, esfuerzo, sagacidad.

Hasta en su testamento, esta senda del corazón le lleva a la caridad con los humildes y a la largueza con los poderosos. Reparte multitud de capellanías, misas, prebendas y legados, con un recio voleo de sembrador generoso. Cede ricas casullas y magníficas estolas a la catedral de Toledo. Y elevándose sobre su destino individual, receta a los reyes tres medicamentos esenciales para la salvación del reino: paz con Francia; casamiento del príncipe D. Juan con la Beltraneja, y el arzobispado para Cisneros. Sólo se cumplió el último de sus deseos. La paz no agradó al rey, y el futuro matrimonio menos aún a la reina, escudándose en que "ya no estaba en su juicio el cardenal". Así, este espíritu supe-

rior, que todo lo sacrificó al triunfo de los Reyes Católicos, al internarse en el valle de la Muerte llevaba entre los labios fríos, para pagar su pasaje a Caronte, la eterna moneda de la ingratitud...

Las extraordinarias dotes intelectuales de Mendoza habrían bastado sin duda para llenar la vida de un hombre, mas no la de un cardenal del Renacimiento, que, por ser completo en todo, no podía renegar de las debilidades a que como humano estaba sujeto. Pero "los lindos pecados del cardenal"—así los definía donosamente la reina—no fueron vergonzosas concesiones a la carne viciada, sino afirmación de una virilidad sana y fecunda, digno complemento de un gran cerebro y un gran corazón.

¡Escabroso sendero a cuyo extremo se encuentra la castidad! Si alguien ha acertado en la vida a recorrerlo noblemente, bien puede afirmarse que este alguien se llamó Pedro Mendoza. En su mocedad tuvo mocedades, mas nunca son estas flaquezas flor de un día: son pasiones, legitimadas en la medida que sus graves y delicados cargos le permitieron. Gozaba el cardenal de muy gentil disposición y airoso talle; gracioso y apacible el rostro; bien compuesta y ataviada su

persona; claro y despierto el entendimiento. Esto, unido a la libertad y desenvoltura que en el siglo se disfrutaba, explica y disculpa "los lindos pecados del cardenal".

El que más arraigo tuvo en su vida se llamaba doña Mencía de Lemos, hija del señor de Frogaz, hidalgo lusitano muy notorio. Cuando el rey Enrique IV casó con la portuguesa doña Juana, ésta trajo diez damas, a quienes el rey de Castilla venía obligado a casar y dotar conforme a la calidad de cada una. En esta redada de vírgenes que forzosamente habían de acabar rompiendo legalmente su lámpara, venía doña Mencía, que, según un erudito, "era muy hermosa y generosa, de gentil porte y muy entendida".

No es un secreto tampoco para nadie la dulce blandura amorosa de la reina doña Juana, de la que pudieron dar fe el lancero D. Beltrán y el arzobispo Carrillo. Y a lo que parece, no anduvieron menos descarriadas ni divertidas las honestas damas que consigo trajo la inflamable portuguesa.

Un día aciago, la hermana del rey—la rígida Isabel—pilló a doña Mencía ciertas cartas de un caballero muy principal de Valencia, que

por cierto se apellidaba Ladrón. De qué índole serían los arrullos del tórtolo, que indignada la reina mandó cortar la cabeza al caballero. Entonces es cuando la desolada Mencía busca el apoyo del cardenal; un apoyo material y jugoso que ahuyentase el nublado próximo a cernerse sobre el tierno corazón amado. Supo Mendoza que una noche, después de las doce, cortarían la cabeza al galán. "Llególe la nueva—dice un penitenciario historiador—estando para entrar en la cama." (¡Oh dulce doña Mencía, que no has tenido un trovador que cante tu genial sacrificio!). El cardenal va a palacio y lo halla todo cerrado. "Abrieron los monteros y uno, con una luz, lo guió al aposento de los reyes."

—¿Qué es esto a tales horas?—pregunta el rey así que vió al cardenal.

—Vengo a despedirme de V. A. para marchar a mi casa y no volver a la vuestra.

La reina, con femenina sagacidad, comprende presto, e interviene en la escena soltándole al cardenal unas cuantas andanadas que nosotros —mucho menos católicos que ella—no nos atrevemos a repetir. Pero el rey, Maquiavelo en cuestiones de faldas, da la razón a Mendoza; la reina cede y entrega libre al galán, a quien el

cardenal facturó en seguida para su tierra. A quien ya no soltó más, fué a doña Mencía, y como dice suavemente otro reverendo erudito, "tanto la sirvió e favoreció que fueron sus hijos D. Rodrigo y D. Diego y legitimólos". Esto no era muy difícil, siendo Papa su gran amigo Alejandro VI, el cual sabía mucho de estas cosas de la carne que se llaman "sucesiones temporales".

El hecho es que D. Rodrigo, el hijo mayor de doña Mencía, fué llamado de Vivar en memoria del Cid. Casó con doña Leonor de la Cerda, emparentada con el rey católico; así la ropa heráldica se lavaba en casa; y para casarle, hiciéronle marqués de Zenete por sus conquistas en Granada, recabadas a la paternal sombra del cardenal.

El hijo segundo de doña Mencía—Diego Hurtado de Mendoza, marqués del Mérito—nació en el castillo de Manzanares, donde su madre residiera mucho tiempo. También le llevó el cardenal a la conquista de Granada. Luego estuvo en Nápoles, y si se descuida, el Papa lo casa con Lucrecia Borgia. La respuesta que el favorecido dió al gran Alejandro VI por tan graciosa merced, es edificante, hasta el punto de

que no nos decidimos a estamparla. D. Diego se retiró a Toledo por gozar de unas casas muy principales que allí había labrado para su vivienda; casas que muchos años después compró el cardenal Siliceo, acomodando en ellas el Colegio de Doncellas Nobles.

Otra de las grandes pasiones que tuvo el cardenal Mendoza se llamaba doña Inés de Tovar. De esta flaqueza humana nació D. Juan Hurtado de Mendoza, que también estaba legitimado. Quiso el padre dedicarle a la iglesia, pero don Juan se negó y al morir Mendoza, quedó pobre. Toda la fortuna de nuestro prelado fué a parar al Hospital de Santa Cruz para niños expósitos. En sus postreras horas debió de pensar el glorioso cardenal que no todos los hijos encuentran un padre que los legitime y confiera títulos nobiliarios, que al correr de los siglos, serán gloria y orgullo de las más nobles casas españolas...

## V

¡La cuarta nave de la catedral! Esta frase tan sencilla encierra un mundo maravilloso y fantástico. Como que en toda ella no hay nada, si se exceptúa un largo espacio por donde la imaginación puede volar a sus anchas. No cobijan sus bóvedas ni la más insignificante capilla; no esconden sus entrañas los restos del arzobispo más humilde. A un lado, la disciplinada hilera de columnas tiesas, orgullosas, solitarias, sin una brizna histórica que sirva de pasto a nuestra pluma; sin mármoles ni lápidas que nos compliquen retóricamente la senda. Una arquitectura de osamenta, seca de carnes, erguida y ascética, capaz de poner a prueba la péñola de Cide Hamete.

No es mucho más asequible la acera opuesta; mas las columnas pierden un poco de su acidia espiritual hacia la mitad del camino; fraternizan y se apoyan en el muro izquierdo del coro y se humanizan más abajo al abrazarse a las bandas del altar mayor. Nada mejor podríamos soñar que este campo yermo de tradiciones si la fantasía se aviniese a auxiliarnos.

Dificilillo es desprenderse de recuerdos en terreno tan abonado, que ellos solos brotan por las junturas de la piedra sagrada. Ved, por ejemplo, esa imagen incrustada en la pared, junto a las lindes de la puerta del Perdón. Es el Cristo del Olvido, y la leyenda asegura que ante él muchas lindas toledanas recibían juramento de ardiente fidelidad de los Gerineldos del Alcázar. No suele ser la constancia en amor patrimonio de Marte; ¿mas por qué, entonces, entre la suave penumbra de las dos primeras columnas corre esa guirnalda de ex votos en cera, ante los cuales sonríe la santa imagen con un rictus triste y apagado, como si siempre hubiese sonreído en la oscuridad?

Una duda terrible nos asalta. ¿Fueron estas caras, piernas, gargantas y senos ofrenda de enfermos agradecidos o añoranza dulce de los

trovadores que prestaron juramento al Cristo? Misterio. Incógnita amorosa que renunciamos a desentrañar. Lo cierto es que las parejitas de tórtolos tienen predilección por esta senda, y los domingos, cuando la ola creyente invade los alrededores del Cristo Tendido, ellos se refugian cabe los macizos de columnas, o se agazapan en el menguado espacio que el basamento deja entre sus pulidos tallos.

Entre describir un aspecto más de estos arracimados soportes, o encararnos con las esculturas y nichos que acribillan el ala izquierda de nuestra ruta, optamos por sentarnos en el último haz, pegado al coro mayor, frente a la puerta de los Leones. Amamos este rincón, porque desde él nos parece escuchar ese rumor de los saltos de agua que se oyen a lo lejos, dulcificados por la sordina del bosque. Dicen que el fondo de la catedral es un lago. ¿Por qué no? El inteligente Cordovés, canónigo obrero, afirma que constantemente hay necesidad de apuntalar estos grupos de columnas, porque se los come el salitre. Desde que lo supimos, nuestro oído percibe ya claramente la húmeda sonatina; el grito juvenil del chorro que se despeña lento y temblón desde lo alto...

Y eso que el hallazgo echa por tierra nuestras más amadas teorías. Hemos buscado en lo hondo los cimientos inamovibles de la catedral, creyendo dar con la eterna dureza de la roca; y acabamos de saber que la gran mole navega sobre un compacto núcleo de corrientes subterráneas. Donde esperábamos hallar la base sólida, recta, inmutable, como la fe que en ella se asienta, descubrimos zonas blandas, permeables, dinámicas, por las que acaso corre el llanto de los manantiales árabes, judíos y moros, que la fuerza de estos muros tradujo al cristianismo. ¿Nos veremos obligados igualmente a suplantar la inercia de una Teología petrificada, con la interrogante inquietud de una clara y límpida Razón?

Cuando leíamos en un humanista del siglo XVII la historia de la catedral de Toledo, nos sonreíamos ante la afirmación de que este santo templo estuvo consagrado en la antigüedad a Diana, por sus numerosas fuentes. Suponíamos que al buen canónigo historiador placíale inventar orígenes que prestasen colorido de provecta lejanía a estos cimientos. Pero toda leyenda tiene su fondo de verdad. Bien pudiera correr un lago pagano bajo el monte de cristiano gra-

nito; así como por los bancos del coro y los bajorrelieves de alguna columnata saltan las huellas eróticas de la alocada diosa cazadora. Que ninguna creencia muere del todo...

* * *

Todavía no ha anochecido; pero ya se acerca el crepúsculo y en el gran templo se inician los preliminares del próximo cierre. El vara de palo cruza una vez y otra junto a la beata rezagada o el artista absorto ante su lienzo preferido, recordándoles discretamente la conveniencia de largarse. Un canónigo—portador de enorme manojo de llaves que tintinean como campanas monjiles—revisa la sacristía, el tesoro, las capillas. Van bajando perreros y guardianes bien embozados en sus bufandas y capotones. Cierran, atrancan, vigilan, se afanan por adquirir la certeza de que nadie vendrá a turbar su reposo. Aun serenearán buen rato antes de entregarse al sueño, pero al fin han de sucumbir al calorcillo de la alfombrada tarima o en el tibio rincón de la puertecilla trasera del altar mayor.

Es la hora en que todas las noches baja un ánima a nuestra senda vacía. No tiene envoltura

carnal; apenas si refleja la armazón de un hombre alto, huesoso, de fibra recia y decidido paso de andarín. Sin vacilar se dirige a este mismo pilar en que nos sentamos. ¿Será acaso otro enamorado del subterráneo arroyuelo? No lo parece. Ha pasado ante el coro sin detenerse; ha subido por la nave del Sagrario y dando vuelta a la girola, ha venido a asomarse por entre la calada piedra con que cierra el altar el trozo izquierdo de nuestro sendero. Enfrente y bien arriba está enterrado Mendoza, en la tumba más alta de toda la catedral, quizá porque en su tiempo se terminó de construir el soberbio templo.

El extraño visitante contempla un buen rato la sepultura y en seguida repasa nuevamente la cuarta nave hasta el fondo, examinando con atención el pavimento y los muros. ¿Quién será esta sombra andariega? ¿Qué busca con tal insistencia por los aledaños del altar mayor? El gusanillo luminoso de una lámpara de aceite, nos ha permitido ver que lleva un emblema sobre el sudario, muy cerca del corazón. Es un castillo de oro en campo azul o verde, que esto no lo distinguimos bien, porque la sorpresa nos deja paralizados. Hemos reconocido los blasones que

usaba el arzobispo Jiménez de Rada; el navarro de origen y castellano por adopción, que puso la primera piedra, doscientos setenta años antes de que a Mendoza se le ocurriera hacer su triunfal entrada en este glorioso monumento de la fe católica.

¿Pero quién se acuerda ya del precursor que se atrevió a concebir y comenzar tanta grandeza? Aparte de que Navarra ha salido siempre malparada de la pluma macedónica de muchos trovadores fósiles, roncos de cantar a Covadonga como único afluente histórico del río castellano, ni aun los mismos pamplonicas saben que en Puente de Rada—villa célebre por sus músicos, Arrieta entre ellos—, nació el buen don Rodrigo. De Arrieta sí se acuerdan todos los curdas, gracias al famoso brindis. De Rada, quizás hasta sus más sesudos paisanos le confundan con el célebre general de la segunda guerra carlista. Porque Puente la Reina ha sido en todo tiempo un excelente vivero de frailes activos y de esforzados requetés.

Verdad es que nosotros también hemos tardado en reconocer su sombra. Debimos pensar que hombre tan activo no podía estar tranquilo ni en la tumba. Viajero infatigable, en todas par-

tes deja huella de su formidable dinamismo. Mas no andaba D. Rodrigo por el placer de andar, como muchos personajes de Baroja, en los que el cerebro baja a los talones, sino atando cabos protocolarios, corcusiendo alianzas y adquiriendo prebendas para sí o para sus reyes.

Tampoco se limitan sus correrías al solar nativo. Aparte su educación en Pamplona y la prolongada estancia en el monasterio cisterciense de la Huerta, estudia en Bolonia y París, y vuelve al ser nombrado arzobispo de Toledo. Su primera medida fué comprar la Sisla a la hija de un muzárabe. Y ya, como consejero de Alfonso VIII, no para de andar. Funda la colegiata de Talavera de la Reina, va a la corte de Francia con una misión diplomática para los señores de Provenza, trata en Roma con el Papa de la cruzada contra el moro; vuelve a España, a emprender sus actuaciones guerreras que culminan en la batalla de las Navas. Y en los intermedios preside concilios, expide cartas forales para todos sus señoríos, adelantándose así al espíritu de Jovellanos; pleitea con obispos y cabildos y acompaña a Fernando el Santo en sus triunfales algaras. Y todavía le queda tiempo

para escribir una Crónica general de España y empezar a construir la catedral.

Setenta y tantos años contaría ya, cuando se marchó a Lyon para visitar al Papa. Embarca en el Ródano y muere oscuramente. El esquife de su vida se hunde—no podía menos—en pleno viaje. ¿Cómo tendrá humor, aún, de vagar en las altas horas de la noche por las frías naves catedralicias?

Lo hemos adivinado al fin. Jiménez de Rada busca su tumba; la sepultura regia que según sus cuentas debe de andar próxima a la de Mendoza. El recto juicio del cardenal y su terquedad navarra no aceptan la injusticia que la Historia le hiciera. ¿Por qué ha de ser la gloria para quien corona una empresa sin apenas otro esfuerzo que adelantarse a las candilejas a recoger el aplauso histórico, mientras se hunden en el silencio los precursores que sólo asomaron en el primer acto?

Fuérale hacedero a nuestro cardenal dirimir este pleito con la espada y a buen seguro cargaría sobre sus olvidadizos sucesores. Que del brío de sus mandobles dan fe Alarcos, Calatrava, Malagón y Vilches, conquistados no con humildes plegarias, sino a lindos linternazos. Si

aquí duerme eternamente tanto arzobispo mediocre y tanto rey de calderilla, ¿qué razón hay para que los huesos del fundador del templo sigan escondidos en Santa María de Huerta, mientras su espíritu vaga nostálgico por este desnudo sendero del Olvido?

Andense con cuenta nuestros amigos del cabildo y más que todos, el primer bonete de España e ilustre deán. Todas las noches, cuando el silencio se agazapa en los rincones, vigilando el sueño de los guardianes y la luz ha enfundado de negro a la policromada multitud que vela en los ventanales, una sombra, amenazadora y dolida, pasea su blanco sudario—castillo de oro en campo azul, como emblema sobre el corazón—por los aledaños del altar mayor. Es el ánima de Jiménez de Rada, que ronda la cuarta nave buscando su sepultura...

## VI

Decididamente en el mundo está todo muy mal repartido. ¡Tanta capilla enjoyada, tanto honroso fiambre arzobispal como nos van a sobrar ahora y para la cuarta nave tuvimos que recurrir a los fantasmas, por no encontrar una brizna arquitectónica a que agarrarnos! Hoy se nos ofrece, en cambio, un camino largo, barroco, lleno de baches históricos, líricos y eruditos hasta el punto de temer que el lector arrecie en sus iras y nos llame académicos, o cualquier otro denuesto de grueso calibre.

Procuraremos aligerar, deteniéndonos muy poco en el recorrido. Mala cosa es meterse de primera intención en la capilla mozárabe, la antigua Sala Capitular, donde Enrique Egas dejó

clavada su garra artística. También Juan de Borgoña pintó en uno de estos muros varias escenas, nada misericordiosas, de la conquista de Orán por el cardenal Cisneros.

Tiene la capilla un pequeño coro con su sillería ascética, que una hermosa verja aisla del restante espacio. Si nos dijesen que esta reja es obra de Villalpando o de Juan Francés—como las que cierran la entrada—lo creeríamos a ciegas. No obstante, está hecha por Julio Pascual, artífice toledano, el cual es, sencillamente, la reencarnación de algún famoso rejero del siglo XVI mal avenido con el ocio a que le condenó la muerte.

El altar, de la época de Lorenzana, es demasiado marmóreo para nuestra retina. Luce sobre él un mosaico, habilísimamente combinado, ante el que se extasían los turistas. Porque esta capilla es la más visitada por nacionales y extranjeros. Raro es el que no viene a oír la misa primitiva, cuya rancia liturgia se remonta a los tiempos de la España mora. Lo que no se ve es ningún rostro indígena; que es sobrado tempranera la misa y el toledano si alguna vez madruga, es para ser concejal...

En las capillas de la Epifanía y la Concep-

ción—mal de luz y de retablos mediocres—nos detendremos el tiempo preciso para echar una ojeada a las formidables rejas. En cambio, nos vamos a sentar un rato en la de San Eugenio, porque fué fundada por el arzobispo Jiménez de Rada, porque es de estilo ojival, porque la construyó Ega, porque la pintó Borgoña. Si estas razones no le bastan a algún lector exigente, podemos ofrecerle también la verja gótica maravillosamente repujada en su cabecera y obra del nunca bastante alabado Juan Francés.

Para los aficionados a sepulcros ahí está el de Fernán Gudiel, alguacil que fué de Toledo hace muchos siglos, y cuya tumba estucada de alharaca, más que múdejar es de estilo árabe puro, sin mota cristiana ni la más leve hojarasca gótica. Aquí fué enterrado con sus dos mujeres, para dar un solemne mentís a las santas leyes empeñadas en inmortalizar la monogamia. Enfrente duerme el obispo Carrillo bajo un soberbio túmulo plateresco. Así como nuestras dos grandes fobias son las tormentas y la generación del 98, nuestras dos debilidades artísticas son el plateresco en estilos, y la cincelada estrofa—plateresca también—de aquel gran poeta que se llamó Garcilaso.

Junto al monumental San Cristóbal, pintura tan descabellada y extensa que podría equipararse a esa literatura por entregas que se filtra alevosamente bajo las puertas, hay un escaño de espaldas marmóreas, donosamente labradas por Borgoña. En Toledo le llaman el banco de las plañideras, y, en efecto, representa a unas lindas tapadas del siglo XV que siguen chorreando por sus ya mutiladas mejillas raudales de lágrimas.

A este banco solemos acogernos, cuando el humor nos consiente venir a escuchar los sermones, doctos unos, agresivos otros, con que vamos impregnando el ánimo de religiosa conformidad para cuando nos toque ir a ocupar nuestro escaño en el valle de Josafat. Hemos oído a muchos predicadores de fama, arzobispos, deanes, nuncios y opositores a canonjías; pero sólo de uno guardamos recuerdo grato. Fué la trova religiosa de la historia catedralicia, cantada por el doctor Estenaga, un erudito sin trampa ni cartón que sabe más de lo que aparenta y envuelve en humilde arena de cristiana ortodoxia el oro de su sabiduría. ¡Lástima que ya le hayan hecho obispo!

Henos ahora a la puerta de la Sala Capitular

esperando el paso de algún canónigo que nos haga la merced de amansar al cancerbero. Desde la gótica puerta hasta la entrada del salón hay un corto pasillo al que se adosan los armarios capitulares. Sobre sus puertas, la mano de un admirador de Miguel Angel ha tallado esas figuras recias, secas, dinámicas que arden sin consumirse gracias a su robustez anatómica.

Dentro de la sala, los retratos de todos los arzobispos, desde San Eugenio a Guisasola, corren en forma de friso por los muros, bajo las pinturas al fresco del indispensable Juan de Borgoña y sobre los escaños de artística talla. El artesonado del techo es el sueño de un chamarilero codicioso. En el centro y aislada está la silla del cardenal.

Tiene todo esto cierto aroma funerario, pese a la elegancia emotiva y venerable de la estancia y a tantos rostros sonrientes que nos miran entre interrogantes y burlones. El escudo de Cisneros que ya vimos en la capilla mozárabe, sigue presidiéndolo todo. Y ahora nos fijamos en que representa un tablero de ajedrez idéntico al de nuestro valle del Baztán. ¿Cómo habrá bajado a Alcalá este símbolo heráldico del Pirineo? ¿Quiénes eran los lejanos ascendientes de

Cisneros? ¡Un poco de *fok-lore,* señores eruditos! Tiene la palabra la zona meridional de la Real Academia, la que fija y oxida nuestros mejores vocablos.

Después de Rada y Mendoza, Cisneros es el último gran cardenal, el que firma y rubrica tan colosal edificio. Con él acaba el Renacimiento. En esta galería de rostros inexpresivos casi todos, Cisneros aparece retratado directamente por el pincel de Borgoña. Se trata, pues, de un documento auténtico. Mirándole—no lo podemos remediar—, le encontramos cierta filiación moruna. Es un perfil árabe. Los dos mejores historiadores suyos son Alvar Gómez y Eugenio de Robles, y a ellos se debe una buena cosecha de datos físicos, morales y hasta psicológicos. Era, según dicen, "de buen talle, de aspecto venerable, su andar grave, su voz apacible y firme, su rostro un poco largo y lleno de majestad, sus ojos pequeños un poco entrados, pero vivos y llenos de fuego, su nariz aguileña, su frente larga y sin arrugas aun en su vejez. Explicábase claramente en pocas palabras, sin salir jamás del punto que se le hablaba, y aunque fuese asunto de alegría o de alguna prosperidad o que le obligase a amenazas, o a encenderse en

cólera, siempre era igualmente conciso, medido en sus palabras. La Justicia y la Religión fueron las reglas de sus operaciones en el ministerio eclesiástico y en el gobierno del Estado."

La semblanza es acabada, pero a nosotros nos gusta más la definición concisa de Francesillo de Zúñiga, célebre bufón, quien decía de Cisneros "que era una galga envuelta en jerga".

Dejemos reposar al último cardenal famoso y sigamos nuestra peregrinación; que aun nos faltan las dos mejores capillas, o, al menos, las más suntuosas y holgadas. En la de San Ildefonso la luz se filtra a torrentes por los grandes ventanales góticos de emplomados vidrios. En el altar—muy siglo XVIII—se amontonan mármoles y jaspes, pero carece de la clásica delicadeza del plateresco. Está muy bien de sepulcros; el del cardenal Borja, el de un virrey de Cerdeña, el de Carrillo de Albornoz. Los dos primeros taciturnos y desmayados como un airón estilista, elaborado a brazo por el formidable león D. Ricardo. Nos gusta más el del obispo de Avila, claro que por la única razón de que es plateresco. En otro nicho yace el sobrino del cardenal. La leyenda popular aureola a este personaje con esa generosa amplitud familiar que

la picaresca atribuye a los sobrinos de los curas...

En el centro se alza el túmulo famoso de Gil de Albornoz, cubierto de arquitos góticos y encuadrado con figuras de santos, clásicamente esculpidas. Sobre el sarcófago va la estatua yacente, revestida de pontifical y apoyadas sus plantas—justo símbolo—sobre un fiero león. Con qué ganas nos quedamos de hincarle el diente retórico a la mgnífica biografía de este valeroso cardenal, que aunque era de Cuenca, tenía la pujanza de un juez de Israel y llevaba como botín veinte carros con las llaves de las ciudades tomadas por asalto. Pero después de lo que ha dicho Blasco en sus últimas novelas, acerca de las hazañas de este terrible arzobispo, nos guardaremos mucho de fantasear. Somos respetuosos con el talento, siempre que sea de 14 quilates como mínimun. Lo que exacerba nuestra bilis hasta caer en la injusticia, son los majagranzas de la literatura comercial o los brillantes boro del ensayo y la crónica.

Y ya estamos al fin del sendero; en la última capilla de nuestra nave, tras de cuyas puertas siempre cerradas duerme el temible D. Alvaro en compañía de su respetable familia. El es-

tilo de la capilla es el gótico florido, precursor del plateresco. Por las caladas ventanas circulares entra un lago de luz blanca que enrojece apenas en torno a los sarcófagos. El misticismo ha sido aquí anulado por el esfuerzo guerrero, agresivo, que se refleja en los mármoles, en las pinturas, en los escudos de Lunas y Pimenteles, profusamente salpicados entre las ventanas; hasta en la violenta luz...

Los mausoleos del matrimonio Luna son de estilo ojival y se apoyan sobre leones. Arrodillados en los ángulos, cuatro monjes contemplativos y cuatro caballeros santiagueses, velan en actitud orante. D. Alvaro lleva puesta su armadura, como si después de muerto se aprestase aún a la pelea. La espada un poco en el aire, diríase que acaba de trazar el blasfemo y donjuanesco ovillejo: "Si Dios Nuestro Salvador, ovier de tomar amiga, fuera mi competidor." Por contraste, la estatua de doña Juana, honestamente cubierta con un manto, lleva en la mano el rosario. Su destino es seguir rezando en la tumba por el alma magnífica del atormentado condestable.

¡Maravillosos Lunas! Arraigan, suben y medran en Castilla como los Borgias en Roma. Los

Borgias son levantinos, oriundos de Aragón; es decir, Borjas con ingredientes italianos. Los Lunas son aragoneses a secas y aunque tienen la dureza de los Borgias, les falta su flexibilidad mediterránea; el estilete pulido como un joyel —juguete en manos femeniles—y el veneno sutil que se guarda entre perfumes. El castillo de los Lunas está tan lejos del mar, que cuando don Alvaro triunfa en Castilla, se agarra a Escalona en busca de Gredos, como buen jabalí. Los Borgias, más audaces, pasan el mar, disfrazan su ambición, cruzan sagazmente sus blasones y se apoderan de Roma.

Y es que los Lunas afincaron muy pronto y con demasiada solidez en tierra castellana. La madre de Pedro Luna—el arzobispo que trasplantó a Castilla la aguerrida familia—era sobrina del cardenal que descansa en la capilla de al lado: Gil Carrillo de Albornoz. Y D. Pedro, a su vez, es sobrino del antipapa Luna, Benedicto XIII. Hasta aquí la familia conserva cierta parvedad de intenciones. Mas como D. Pedro trae a su sobrino Alvaro de Luna que acaba apoderándose de la voluntad del rey, lo que empezó en humilde fuentecita aragonesa, concluye por traer más afluentes que el Tajo.

Apliquemos el oído a un fragmento del relato que Fernán Pérez de Guzmán hace del arañita D. Alvaro: "En esta manera ovo para su hermano la iglesia de Sevilla e después la de Toledo, e para un sobrino mozuelo la iglesia de Santiago, porque el Papa no negaba al rey ninguna petición suya." Si iría la familia al copo eclesiástico, que hay un Ximeno de Luna, arzobispo de Tarragona. Y no contamos que el célebre Carrillo, enemigo jurado de Mendoza, era primo de D. Alvaro. El propio Mendoza no pudo escapar a los enlaces y entronques con los Lunas. Su hermano, el primer duque del Infantado, casó con la hija del condestable. Y pues Cisneros, el último gran cardenal, era hechura de Mendoza, resulta que, si no la familia Luna, por lo menos su influencia, cierra el período ascendente de esta santa catedral.

La Historia, siempre injusta, pasa casi en silencio al Abraham de los Lunas, nuestro buen D. Pedro, el que trajo a la corte a D. Alvaro. Rastreando en algunos cronicones hemos podido encontrar un pequeño retrato literario del patriarca, matriz de las diplomáticas ramas de Lunas, Borjas y Mendozas. "Era un varón de bien concertados miembros, el color muy arre-

batado, casi rojo, redonda la cabeza, la nariz afilada, eclesiástica; la boca ancha e de recios labios; activo, sagaz, limosnero e demasiado dado a los afectos de familia."

Acerca de su paso por la Primada, que duró unos diez años, la Historia guarda un prudente mutismo, roto tan sólo por la épica algarada que le armó el cabildo. Resulta que el buen Pedro de Luna regaló al Papa varios códices miniados y artísticos pergaminos procedentes de la catedral. El cabildo amenazó al arzobispo con un proceso de robo. ¡Tendría que ver la paternal cara de D. Pedro, ya de ordinario "arrebatada y casi roja", al recibir la primera rociada de autos, cuando él estaba seguro de que toda la catedral era suya! ¡Y si le apuraban, Castilla entera! Nos ha hecho mucha gracia este lance de su vida eclesiástica. Como que la historia de los cabildos es mucho más pintoresca que las biografías de sus cardenales...

Del resultado de tan célebre pleito, callan los cronicones. Y nosotros, para que el lector se regocije, también callamos por ahora. Mas antes de decir la última palabra acerca de los Lunas —troqueles auténticos del guerrero y eclesiástico renacimiento español—vamos a seguir su

rastro a través de la provincia. Visitaremos Maqueda, el castillo de Escalona y quizá por Gredos nos alarguemos hasta Arenas de San Pedro, último refugio de la poderosa familia, que al fin logró reunirse eternamente en el más rico panteón que pudiera apetecer para su descanso el ambicioso condestable...

Univ. of Arizona Library

## VII

Y ahora, próximos a dejar la catedral, alzado ya el regio tapiz que separa la Realidad del Ideal, abarquemos con la mirada la arquitectura espiritual que nuestra pluma buscó inútilmente en lo alto y en lo hondo.

Son cinco naves grandiosas, que arrancan del pentágono inscrito en la puerta del Perdón; cinco senderos alumbrados por una luz melancólica que se irisa al atravesar el cuerpo de los santos y arzobispos refugiados en las vidrieras; cinco palios recamados de piedra gótica, sostenidos por columnas esbeltas e inmaculadas como varas de nardo; cinco bosques de recias lanzas con anhelos de ciprés, bajo los cuales se acostó una raza a escuchar el son litúrgico de los místicos rezos de coro...

SEÑORA DOÑA VENUS...

## SEÑORA DOÑA VENUS...

Dejando a un lado el Amor de los Amores, cantado ya genialmente primero por Salomón y luego por don Ricardo León, sabemos—no en vano nuestros mejores ensayistas, con vistas al plomo o a la nebulosa, se han esforzado en ilustrarnos respecto a tal extremo—que cada flecha escapada de la aljaba de Cupido tiende a lesionar uno de estos tres interesantes órganos: cerebro, medula y bolsillo. A veces puede intoxicar los tres, y entonces el malferido de amor se convierte en "un caso" que entra ya en los dominios de Lafora sin gotas del padre Sureda.

El pueblo define mucho más certeramente este triple flechazo empleando una metáfora de elegancia ateniense nacida al calor de las gran-

des gestas tauromáquicas: "¡Ese... está p'al arrastre!..." En contraposición, los literatos, expertos modistos de ideas defectuosas o antipoéticas, han logrado mixtificar este amor en crudo llamándole amor espiritual, amor pasional, sentimentalismo romántico y otros vistosos motes de corrección indudable.

Cerebro, medula, bolsillo. He aquí las rutas por donde va a caminar esta austera estampa con humos de ensayo hiperexcesivamente ensayado. Hoy, como ayer, idealismo, sensualidad y ducados nos dan el completo diagnóstico de toda clase de ayuntamientos, siempre que sean sin mayúscula y sin estatutos. Veamos ante todo los efectos de la temible infección amorosa sobre los tres legendarios mitos.

El flechazo de Cupido alcanzó a Don Quijote en el cerebro. En el acto, su cabeza empieza a flaquear. Dulcinea es una estrella intangible y brillante, desprovista de mucosas fisiológicas. Carece de olor y sabor. Cuando este amor puramente cerebral aterrice la verá casta y fuerte, sin el menor rastro de sensualidad. Si la chata ahechadora de trigo rubión le desilusiona en sus fugaces contactos con la realidad, ello no influye demasiado sobre su primordial sentimiento. El

amor en Don Quijote es una entelequia. Ama el Amor, como los místicos, a base de sacrificio y renunciación, fijo el pensamiento en una recompensa dudosa y lejana...

El polo opuesto es el donjuanismo, todo egolatría y rapacidad. No es culpa suya. El flechazo amoroso dió al Burlador de Tirso en plena medula. Este elegante animal, de ideas cortas y manos largas, no se enamora nunca; pero actúa con el sano desparpajo que le prestan su continua holganza y la tara fisiológica que arrastrará de por vida.

La última flecha del dios arquero fué a alojarse en los bolsillos humanos. Nuestra escuela picaresca—única literatura real y grande que ha producido España — acertó a definir con toda exactitud la gravedad de este flechazo. Le llama amor de bolsillo, lo mismo en la Garduña que en la Pícara Justina, realista expresión que no admite matices ni dudas. Amor que ataca al bolsillo es un hallazgo castizamente celtíbero.

Caminan históricamente estos tres mitos rezando en el fondo a la diosa pagana, bien que sus arreos sean cristianos a las veces. Don Quijote reza a Juno, ya que Dulcinea es el fracaso

de Aldonza, y Aldonza, a su vez, otro nuevo fracaso, puesto que pudo ser la esposa legal de aquel Alonso de Esquivias, hidalgo de gotera probablemente, y no de lanza en astillero, como lo encubre Cervantes.

La diosa de Don Juan es Venus, que en el cristianismo se llama Doña Inés. Es el mito que tiene mayor número de remeros literarios; mas resulta algo irónico que fuese un fraile quien nos descubriera la enjundia sensual del prototipo medular. No echemos en saco roto la pródiga largueza de hábitos talares con que España contribuyó al mejor servicio de Venus. Gracias a ellos, y a la bendición divina sobre todo, el Concilio de Trento, que tiró a despoblarnos, no pudo salirse con la suya. ¿Cómo explicar, si no, la experiencia de tanto santo varón, desde los dos Arciprestes hasta Lope, pasando por Calderón y Tirso? Y es que a poco que se raspe al español aparece el fraile, el guerrillero o el chulo: los tres vestidos favoritos con que gusta disfrazarse el viejo Burlador.

Casi todos nuestros ensayistas — igual los amenos que los profundos—han metido simbólicamente el remo en este mar de aguas verdes y ondeantes curvas por las que sigue bogando

Venus abrazada a Don Juan. A cada nuevo viaje, la voluptuosa trirreme nos aporta consoladoras noticias, que el cronista—feo y flaco, como corresponde a todo intelectual—acoge con el excelente propósito de arrimar el ascua a su sardina. Así, por ejemplo, hemos averiguado que Don Juan jamás se viste de Apolo, tal vez porque la mujer digiere mal el laurel; y que Venus, pese a su experta blandura, con el único dios que no hizo buenas migas eróticas fué con Apolo. ¡Por algo será!... ¡Por algo será!...

El flechazo sensual, al perforar metafóricamente los bolsillos, engendró la Celestina. De esta herida de amor en plena codicia brotó la honesta dueña, tan necesaria en toda república bien organizada. Para Menéndez y Pelayo, Celestina es el genio del mal. Para Maeztu se queda en una Minerva utilitaria. Siempre fué don Ramiro hombre sagaz en cotizaciones literarias. De todos modos, Celestina es la antípoda de Dulcinea. Y como la Humanidad prefiere afirmarse entre el fango a divagar frente a una estrella, resulta que Celestina, aun con los inconvenientes de ser bruja y vivir junto a las Tenerías, tiene siempre la faltriquera bien repleta de ducados, que sus devotos acrecen...

Amor cerebral o Don Quijote. Amor medular o Don Juan. Amor de bolsillo o la Celestina. Tres obras concebidas en Toledo mientras la Imperial Ciudad rumiaba su siglo de oro. No importa que el escenario ocasional simule la acción en Salamanca o Sevilla. Hoy saben incluso los historiadores que la primera parte del *Quijote* no se engendró en Argamasilla. Cervantes, casado en Esquivias, cogió los primeros maravedises frescos de toda su vida—como puede leerse en las escrituras de la Notaría de Illescas—y se plantó en Toledo. Y se le olvidó volver a la Sagra. Veintitantos años anduvo por el mundo sin acordarse de la honesta doña Catalina.

Esta hazaña, que en cualquier caballero del Verde Gabán se llama una sencilla judiada, en el genio es apenas un lance pintoresco. El genio es siempre mala persona. Si aparece por ahí algún genial bondadoso, puede afirmarse desde luego que oculta su biografía. Cervantes, por no quebrantar el principio, anduvo algo lejos de ser una paloma sin hiel; la prueba es su humorismo. Un humorista es en todo caso un mal bicho; al menos, eso creemos por Toledo. Bien que todo es relativo; si comparamos las andanzas pícaras de D. Miguel con la pésima intención de Lope, a

Cervantes se le puede incluir dignamente en cualquier santoral.

Huyamos de divagaciones, y al grano. La primera salida de Don Quijote tiene como fondo Esquivias, y por ruta, la Mancha Alta. Dulcinea es del Toboso, último pueblo de esta provincia, puesto que Toledo era Mancha, y llena de yangüeses por añadidura...

En *La Celestina* todo es toledano, desde el autor, natural de la Puebla, hasta el lugar de la escena. "Allá cerca de las Tenerías, en la cuesta del río, una casa apartada, medio caída..." Esto podrá ser la Salamanca del Tormes, pero es también el Toledo de las Carreras, con su azuda en el Tajo, sus tenerías y su casuca en la cuesta. Además, la iglesia de la Magdalena y las calles del Arcediano y del Vicario siguen enclavadas en la propia topografía toledana que se le escapó a Rojas. Y si se tapa cautamente con Juan de Mena, también señala a Rodrigo de Cota, otro judío toledano.

Más difícil es dar con el toledanismo del Burlador, ya que éste es típicamente sevillano por su poca gracia y porque así le convino a Tirso. Un erudito legítimo se tentaría la ropa antes de seguir adelante; nosotros, no. Tratándose de To-

ledo, todas las fantasías son admisibles. ¿No oyó el divino Corrochano, hace bien poco tiempo, gritar desde una histórica almena: "Toledo por *Cagancho*"? Pues el propio duende milenario que inspiró tan heroica frase al Tucídides de la fiesta nacional acaba de asegurarnos que la leyenda del Convidado de Piedra es toledana, y acaso de origen leonés, como el Alfonso que echó a perder el Toledo árabe.

El apellido Tenorio no es andaluz, y sí toledano de pura cepa. Lo atestigua D. Pedro Tenorio, excelente arzobispo de la Primada y, de paso, amo de los reinados de Juan I y Enrique el Doliente. Junto al puente de Alcántara está la fuente que se sigue llamando del Burlador. Recostada bajo San Servando, aun pueden verla al subir de la estación los turistas, ya sean tracios de bota y merienda, ya beocios de baedeker y kodak. Y donde hoy anida la Diputación —siempre el simbolismo geográfico—estaba el convento en que hizo su noviciado Tirso, y no en Guadalajara, como suponen ciertos eruditos de imaginación volcánica. El propio andariego padre confiesa en *Los cigarrales* que la única ciudad donde hizo asiento fué Toledo...

Apiñada en el cogollo que soportan sus siete colinas, Toledo avizora el campo olivado y vigila los caminos. Van y vienen trajinantes, cosarios, frailes lucios a horcajadas de sus mulos, mozas garridas de carnosa opulencia, dueñas cobijadas bajo el negro caparazón del manto. Es la hora en que todos los gremios derperdigan sus hombres en busca de la soldada cotidiana. Pasan los curtidores, los espaderos, los que tejen casullas de seda y oro, los que forjan con el hierro calados y grecas. Pasan también esbirros, alguaciles, embozados... Fuera de puertas, cara al monte, los cuadrilleros preparan su acostumbrada batida. Toledo, desde su trono, mira indiferente este tráfago de cada día. Nada ha visto hoy que no viera ayer o no verá mañana. Y sin embargo...

Pasado el puente de San Martín, en el recodo de Solanilla, el cansado hidalgo vuelve a solazar sus ojos con el mismo paisaje que trasladara a *Galatea*. La carne flaca viene huyendo de Venus. Da en el recuerdo de Juno, y de rechazo, en la familia que dejó por Esquivias. Una piedad sentimental hacia todos los humanos invade al caballero. ¡Cómo deplora los largos años de desvío y el abandono de su manchega Señora! Va que-

brada la tierra. El oro maduro del crepúsculo enciende las copas de los olivos con religiosa solemnidad. Doblan despacio unas campanas, agoniza el día, y toda la Naturaleza entona sus funerales. Ducinea empieza a tomar cuerpo en el genial cerebro del hidalgo...

* * *

Noche cerrada. La mole de Bisagra se hunde entre sombras. El silencio del cielo estrellado se posa en la almena de las murallas, baja a la calle y penetra en el retorcido entresijo de la frontera morería. Apenas rompe esta paz el eco de las espuelas indiscretas de un doncel enamoradizo o el huroneo piadoso de la ronda de pan y huevo. Pero hay una arteria donde el estrépito se rebela contra la noche callada. Es cerca de aquellas casucas bajas que están junto a los alcabaleros de Bisagra. Se oyen gritos, lamentos, coplas groseras que rasgan el aire como centellas. En estas mancebías entran y salen perdularios, arrieros y soldados, pecheros de las villas próximas y rufos que vinieron de camino. Parece que el silencio del Toledo dormido ha bajado a impurificarse en este vaho de gallofa, donde

las mozas de partido actúan de sacerdotisas. Nada nuevo ni ignorado se presiente en tan bajo escenario: es el ambiente mil veces descrito. Y sin embargo...

Caballero en su mula de letrado, el alcalde de Talavera traspasa la clásica Puerta de Bisagra en busca del humilde parador que allá hacia las Covachuelas tienen sus deudos de la Puebla. En aquel momento, una viejecita de haldas largas y honesto manto sale de la casita más baja. En su mano, el jarrillo de vino temblequea con la gravedad de un cirio bendito. Tiene la viejecita limpia el habla y pródiga en donaires, y es hábil e insinuante al ofrecer sus buenos oficios. Mas el letrado, cauto como todo discípulo de Minerva, sonríe ladino. Pretende huir de Venus como huyó de la Inquisición, aduciendo doctas razones de leguleyo. Los ojuelos de serpiente le acechan irónicos por encima del jarrillo; el verbo de la vieja tiene ahora entonaciones cálidas. La dueña con que le promete holgar posee unos ojos verdes, rasgados y profundos, muy parecidos a los de la diosa favorita del letrado. Son largas sus pestañas, alzadas y en comba las cejas, pequeña la boca, de dientes menudos y blancos; frescas las mejillas y de dulce pelusa acompañadas...

Duda un instante el buen alcalde; luego se aleja. Pero el recuerdo irá cincelando la imagen presentida con arreos demasiados humanos. Palas lleva camino de trocarse en Melibea...

* * *

Por el ventanillo de la celda se ve el paisaje, apretado, bruñido y centelleante como escudo de guerrero. La ondulación de la vega avanza hasta los rodaderos entre los límites del cementerio moro, el romano y el cristiano. También se divisan—ya lejos—las huertas del Rey, el palacio de Galiana y la ancha cinta del Tajo, que viene desbordado. Es un amanecer claro, lleno de sonoridades y de azul. Los cigarrales aguardan la mirada paternal del Sol, que ha de secar las lágrimas de su hierba húmeda. La Naturaleza, harta, satisfecha y pacífica, reclama una oda enfática o un romance evocador. Y sin embargo...

Dentro de la estancia, fray Gabriel no da paz a la pluma. El antiguo novicio escribe con todo el brío de su mocedad; huyendo del amor profano, se ha refugiado en la Teología. Por eso espolvorea sus jornadas teatrales con hazañas

ardientes; así va sangrando en una versificación suelta todo el ímpetu de su carne joven, huérfana de afectos terrenales...

.....

Nada saben unos de otros estos hombres. Son distintos los senderos por donde caminan sus pensamientos; pero una invisible antena recoge y enlaza la esencia escondida de sus espíritus, atormentados por idéntico imperativo fatal: el Amor. Y la sombra gloriosa del gran Arcipreste, que nunca dudó en adjudicar la manzana del Arte a las tres diosas rivales, deja caer sobre las cabezas simbólicas de nuestros hidalgos su salmo socarrón, de rancio gustillo mitológico y gallarda valentía:

*"Señora Doña Venus, muller de Don Amor,*
*Todos vos obedecen como a su facedor..."*

# GLOSA HUMILDE DE LOS CIGARRALES

## GLOSA HUMILDE DE LOS CIGARRALES

Toda masa analizada en bloque, colectivamente, carece de facetas brillantes. Nuestras vidas mismas son ríos anónimos: vivimos, sufrimos y desaparecemos sin dejar rastro. Solamente contadísimas luminarias—las más impuras acaso—arrancan un fugaz comentario a esa distraída hidra con millones de cabezas que se llama Historia.

Estas quejumbrosas reflexiones con sabor de Kempis pueden aplicarse de lleno a nuestros cigarrales, esas quintas, por lo general, de menos provecho que recreo — según afirma Gamero—, "donde la Naturaleza entró con el arte en competencia para ostentar sus galas y atractivos".

También ellos viven de espaldas a la Historia, agarrados a la peña brava o a la modesta clámide verde y fecunda de la huerta; también la curtida sensibilidad de sus paredes aguanta el calor agosteño, la recia helada invernal, la sequedad constante de un cielo perennemente azul y el desgarrón de sus nubes, que de tarde en tarde les cubre con una espesa crencha torrencial. Pasan los cigarraleros por su piel sin dejar rastro, escarban su vientre geórgico, sudan, sienten un poco la pena de vivir, se multiplican alegremente y acaban desapareciendo por el senderito de cipreses que arranca de San Eugenio, bien enfundados en su traje dominguero y confortablemente instalados en un coche negro...

Por lo que hace a sus dueños, desfilan con idéntica monotonía. Son, en general, burgueses de vida regalona que alargan su aburrimiento ciudadano entre estas crestas batidas por todos los vientos y siempre impregnadas de honda soledad. Canónigos o seglares, que en las tardes apacibles rumian su sosiego ante el maravilloso escenario saturado de tomillo y espliego, bajo un sol tibio y crepuscular. Hasta que un día se cansan o se mueren, y entonces el cigarral se vende o se trasmite a los herederos.

No pasa más. En los clásicos cigarrales, mansiones antaño de nobles señores y cardenales doctos, no hay ya fiestas suntuosas ni aventuras galantes siquiera. Hoy leemos como un cuento de *Las mil y una noches* la descripción entusiasta que Gamero hizo de estas posesiones, "que no son dehesas, huertas ni jardines, mas tienen algo de las tres cosas". Asombra la ternura retórica, oceánica diríamos mejor, con que habla de las flores, de las frutas, de los pájaros, de la abundancia que desbordaba en los ciruelos, perales, granados, membrillos, higueras, cerezos y parras del cigarral. Nos habla hasta de la mar..., de la mar de cosas que no existen, y que a lo mejor tampoco existían entonces. De estos escritores castelarinos hay que desconfiar un poco...

Lo indudable es que hoy la masa de cigarrales examinados colectivamente no llena un renglón en las páginas de la Historia. Viven sin brío literario, sin leyendas, sin el menor jugo fantástico, respirando el sopor de las actas notariales. Viven sólo en los archivos, como el paralítico en su sillón.

Analizados en conjunto, se les conoce por sus muecas y actitudes, claramente visibles, cual si estuviesen dotados de humano rostro. Los más

pobres tienen un gesto africano. Asomados al borde de una barranquera, escalando las rocas y rodeado cada cual de su buena docenita de chumberas, enseñan todos un gesto fruncido de rebeldes...

Al verlos meditar en las solitarias colinas, cualquiera pensaría que son los únicos supervivientes de algún pobre aduar machacado cruelmente en una *razzia*. Las bardas en ruinas, las paredes blancas y el raso hierbín agrandan este sabor berberisco. Triscan las cabras por el peñascal adusto, picotean las gallinas en libertad; sólo le falta a la cigarralera el blanco velo de tapada para que nos creamos al otro lado del Estrecho. Pero la hacendosa mujer, que a lo mejor es de Ajofrín, lleva refajo manchego, pañuelo a la cabeza y las mejillas, aunque no muy limpias, al aire...

Otra gran masa de cigarrales, bien aposentados geográficamente y alejados de la ronca hoz que forma el Tajo, adoptan una actitud más burguesa. A la blancura de aduar sucede el encalado del mudéjar ladrillo. Además, un cigarral de esqueleto casi prócer admite ya el cómodo regazo de una terraza, la verde cabellera de una parra y el castizo aliño de alguna labrada reja.

A pesar de su empaque modernista de nuevo rico, se olfatea allí un tufillo heráldico, ya anterior, procedente tal vez de una orden religiosa, pues que los frailes supieron siempre instalarse lo más cómodamente posible en este valle de lágrimas.

Viene luego otra línea de cigarrales, línea sinuosa, quebrada, porque aquí el terreno es dramático, y todo en él queda diseminado, suelto, dispuesto para luchar individualmente, a usanza celtíbera. Estos cigarrales son los del quiero y no puedo. Les llaman *villas*. *Villa Robustiana*, *Villa Sinforosa*, y son cursis hasta más allá de Algodor. Todo es en ellos postizo y artificioso; no les falta detalle. Tienen miradores en la fachada, mecedoras junto al fogón, chimeneas y tejados con aspiraciones de *chalet*. Su lujo de advenedizos desentona en el paisaje austero. Literariamente recuerdan a Martínez Sierra en el teatro y a Díaz Caneja en la literatura. Pero huyamos de comparaciones peligrosas y entremos, si nos dejan, en un cigarral...

* * *

El cigarral tiene sus entrañas adaptadas a la piel geográfica de la manera más pintoresca y absurda. A veces, la puerta principal está a la altura de un segundo piso, y en la fachada opuesta, bajando unos cuantos escalones, otro portón abre su boca al nivel de los cimientos, copia sin duda de las intrincadas construcciones toledanas. Cigarrales hay tan modestos que sólo poseen cocina y establo; otros, tan holgados y espléndidos, que sus habitaciones llevan un número, como en los hoteles. Los hay blancos, los hay rojos, los hay acerados, llenos de herrumbre, semejantes a esas hojas toledanas que llevan siglos sin combatir. También tenemos cigarrales de saldo, poco mayores que la caseta de un dogo, y otros, como el de la viuda de Costales, donde caben cinco casas de vecindad. ¡Que ya son costales para una sola viuda!

Nosotros, partidarios siempre de la medianía, como buenos españoles, no entraremos en los humildes ni en los próceres. Elijamos uno cualquiera de los burguesitos y avancemos por la puerta más alta. Zaguán minúsculo, en el que hay aperos de labranza. Una estancia oscura, donde entra algo de luz por un ventanuco poco mayor que una hoja de papel de fumar. Acos-

tumbrando gradualmente los ojos, se van precisando los enseres; la cama de matrimonio, de hierros dorados, con su pililla de agua bendita encima, engarzada entre ramilletes de tomillo y espliego; más alta, presidiendo también el lecho destinado a perpetuar una futura serie de cigarraleros, la estampa de la Virgen de la Bastida o la Cabeza. El dibujo tiene ese temblor ingenuo característico en los artistas anónimos de las cuevas de Altamira.

A un lado está la cómoda, que guarda en sus entrañas la ropa dominguera y los ahorros de la casa. Este absurdo artefacto sostiene además sobre el tapete, familiarmente bordado, dos fotografías: una, de cuando el cigarralero era soldado; otra, dos horas después de leerle la epístola de San Pablo; esto es, todos los actos trágicos de su vida sencilla. En la pared, redondeando el efecto escénico de la alcoba, aparecen dos cuadros confeccionados con hilos de color. "Lo hizo Nemesia Pérez Fernández, en Ajofrín. Año 1872." En cada una de estas letras y en cada uno de estos hilos quedó esculpida toda la adolescencia romántica de la hacendosa cigarralera. Dos sillas. Una palmatoria. Bajo el borde de la colcha asoma cierta vasija de una sola asa,

que sería blasfemia estética comparar con el ánfora griega...

De esta habitación se pasa a la cocina. Para ahumar perniles, la estancia no puede ser más excelente; para vivir, sólo una cigarralera, que además sea de Ajofrín, es capaz de trajinar con holgura. Ni el vasar, con sus triangulitos de papel azul; ni la alacena, pese a su reja de labrada madera, entusiasmarían a Lúculo. Al fondo hay otro cuartito solitario, con un catre ascético, un espejo roto y algunas prendas de vestir y calzar diseminadas sagazmente por todos los rincones de esta *garçonnière* rural. Aquí descansa el dueño rara vez, claro está, cuando se le hace muy tarde para regresar a Toledo.

"¿Pero es que no hay mejores cigarrales?", preguntará escamado algún lector, recordando quizá el del doctor Marañón, Buenavista o la Sisla. Indudablemente que sí. Hay bastantes modernos, con relativo *confort*, y cuatro o cinco magníficos, como palacios urbanos. Ahora que el cigarral clásico es esta casita humilde que el toledano tiene para venir a merendar en las tardes de primavera o para curarse las calenturas que pescó junto al río.

Además queda por describir la mejor habita-

ción, que ocupa todo el entresuelo. El establo es la pieza más confortable del cigarral, y, aunque no huele a rosas precisamente, las gallinas y cerdos encuentran en sus vecinos del principal las más celosas y vigilantes *nurses* que pudo soñar la pedagogía sajona. ¡Cómo los cuidan! ¡Con qué sabia amalgama de sociología y positivismo son tratados estos animales! ¡Como que sólo ponen huevos las gallinas de la cigarralera! Las del amo, jamás; todas son estériles. Ya se han dado casos de dos o tres huevos minúsculos; pero ello es debido a que la guardesa se sienta derrochadora, y estos casos neuróticos de prodigalidad son raros en los climas de altura, sanos y fríos de suyo.

Con los cerdos ocurre lo mismo. Junto a uno o dos bien cebados se ven cinco o seis esqueléticos, larguiruchos, con esa arquitectura angulosa característica de las aves famélicas y los poemas ultraístas. Tenemos la sospecha de que las morcillas que suministra en Pombo Gómez de la Serna proceden de estos animalitos absurdamente alargados, como la pirueta de una greguería.

No hará falta advertir que esta extraña piara pertenece al amo. La del cigarralero abunda en panzas senatoriales, sin perjuicio de sentirse

lastimado si el propietario inicia la más ligera vaya y haga responsable a Jehová de tan lamentable diferencia asimiladora: "Bien sabe el señorito que aquí todos los cerdos comen lo mismo. ¡Lo que pasa es que Dios protege a los pobres!"

Aun falta algo que citar de los cigarrales castizos: el espacio de tierra dividido en parcelas de distinta altitud que se extiende entre la casa y la avanzada de olivos. Minúscula, pero tan sagazmente aliñada, que ni en la huerta de Murcia ni en la de Valencia se encuentran bancales mejor acicalados. Un hilillo de agua baja enderezado entre dos filas de ladrillos, investigando meticuloso todos los rincones. Al último se esconde en las altas cañas que dan a este rico trozo de cultivo intenso una sensación meridional. Se ve el brocal de dos pozos y se presienten o inventan unas lechugas. Florece al margen el almendro... ¿Qué les falta a los cigarrales para ser las mejores huertas del mundo?

Los toledanos estamos en el secreto. Falta una cosa muy sencilla: agua. Entre las infinitas etimologías que existen acerca del nombre "cigarral" hay una que nos encanta. La derivan de la voz árabe "sigiara", lugar de manantiales, y, en efecto, tienen un buen hilito, que con los pri-

meros calores se malogra impíamente. Los oasis que tenemos a la vista son una simulación, una decoración de teatro admirablemente dibujada y pronta a derrumbarse al menor soplo de viento. Además, para concluir con ellos están las heladas, cerca de treinta cada año.

A pesar de todo, los cigarrales tienen algo sólido, indestructible y eterno, algo que está a prueba de heladas, tormentas, pedriscos y sequías. La oliva se requema, el almendro se pudre apenas caen sus flores pimpantes estranguladas por la escarcha mañanera, los frutales se amustian, las parras languidecen muertas de sed. Pero al socaire de un peñasco, en medio de un terraplén o al margen del caminito, vive el árbol más austero, más duro y resistente del mundo: el albaricoque.

Cuando el albaricoquero prende en plena roncha pelada o en el regazo umbrío no lo desaloja ni Napoleón. Sus raíces, su apego a la vida son algo extraordinario. Y es que el albaricoque es un producto artificial, como el hombre. De ahí su egoísmo, su parasitismo y su fuerza esquilmadora. Sólo le falta para ser humano inventar algún ideal altruísta o segregar filosofía sobre los olivos vecinos...

Todo el mundo ha oído hablar del célebre mazapán toledano, ese mazapán "tangible y único", que ha producido tantos ripios y tantas indigestiones. Su pasta azucarada tiene la dureza de la roca y la docta pesadez de un viejo académico. Pues bien: el secreto de este mazapán estriba en la cantidad que lleve de albaricoque y en sustituir parte de la almendra corriente por el dulce hueso molido. Ahí está el toque. El mazapán de Toledo, como el cemento portland, acabará imponiéndose al mundo; en ello están interesados, amén de los confiteros toledanos, los productores de laxantes.

Mas, aparte de esta trascendencia utilitaria y realista, el albaricoque encierra un oculto simbolismo; es nuestro mejor resumen histórico. Las etapas de su crecimiento se corresponden exactamente con las civilizaciones que pasaron por Toledo. Veamos el proceso agrícola: se planta un almendro, se le injertan dos ramas de ciruelo, y al árbol así obtenido se le vuelve a injertar un albaricoquero.

O, lo que es igual: se planta una tribu celtíbera, probablemente de los arévacos; se injerta en ella la piedra romana del cíclope y la corona imperial de cualquier rey godo. A este producto se

le inyecta la taracea mudéjar, y ya tenemos terminadas dos historias: la del albaricoque y la de la ciudad. Se me argüirá que algunos cigarraleros, por avaricia, injertan el albaricoque directamente del almendro, sin pasar por las dos ramas de ciruelo; pero esto es un desatino agrícola y un anacronismo histórico, pues, gracias al ciruelo, el albaricoque dulcifica su hueso y se ablanda amorosamente su carne, y, gracias a romanos y godos, pudo Toledo adquirir su categoría de reducto inexpugnable y de ciudad de los Concilios.

Hoy, el albaricoque toledano tiene una pelusilla morena, suave, untuosa, casi clerical, y una carne prieta, dura y ácida, casi guerrera. Así, de un solo bocado, recuerda nuestra catedral y nuestro Alcázar, el férreo hueso de un cadete bizarro bajo la envoltura grave de un brillante canónigo. Para deducir consecuencias de este ultramoderno injerto es necesario esperar... a que el árbol dé algún fruto...

# SINFONÍA LÍRICA DE LOS CIGARRALES

## SINFONÍA LÍRICA DE LOS CIGARRALES

El cigarral, como el caserío vasco, se aisla siempre; pero sus fines son bien distintos. Con ansia maternal, el caserío busca el regazo de la montaña púdicamente, como si se acercase a un lecho conyugal. Su afán fecundo huye de donjuanismos decadentes; ama el silencio y oculta su voluptuosidad creadora entre el recato de los robles, cubriéndose con la verde colcha de prados y maizales. El cigarral, por el contrario, recuerda el estéril ardor de una cortesana enamorada. Busca la luz, la exhibición de sus carnes, marchitas por el sol y las sequías, en espera inútil de una redención que nunca llega. Su piel morena, seca y ardiente, devora y consume los esfuerzos de varias generaciones. De aquí que el

caserío acabe por enriquecer al amo, o por lo menos hacerle la vida fácil, y el cigarral le arruine a la larga. Con razón advierte el viejo adagio: "Dos hermandades y un cigarral llevan al toledano al hospital".

Resulta algo paradójico que el cigarral, lugar exclusivamente de recreo, aparezca adosado a olivos que siempre les falta fruto, o a bancales disfrazados de regadío donde el único líquido abundante es el sudor del cigarralero, que se pasa desde el amanecer hasta que el sol se pone dando azadonazos con un fervor parejo al de los catecúmenos de la gimnasia sueca o del fútbol. En tanto, el caserío, que en el fondo es una verdadera casa de labranza, vive junto a un paisaje vestido con el lujo y la coquetería de los poéticos retiros hechos exclusivamente para gustar la más dulce y religiosa de las inercias. Paisajes de una belleza que convida a soñar y no trabajar; prados en que la hierba invita a tenderse; setos risueños, bosques de encinas, luz tibia, arroyos infantiles... Todo lo que ata nuestra actividad, empujándonos a dormir eternamente en la suave paz de una tarde que se derrite despacio, con ese temblor de serena belleza reservada a los dioses que no son cristianos...

El urbanismo de la imperial ciudad se halla asediado por el ímpetu rural de sus cigarrales. Asomémonos a cualquier ventanal toledano que actúe de vigía, sea rodadero, cerro o explanada. Enfrente, distribuídos en guerrillas, nuestra vista encontrará siempre un grupo de cigarrales echados sobre lomas, esparcidos, diestramente agazapados para dar batalla a la ciudad.

Desde el cerrillo de San Juan de los Reyes se descubre el grupo que confina con la ermita del Angel: cigarrales que parecen saltar por los breñales huyendo del artero recodo con que el Tajo deshace las rocas. Si el punto de vista es la bajada del Barco, veremos cómo la ermita del Valle avanza su blanca frente para cobijar tierra adentro multitud de cigarrales cuajados de oliva. Aun podemos sorprender un nuevo flanco desde el callejón del Locum: toda una sábana negruzca, cubierta de motas blancas, que arranca desde el cerro de los Palos hasta las fronteras de la Sisla. Y así puede darse la vuelta entera a la ciudad, seguros de tropezar siempre con un cigarral en acecho. La única tregua de paz es la lengua de tierra que el Tajo respeta entre San Martín y Bisagra. Espacio neutral donde dormita la fronda artificial de dos vegas, presididas

por la fúnebre loma del cementerio. Y aun aquí mismo el cigarral no se declara vencido; allá, muy al fondo, asoma su morena cara Buena Vista, la hidalga casona...

Pegados a la tierra, jamás lograremos saborear la concertada disposición de estos audaces cigarrales. Se puede definir su geografía exacta, su estrategia o sus simulaciones sobre el terreno; se puede sorprender el matiz, el detalle, nunca el conjunto, armónico y acordado como una sinfonía perfecta. A menos que nos decidamos a volar, a subir muy alto, hasta donde se abarquen claramente las líneas sinuosas de estos guerrilleros rurales que hipotecan el terreno para dormir a pierna suelta. No queda otro remedio que elevarse en uno de los aeroplanos que desde Getafe vienen a descansar al Polígono. Aprovechemos la obligada vuelta que la nave aérea da sobre Toledo antes de emprender la marcha. Ahora sí hemos copado la masa íntegra de cigarrales; ahora podemos analizarlos a todo sabor.

Estratégicamente, forman los rizos de un ocho caligráfico, con su gran cabezota rebasando Pozuela y su punto final, pulido, cuadrangular y algo alejado, que mira ya a la Alberquilla. Es decir, el ocho más burócrata que salió de experta

pluma. Ahora vemos también que el cerco puesto a la ciudad no es completo: hay claros abandonados, espacios fronterizos, titubeos de asalto. El círculo superior del ocho se marca bien claro y preciso. Forma la carretera de Argés el trazo más grueso, y a él va a unirse otra vereda, delgada pero constante, que trabajosamente sube al Valle. Entre estas dos carreteras se encuentran los cigarrales más pintorescos: unos, encaramados a los canchales; otros, agazapados en las faldas bajas. Los hay curiosamente suicidas, que se yerguen sobre un precipicio o se hunden entre las peñas que allá en el fondo socava el Tajo. Muchos se asoman a la carretera con aldeana curiosidad, y alguno, pobre y caduco, sestea, oculto, bien resguardado de vientos y aventuras.

La parte inferior del ocho es un círculo completo; un cero redondo y magno trazado con seguro pulso de calígrafo. Abarca desde San Martín a la ermita de La Bastida. En elegante curva, la carretera huye de los peñascales bravíos y se acerca a la virgiliana melena de las huertas que riega el frontero Tajo. Esquiva ágilmente la molicie labrada de San Bernardo y emprende la subida—jadeante y atormentada—en busca del

otro arco del cero, que marcha por San Martín. Dos altos hace en su camino: uno, en el pintoresco ventorro de Carranza, con su porche cuajado de trajinantes, arrieros de Polán y Gálvez, carboneros de San Pablo y pastores de Hontanar; otro, en la Venta del Alma, cuyo título tanto encantaba a nuestro viejo león de las letras don Benito Pérez Galdós.

En este segundo círculo se cobijan los cigarrales de más linajuda ejecutoria, saturados casi todos de literario aroma. Desde Solanilla está escrita parte de *La Galatea*, de Cervantes. En el cigarral contiguo vivió el padre Mariana, y más arriba, en otro que perteneció a los carmelitas, San Juan de la Cruz pulía sus versos más jugosos de la *Canción del alma*. Junto a la calzada de Guadamur, en un cigarral de los trinitarios, pergeñaba Tirso el formidable barroquismo de sus *Cigarrales*. Hora es ya de que advirtamos que hasta la desamortización todos los cigarrales de esta santa mitad pertenecían a Congregaciones religiosas toledanas. Por eso los capellanes, como Moreto y Calderón, hacían frecuentes visitas a este florido edén de conventual riqueza. El único cigarral con saborcillo laico es el de *La Diamantista*, que escondió los amores de Garci-

laso con una hermosa dama toledana. En las mieles de este recuerdo fué desgranando el guerrero poeta la trova de adjetivos de más limpio ritmo sensual: "Flérida para mí dulce y sabrosa..."

Conviene advertir que todos estos ilustres hombres de las letras, aunque por ellos pasaron, jamás fueron dueños de un solo cigarral. Dueños eran los abnegados jerónimos, los humildes agustinos, los piadosos mercedarios, las suaves hormigas de San Ignacio... Mendizábal, verdadero Anticristo de las suculencias territoriales de estos pobres descendientes de Aarón, acabó de un plebeyo plumazo con los bienes mostrencos de todas las santas Ordenes. Mas como aun hay justicia en la tierra, su triunfo fué relativo. Aunque hoy los propietarios de estas fincas sean seglares por juro de heredad, pagan cuantas novenas, sermones y triduos se celebran en Toledo, amén de formar un lucido cogollo de cirios en todas las procesiones.

Un solo propietario se les ha escapado. Nada menos que un liberal por los cuatro costados y, de añadidura, doctor ilustre. Y por una ironía de los dioses que nosotros no comprendemos, este cigarral, que debía oler a azufre, es el más

lindo, artístico y confortable de todo el contorno. Decididamente, Jehová — como Homero— dormita a ratos, cuando permite que el mejor cigarral toledano haya caído en manos de Marañón el demócrata...

En los archivos conventuales quedan detalles pintorescos de algunos cigarrales. Así, por ejemplo, el de los rojos tejados que distrae su tedio junto a Pozuela pertenecía hace siglos a un acreditado escribano de buída mirada y entendimiento tan ágil en curiales enredos, que sus contemporáneos le pusieron de apodo *Mal Ojo*. Al morir este *Mal Ojo* sin descendientes desaparecieron por arte de encantamiento las joyas, el oro y todo su botín de garduña legal; mas no fué posible escamotear su cigarral, bien ahito de ricas hanegas de olivo.

Los vecinos fronterizos — monjes trinitarios, naturalmente — rebañaron íntegra la finca de *Mal Ojo* con el misericordioso fin de invertirla en redimir cautivos. Pero el corregidor, en nombre de la ciudad, lucha, forcejea y, enarbolando la vara, sostiene con los frailes una controversia tan altruísta y desinteresada, que habría edificado a San Francisco de Asís.

—Si *Mal Ojo* ha muerto *ab intestato* — argu-

ye—, no tiene herederos; luego la tierra es de la ciudad...

—Es verdad—conceden los trinitarios—; la tierra, sí; pero el cielo nos pertenece. Por consiguiente, todo lo que se salga de la tierra es nuestro; nuestros son los olivos, los árboles, las paredes, las bardas...

—El suelo tiene derecho a su parte de cielo —replica airado el de la vara sintiéndose metafísico.

—En efecto; como también el cielo lo tiene a su parte de suelo—contestan con razonable beatitud los humildes trinitarios.

Y así luchan un par de años. La ciudad, apoyada en el suelo para apoderarse del cielo; los frailes, con los pies en el Infinito y la vista en la tierra. Vencieron los trinitarios, claro está, que para algo eran idealistas. De aquí que cuando vamos a beber agua en la fuente de Pozuela nos acordemos del calumniado *Mal Ojo,* cuya potente individualidad sólo sirvió para confirmar que no es la tierra el centro de las almas, según se desprende de estos escarceos comunistas regados con gotas metafísicas...

También por la posesión del cigarral del Rey forcejearon la ciudad y el clero; sólo que el co-

rregidor de entonces, letrado injerto en hurón, se lo regaló al hechizado Rey Carlos, y la Iglesia, que sabe dar al César lo que es del César, se inclinó como un conejo y dejó de pleitear.

Otro cigarral de interesante historieta es el llamado del Bosque, el que está emplazado cerca de la calzada antigua de Guadamur, y construído por el muy magnífico señor D. Diego López de Ayala, canónigo obrero de la Santa Iglesia Primada. Tenga presente el lector que un canónigo del siglo XVI tenía mucha más categoría económica que un obispado actual de la talla de Tarazona, Jaca o Sigüenza. Mas ello no bastaba para la fundación de un cigarral tan prócer. ¿Con qué ingresos se levantó esta mansión, capaz de competir con las espléndidas residencias de jerónimos, trinitarios y jesuítas?

Una avispa literaria que zumba con abnegado donaire por los archivos toledanos — nos referimos a Angelito Vegue—encontró el año pasado cierto documento revelador. De su discreta lectura se deduce que el buen López de Ayala cobraba por oculta mano la mitad de los rendimientos de dos voluptuosos refugios cercanos a Bisagra. La mano oculta era un arrendamiento hecho a un tal Gaitán, natural de Ocaña, que

estaba al frente de este saneado negocio, tan grato a Venus.

¡Oh noble varón D. Diego! Con tan sustanciosa ayuda, ¿cómo no habíais de levantar, no ya el cigarral del Bosque, sino el propio templo de San Juan de los Reyes, si os lo hubierais propuesto? Si fué buena la intención, lejos de nuestro ánimo el reprochároslo. Orígenes tan turbios como el vuestro—el dinero de los judíos expulsados, por ejemplo—sirvió en aquellos tiempos para alzar templos magníficos, que nosotros, como buenos cristianos, estamos dispuestos a ensalzar eternamente.

Y ahora, un inciso semierudito. Por aquellos felices días en que estas dos casitas, cercanas a las Covachuelas, rendían su máximo beneficio entraba en Toledo un alcalde talaverano de sabor judaizante: D. Fernando de Rojas. ¿Pernoctó acaso el formidable escritor—claro que para documentarse y nunca como solaz—en los dominios del honrado Gaitán? ¿Le serviría este escenario para concebir *La Celestina?* Porque esta obra y *El Lazarillo* fueron engendradas en Toledo. Las motas salmantinas no son sino el medio de despirtar literariamente.

Unos pocos cigarrales—más de dos y menos

de seis—mantienen todavía la tradición picaresca, sirviendo de refugio a ciertas palomas torcaces cuya misión es endulzar las hogareñas amarguras de algunos respetables varones cargados de prestigios y de años. Fatalmente, vuelan pronto. Ninguna es capaz de aguardar a su Ulises a la puerta del cigarral, no ya tejiendo la tela simbólica, sino ni aun zurciendo un mísero calcetín. El paisaje acerado amarga pronto a la gentil paloma, y el viejo Don Juan, roído por la gota y los remordimientos, acechado por la familia y perseguido por los cínifes de las tertulias, consagra el resto de su vida al inofensivo pendón de todas las procesiones...

En cambio, junto a tanta zumba amorosa, ¡cuántas horas tristes han vivido muchas de estas casitas! La mayoría de los jóvenes toledanos de pecho dolorido buscaron su Panticosa en el aire puro de los cigarrales. La tos anhelante y el quejido angustioso taladraron la agonía de muchos crepúsculos y el despertar de muchas auroras. ¡Cuánto dolor, cuántas lágrimas ahogadas entre las humildes paredes! Todo lo que pudo ser y no fué. Vidas segadas antes de granar, canción sin concluir, promesa que no cuajó, viña que no engendró ni un racimo...

¡Estrategia sabia de los cigarrales! Mirados aisladamente, uno por uno, sois otros tantos motivos de la maravillosa sinfonía que la Naturaleza entona frente al pagano altar de Toledo. Sinfonía lírica, en la que alienta aún el espíritu de los grandes ingenios que escondieron sus amarguras o sus alegrías entre la paz de estos olivos. Por eso todos vosotros lleváis estereotipado el gesto inconfundible de su personalidad. Cigarral hay que en lo alto de una loma inicia su pirueta, como si estuviese eliminando una graciosa comedia de capa y espada de las engendradas por Lope. Y el otro, el que mira a la ermita del Angel, el de las rejas gallardas, con su hierro batido en curvas de suave ironía, nos sugiere el recuerdo del bienaventurado Cervantes. Bienaventurado porque padeció persecuciones y su vida —lo mismo que las bardas de este cigarral—batida estuvo por toda clase de vientos.

Fijaos en el último de los cigarrales que dan cara a La Bastida. Acaso sea el más solitario, el más austero; desde luego, el más cerebral. Por fuero literario debiera pertenecer a Pérez de Ayala, y, sin embargo, cigarral de tan filosófico matiz ha sido habitado desde el siglo XVI por ilustres abaceros, sederos y hasta pelaires de la im-

perial ciudad. Frente a la Virgen del Valle nos sorprende otra construcción de ejemplar traza. Cada curva de sus blancas tapias semeja un amoroso regazo. Y tiene tal profusión de grecas y recovecos en sus rejas y ventanas, que sin querer se acuerda uno del estilo barroco. Le faltan las blancas palomas y el arco de flechas para regocijar a Venus. Mas toda esta gracia helénica queda estrangulada entre las ridículas verjas que encierran el minúsculo jardín. (Acaso el erotismo que empezaba a palpitar en las obras de Tirso fué estrangulado también por el cordón frailero de su Orden, y toda su psicología femenina, tan discreta y sagaz, necesitó esconderse bajo el barniz barroco de un estilo seco y retorcido.) Demos la vuelta, por último, a la carretera de Argés para contemplar aquel cigarral avispado, indeciso, que no sabe si continuar hacia el Valle o volver a San Martín. Hemos entrado en los dominios de D. Lucas del Cigarral; hagamos una reverencia cortesana a D. Francisco de Rojas Zorrilla.

.....

¡Sinfonía de los cigarrales! Hacia la calzada de Guadamur, todos ellos adoptan tonos severos, castizos, clásicos. Sus paredes antiguas con-

servan una apostura esencialmente docta. Si fuera hacedero devorarlos, trasformados en mazapán, es casi seguro que saborearíamos la jugosa madurez de nuestro siglo de oro. Pero si este mazapán resultase harto denso para nuestros estómagos, estragados por la anemia ultraísta, futurista o dadaísta, ahí están los cigarrales cercanos a San Servando, individualizados, endebles, defendidos por las rocas del paisaje, más grandes que sus paredes. Cigarrales que recuerdan la gárrula metafísica y la indigencia mental del pobre siglo XVIII. El siglo de mayor decadencia en la historia de los cigarrales... y en la historia de España.

# LA PROCESIÓN DE BARGAS

# LA PROCESIÓN DE BARGAS

Madrid tiene casi a sus puertas un soberbio arrabal artístico que se llama Toledo y a su vez la Imperial Ciudad—perdida su soberana opulencia de corte—; mitiga la nostalgia de grandezas pretéritas en otro arrabal histórico formidable, Bargas la moruna...

Esta gradación artística que enlaza Madrid y Toledo con sus respectivos arrabales subsiste geográficamente. Madrid tiene relativamente lejos el suyo. Bargas se encuentra apenas a nueve kilómetros de Toledo. Y así el arte y la Naturaleza conservan esa saludable mesura estética que encerraron los aledaños del Atica, cuando descendían hacia el Pireo huyendo de la cercana Beocia; ese otro arrabal ateniense, emi-

grado íntegramente a España en un rato de humorismo...

Es Bargas un poblancón de un millar largo de casas, níveamente enjalbegadas, que asientan las blancas paredes de sus alas en el desfiladero formado por dos alcores, erguidos sobre la fina labor de los cultivados surcos. Viniendo desde Madrid se le creería un pueblo elevadísimo; mas mirándolo desde la carretera toledana, aparece recostado en un hoyo. En ambos casos, resulta un lugarejo limpio y simpático, este de Bargas.

Una iglesia y una ermita le bastan y le sobran para su alimentación mística. Tiene también dos fuentes de buena agua y todo su contorno salpicado de sustanciosas dehesas que llevan nombres sonoros: Mejorada, Calvín Alto, Loranque el Grande, Aceñuela, Mazarabeas... A esta última solía venir a cazar el "Guerra" antes de cortarse la coleta, detalle sumamente interesante para muchos españoles.

No tenemos noticia de ninguna biografía acerca de grandes hombres bargueños. Bargas tuvo siempre el soterrado empuje de toda raíz creadora y el anónimo matiz de toda gesta heroica, desde Mío Cid hasta Fuente Ovejuna. Aquí la

masa—toda la masa—es de primera calidad, como el pan de sus recias espigas; como los morunos ojos que asoman bajo los blancos pañuelos; como la talla labrada de los "bargueños" famosos, que también fueron emigrando, camino de palacios y museos...

Allá en época lejana, cuando el cristiano indiscreto no lograba digerir espiritualmente al mudéjar y el humo de panaderías y alfares humillaba la vagancia de los nobles caballeros toledanos, la malquerencia de raza y el desprecio del rico los ahuyentó a nueve kilómetros de la ciudad. Y el moro volvió a la Sagra; vino a Bargas, de donde no debió salir, ya que sigue siendo mora, pese a todo su ropaje cristiano. El judío, que tenía su sinagoga en Bargas desde antes de la caída de Jerusalén, le hizo sitio, y las dos ramas semitas fundiéronse en un solo barrio, el de las Eras, que aún subsiste con toda su típica personalidad.

En los libros de los gremios toledanos hay alguna velada alusión a estas emigraciones de menestrales mudéjares, amargados con tanto bostezo cristiano, respaldados de abundantes ritos latinos. También florece la leyenda, desprendida nada menos que de la aljaba de Cupido, para

explicar la huída de estos moriscos a Bargas. En el *Tizón de la Nobleza* nárranse los amores de un Medinaceli, con la panadera más hermosa que viera Toledo. Verdad es que había precedentes, incluso regios. Y si Alfonso VI gustaba en las Covachuelas el amoroso regalo de una espléndida Esther, no pueden reprochársele en buena ley a este Medinaceli los frutos de bendición que le diera la enamorada panadera de talle ondulante y labios encendidos como la boca de los alfares. Pero sí explica que las honestas damas toledanas alejasen delicadamente los democráticos deseos de sus nobles esposos, siquiera a nueve kilómetros de distancia.

Sea cualquiera la causa, el hecho fué que los mudéjares emigraron y que los descendientes de aquellos panaderos toledanos refugiados en Bargas, siguen hoy amasando entre sus manos moras el pan florido, cuya prestigiosa cochura goza de justa fama en toda la provincia.

Siglos después, en pleno triunfo España, mientras la rosa histórica creada por el ingenio de Ganivet extendía su náuticas flechas hacia Flandes e Italia, a América y Africa, el mudéjar panadero se hizo ebanista, y Bargas cedió su nombre a esas gavetas renacentistas, cuajadas de

pulidas cenefas, que aún se llaman *bargueños*. El bargueño, como mueble y como voz arcaizante, es hoy todavía la ilusión cardinal de todo buen chamarilero y el vocablo socorrido de todo aspirante a escritor casticista...

Y al fin, llegada la hora del descenso, cuando los rayos de esta rosa de nuestra hegemonía se volvieron contra el corazón español, el noble moro de Bargas, siempre activo y siempre inquieto, como hacendosa hormiga que en el crepúsculo acelera su trabajo, empezó a cubrir todas las rutas de España con el alegre tintineo de sus sólidas acémilas y la trajinante andadura de sus clásicos arrieros...

* * *

La Sagra, tierra de mucha miga, empieza en Bargas, se ensancha hacia Villaseca y Villaluenga y va a concluir en Illescas. Si continuase el canal del Jarama, la Sagra podría ser el granero de Madrid; si se estudiasen los archivos sagreños, especialmente en Esquivias y en Borox, podrían desentrañarse muchos resortes espirituales del *Quijote*. Ni hay canal ni hay hallazgos eruditos. Millares de peregrinos—poderosos mu-

chos de ellos—vienen de Madrid a Toledo, atravesando la manchega desolación, y nadie ha sentido el ansia de trasformar la estepa en huerto, ni de abrir nuevos surcos en los viejos barbechos, cien veces investigados. La Sagra sigue siendo el trozo de aduar que aguarda al nuevo Profeta hidráulico. ¿Por qué no echarle la culpa de este atraso a Cervantes? Aquí en España el *Quijote* es el único responsable de todos nuestros descalabros...

Bargas, cabeza mora de esta abandonada Sagra, tiene, como Jano, dos caras; el barrio de las Eras y el burgo labrador, unidos ambos por la calle de las Tenerías. Tanto en uno como en otro las casas son chatas, blancas, deslumbrantes. Bargas es infinitamente más limpio que Toledo; eso de la suciedad morisca no pasa de ser una calumnia esencialmente cristiana.

Antes que el sol mañanero dore las bardas del corralillo, recién desperezado, ya está la barguеña acicalando y puliendo su trozo de calle. Barre los aledaños, friega el portón, encala las paredes y deja la ruta limpia y preparada para que el marido—sultán de tan hacendosa lugareña—vaya a tomar la obligada copa en cualquiera de las cincuenta y dos tabernas que enguirnaldan

Bargas, a modo de viviente corona ofrendada a Baco...

En los dos barrios los nombres de sus calles tienen la ingenuidad de los retablos primitivos; se llaman del Agua, del Gato, del Pardo, del Duque, y alguna hay también de fuerte y picante prosodia, como la de las Garayas...

La cara labradora carece de apetitos trashumantes. Apegada al surco, ara el pelado terruño, siega la hinchada mies y hace del sudor su única poesía. Cuando amarillean los trigales afila el gañán sus hoces; en la otoñada pule la cenceña cepa corta y achaparrada y en todas las estaciones barre cuantos ensueños no tengan sus raíces bajo tierra. El labriego bargueño es un trabajador austero, recio, curtido por el aire que baja de Gredos y de los montes toledanos.

Pero queda el barrio de las Eras, el barrio moro por esencia, presencia y potencia semitas; el barrio cascabelero, andariego y hormigueante que pone una luz inquieta sobre el sopor manchego y la rutina labradora del sedentario gañán; el barrio peregrino de la industria al menudeo, de los mercaderes trashumantes, de los arrieros castizos; el barrio con sabor de mezquita y tufillo comercial de gheto...

Este barrio de las Eras es el puerto franco entre Toledo y Gredos, a veces entre Portugal y Madrid. Así como la carretera suple y completa lo que el ferrocarril olvidó, el morisco bargueño enlaza los más apartados lugarejos, ayunos hasta de un rudimentario camino vecinal. Apenas clarea el día la pintoresca caravana se pone en marcha, rasgando el silencio labrador de Bargas con su trajinante algarabía. Delante marcha el liviano, provisto de su famoso cencerro de ronco son, que lleva atado, a guisa de amuleto, un trozo de asta de ciervo para preservarle del mal de ojo y de las brujas fantásticas que acechan en la soledad de los caminos. El bargueño no teme al hombre, pero como buen primitivo siente cierto terror hacia las supersticiones ultraterrenas.

A continuación del liviano siguen las demás acémilas, soportando su variada carga; escabeche, trigo, ajos, hasta sal. Cierran el cortejo nuestros moriscos, calzados con gruesos zapatos de clavos, zajones, y alrededor de la cintura, una faja inmensa sobre la que cruza la vara, pendiendo junto al costado con la donosura hidalga de una tizona caballeresca...

Pronto dejan a un lado Talavera, pues el bargueño no siente la atracción de los grandes cen-

tros y se interna con su carga en la sierra del Piélago. Por Garciotán y Navamorcuende se mete en la provincia de Avila, entre Gavilanes y Pedro Bernardo, para terminar en Arenas de San Pedro, en Guisando o en Hornillos. Al paso por estos pueblos va cambiando sus productos y vuelve a Bargas con castañas, huevos, chorizos y jamón ahumado.

Otras caravanas de más empuje taladran Gredos por Candeleda y camino de la Vera, llegan hasta Yuste; no precisamente a seguir la huella del emperador, sino a llevarse las magníficas nueces de sus vergeles. Alguna de estas recuas, cambiando y vendiendo su carga seis o siete veces, se internan en Portugal. Es evidente que los cascos de sus pacientes borriquillos conocen la geografía de España bastante mejor que muchas testas de nuestros sabios catedráticos. Veces hay que entre el fragor serrano de las provincias de Avila, Salamanca y Cáceres el viajero oye el inconfundible son del cencerro de un liviano...

De vuelta a Bargas, el morisco ha terminado su gloriosa misión de mercader; pero sus mercancías, no. Las hacendosas manos de la bargueña rellenan con estos productos su cesta, y lo que no ha hecho el marido lo hace la mujer: bus-

car los grandes centros. Es martes, día de zoco en Toledo, y la persuasiva labia de la bargueña se encargará de vender allí hasta la última avellana.

Bien tempranito ha salido carretera adelante, llevando en cada brazo una cesta repleta. Su traje es sobrio y pintoresco; falda oscura de percal, a rayas o lunares pequeñitos, de enorme vuelo y larga hasta casi tocar los pies. Envolviendo el busto lleva el mantoncillo de lana; ese pañuelo rameado de flores brillantes que la moda coloca hoy sobre las mesitas de las casas burguesas. El pelo, con raya a un lado, se anuda en un gran rodete. Bajo la falda encimera llevan una segunda saya forrada de bayeta amarilla; a esta falda le llaman cobijo, y se la echan sobre la cabeza en los días de lluvia. Entonces la bargueña adquiere toda la poesía de una tapada mora, y no es raro encontrar al anochecer — la hora de los chismorreos callejeros—en los portales del pueblo, alguna conjuración de tapadas que gracias a este cobijo hacen de Bargas nuestro último refugio moro...

Llegadas al zoco toledano, extienden por el suelo la mercancía en montones. Las castañas, las nueces, los quesos, los chorizos, van apilán-

dose simétricamente; delante de esta trinchera se coloca la bargueña, sentada sobre las piernas cruzadas. No pregonan el género, sino que llaman a las compradoras con grandes voces que tienen algo de lamento, arrastrando la última sílaba de un modo inverosímil. Cuando no han logrado vender toda la carga en el martes, emprenden la peregrinación por las calles gritando con su tonillo peculiar: "La... güeve... ra..., fuenos güe... vos..."

Para media tarde han despachado sus provisiones y emprenden la vuelta al pueblo en grupos; pero sin aditamento alguno de varón. Este hace sus correrías solo, en Gredos a Bargas, y si por casualidad viene con las mujeres a Toledo monta él en el burro, mientras ellas, cargadas con las cestas, caminan a pie. Claro que de este modo la estampa es aún más mora...

A pesar de este primitivismo, la raza se va achicando y acaso las tabernas sean culpables de tal acortamiento. Alto, espigado y recio, el bargueño ha sido siempre un buen mozo. En los tiempos de romance tuvo su héroe, *el Chaqueta*, que se echó a los montes de Toledo y durante muchos años su fama de bien plantado aterró al contorno. Si *el Chaqueta* tropieza con un trova-

dor como Fernández y González su gloria habría eclipsado a Diego Corrientes y al *Tempranillo;* pero se ha perdido la memoria de sus hazañas por falta de juglares literarios. Lamentamos profundamente haber nacido demasiado tarde para poderlas cantar.

Mirado históricamente, el bargueño es un tipo llamado a inmortalizarse. El caballero de la mano al pecho es un verdadero bargueño; un árabe fino, seco, duro y místico, trabajado como una tabla mudéjar. El mismo Don Quijote es un viejo sagreño "seco de carnes, enjuto de rostro". Y sólo la ironía semita de un Cervantes pudo conservarlo cenceño y magro. Un Cervantes joven, habría escogido su modelo, no en Esquivias, ni siquiera en Illescas; sino en Bargas, cabeza mora de la Sagra...

* * *

Acaban de matar el último toro y las mujeres corren presurosas a engalanarse para la procesión. Mientras se organiza entramos en la iglesia. No vale gran cosa; arquitectura del siglo XVIII impregnada de barroquismo. Tan sólo

en el retablo del primer altarcillo lateral destacan las manos señoriales y la fina cabeza de *San Francisco,* del Greco. Es una réplica auténtica. En la otra nave hay una *Piedad,* de Morales, inferior a la de Polán.

Frente al altar mayor está ya el Cristo adornado y presto a hacer su triunfal salida. Por cierto que la talla no es precisamente de un Mena o un Salzillo; sin embargo, los bargueños sienten una adoración loca por su Cristo, al que requiebran con andaluza exaltación. Es, según ellos, el Cristo más viril del mundo; no debido a su corpulencia, como ocurre al de las cigarreras de Sevilla, sino a un exceso de masculinidad, casual, sin duda, que llevó al escultor a exagerar sus atributos, adjudicándole uno más que a todos los dioses y a todos los mortales...

Son las ocho de la noche y los corros de curiosos llenan el pueblo. A la plaza han llegado un centenar de automóviles, la mayoría toledanos. Por todas partes se ven caras conocidas; la del alcalde, un mozo recio y moruno, ante quien no logramos comprender por qué no usará chilaba. Junto a él, la romántica silueta del gobernador, con su cara desencajada de un Greco en la agonía, resulta doblemente interesante. Detrás aso-

man las barbas eruditas del erudito Moraleda, y destacando un palmo sobre todas las cabezas, la figura magra de Ramón Delgado examina los grupos con su mirada fría de cirujano experto. En otro corro hemos visto la tímida sonrisa del archivero San Román, capitaneando a los caballeros del Entierro; la inquietud dinámica del letrado Relanzón, el último moro de Santa Olalla y otras barbas copiosas y pulcras que tremolan de acá para allá incesantemente; pertenecen al secretario perpetuo de la Academia de Argamasilla. En primera fila, los hermanos siameses Canseco y Priede, águilas del *foxtrot*, Salomones del balón, asaetean con la mirada los grupos femeninos. Puede decirse que no falta nadie. Toledo ha enviado una lucida representación de sus más nobles, discretos mirones...

Ya viene la procesión. Al final de la calle del Agua se ve un fuerte resplandor que avanza. Y dos hileras inacabables de lucecitas pálidas, se acercan ondulando tercamente como sierpes paralelas. Son ochocientas, acaso mil mujeres, todas con la blanca vela, el mantón blanco bordado y el níveo pañuelo sombreando los ojos negrísimos. Una sinfonía en blanco, donde todo rima bajo la luz clara de la noche estrellada y el foco

de la luna que cae recto sobre la calle en cuyo fondo acaba de aparecer Cristo...

El silencio es profundo, cosa extraña en una procesión de mujeres que además son bargueñas. Ni una voz, ni un gesto, ni el menor asomo de esa exhibición teatral tan frecuente en las procesiones. Avanzan suavemente, con los ojos bajos, ajenas por completo al espectáculo fantástico de sus atavíos, que componen una maravillosa nota de color local. Son mil trajes iguales, y a pesar de ello el desfile no ofrece la más ligera sombra de monotonía.

La falda, larga hasta el tobillo, va fruncida en pliegues menudísimos, operación delicada que ejecuta una profesional casi centenaria, la Eleja, a quien las mozas acuden para preparar sus galas festeras. El mantón de seda blanca cae en pico sobre esta falda, no con el desgaire chulo del pañolón de Manila, sino modelando el busto y ciñendo el talle con la sencillez clásica de los velos en la escultura griega. Sobre el pecho, cristianamente aherrojado entre el negro corpiño, luce el antiguo aderezo de oro salpicado de diamantes; y bajo el fino pañuelo, que como dos alas blancas oculta las mejillas, quedan los hermosos pendientes de arracadas,

con sus largos chorros de aljófar colgando hasta el cuello...

Lentamente va avanzando la interminable cadena de flameantes cirios, a hundirse en la negrura de las callejas. Es un cortejo que asoma calladamente y desaparece recatado y anónimo, como la vida de estas mujeres que forman el nervio del pueblo y que aun tienen la gracia agarena de las antiguas danzarinas que jugaban con los puñales en los zocos y egidos.

En los corros de mirones se produce un revuelo de curiosidad. ¡La molinera! ¡Ahí viene la molinera!—repiten en las primeras filas—. Y la molinera avanza erguida, arrogante, quizá un poco temerosa al sentirse deseada por varios centenares de zánganos. Marcha entre dos viejas de pesadilla, y así su gentileza destaca mejor. Tiene la frente hermosa, la nariz muy larga—acaso con los años se encorvará en forma de aguilucho—y la tez blanca, como la flor de la harina. Es una moza alta, flexible, de belleza completamente judía. Parece desprendida de algún grabado bíblico; podría ser descendiente de aquella dulce panadera que sorbió el seso a un Medinaceli...

Luego, entre la interminable hilera de ca-

bezas moriscas de oscura piel y respingona nariz, asoman de vez en cuando otras mozas de empaque judío, aunque sin la pureza de rasgos de la molinera; ese blanco lirio que guarda toda la cochura estética de la raza aborrecida...

Las campanas voltean llenando la noche clara de cantarina alegría. Ha subido la procesión una empinada cuestecilla, y mientras el negro portón de la iglesia se va tragando ávidamente los blancos cirios, los agarenos rostros y los resignados ojos, fuera, en la plaza, empieza a desencadenarse el sedimento moruno de Bargas. Cristo va a entrar en el templo y el bargueño, que sólo asiste a la procesión en calidad de espectador siéntese actor de repente. Millares de cohetes iluminan el pueblo y un rugido entusiasta despide a la santa imagen, que va desapareciendo muy despacio, a los desacordes de la Marcha Real, ejecutada con la armoniosa complicidad del bombo y los platillos. La voz recia de un gañán ha gritado enérgica: "¡Viva el Cristo de los tres... faroles!..." Y ante la viril evocación el griterío se recrudece, aceleran su ritmo las campanas, redoblan los disparos; y entre el africano estruendo del pueblo enardecido se oye

ahogada la bocina de los *autos* que a toda prisa van tornando camino de Toledo...

¡Hermosa procesión de Bargas, única en el mundo! ¡Fantástico desfile de siluetas admirables de raza mora o judía!, y ni una cabeza vulgar, europea, donde la pesadumbre cristiana haya triunfado sobre la frente agarena. Lástima que un Zuloaga no haya inmortalizado a estas animosas mujeres que aun no han podido apagar la alegría de andar, de vivir y de traficar; ni su moruna ciencia sutil para venderle al cristiano frescas nueces de Gredos, aliñadas aceitunas, y sobre todo... "Buenos huevos de Bargas...", como reza su pregón.

LA DE LOS SUAVES MELINDRES
Y LOS REGIOS HIDALGOS...

## LA DE LOS SUAVES MELINDRES Y LOS REGIOS HIDALGOS...

En las tardes claras, despejadas, de gran trasparencia atmosférica, se ve desde el urbano balcón del Miradero una gran flecha gris clavada sobre el último retal azul del horizonte, desteñido ya por el crepúsculo y la distancia.

—Es la torre de Yepes—asegura un amigo toledano.

Semejante revelación nos encanta. Sabido es que, después de Baroja, somos los primeros cronistas del chismorreo histórico al menudeo. Y esta famosa villa de realengo tuvo su época de grandeza, aunque ahora vea correr días de solitario agotamiento, arropada con hidalga indiferencia en la nombradía de su claro vinillo y sus sabrosos melindres. Vino generoso que rociando

una perdiz sagreña ayudó la inspiración del Arcipreste de Hita. Melindres de marfileña pasta, prieta y sólida—remedo del mazapán—, que se paladeaban en las mesas regias de los Austrias, en las colaciones discretas de canónigos toledanos y en las cenas literarias de algunos ilustres clérigos contemporáneos de Moreto...

Yepes, la villa reciamente amurallada, fortaleza siempre y a las veces convento, empezó a tener importancia con los Reyes Católicos. En Yepes se concertó su boda, amparada por el arzobispo de Toledo, el olímpico y sustancioso Carrillo. Sin Yepes, la Beltraneja, reina legal de la colmena castellana, tal vez habría trocado los destinos geográficos de España. Gracias a Yepes, tuvimos unión nacional y catolicismo a todo pasto. Quedamos tan contentos, que desde entonces Austrias y Borbones celebran sus esponsales en Yepes, o, por lo menos, envían una copia desde Aranjuez para que se archive en la iglesia, con honores de colegiata, de esta leal y religiosa villa.

Dicen que la cara es el espejo del alma, y parece lógico que el escudo pueda ser el espejo de un pueblo o una ciudad. Yepes tuvo por escudo un león en campo de gules, amén de otros alifa-

fes heráldicos. Pero un buen día el acreditado D. Felipe II da una pragmática. Los gules se hacen rojos, y al ocioso león, que dormía vagamente apoyado en almenas, se le dedica a sostener el Santísimo Sacramento. Por lo visto, el regio burócrata tenía ratos de humorismo a lo largo de su furor legislativo. Desde este punto y hora, la villa famosa camina a su agonía. La espada y la estola se van comiendo el arado. Hoy apenas cuenta quinientos vecinos.

No obstante, en el siglo XVI, Yepes—como diría cualquier Tito Livio taurino—"era una cosa muy seria". De entre los libros doctos guardados en toledanos archivos vamos a desempolvar uno que reza: "Memorial de algunas cosas notables que tiene la Imperial Ciudad de Toledo, dirigido al Rey Don Phelipe de Austria". Este respetable mamotreto data del año 1576. No intentamos con descubrimiento de tan vetusta edad entrar en ninguna Academia, sino declarar modestamente la procedencia de tales noticias, sin aliñarlas ni rejuvenecerlas por cuenta propia. Nos sentimos incapaces de transformar el viejo peleón en *brandy* moderno. Conste, pues, que textualmente dice así el capítulo XIII de nuestro formidable saqueo erudito: "El primer pue-

blo de calidad dende esta ciudad al Oriente es la villa de Yepes, de gente tan urbana y noble, que por apellido le llaman Toledillo. Su distancia son seis leguas y hay tres ventas en su discurso."

Tenemos, por consiguiente, que ya en el siglo XVI llamaban Toledillo a Yepes, debido a ser la imagen más perfecta en hidalguía de la Imperial Ciudad. Sabemos, por añadidura, que muchos de los caballeros a quienes el pincel del Greco dió sabor de eternidad no eran toledanos, sino vecinos de Yepes que pasaban la otoñada en su casa señorial de Toledo. Sólo nos falta reconstruir el camino que traían y llevaban estos hidalgos, célebres algunos por sus excelentes lagares. Ejemplo: el Caballero de la Mano al Pecho. La cabeza más romántica de la galería del Greco pertenece a un Chaves de Yepes, famoso vinatero de la Mancha Alta. De donde se desprende que no conviene fiar mucho en la aristocracia de los rostros hidalgos. (¿Nos excomulgarán esta vez los eruditos?)

Hagamos méritos, por si acaso, evocando la vieja ruta de Yepes. Cruje el sendero al margen del Palacio de Galiana, por donde la pintoresca procesión camina. Espoliques, mesnaderos

y gañanes cierran la marcha, con el aditamento de algún cosario suelto que se rezaga como bagaje perdido en una huída. Soslayada la Alberquilla, el reguero humano se interna en la dulzura gris de las grandes avenidas de álamos. Atrás quedan los huertos floridos que el Tajo alimenta entre gemidos de arcaduz. Los árboles —hospitalarios—entrelazan sus melenas para dar tibia sombra a los viajeros. Han enfilado los hidalgos la llanada de Algodor. Van unos platicando con la gente de a pie; otros regalan sus jácaras a los caminantes que vuelven de la ciudad; los más precavidos llevan la espada al cinto y el rosario entre las manos... Tierra plana de Algodor, ancha y prieta, recubierta por la pelusa cristianamente azul de los nacientes trigales. (Toda la caravana trasegaba el añejo de las ventas que en el discurso topaban). Ya se avizora Castillejo. Se hincha la tierra de agresivas lomas olivadas. El paisaje empieza a vacilar; no sabe ser montaña ni tierra llana; duda ante el desfiladero y quiere imponer su voluntad frente a cada colina. Gracias a esta indecisión, el camino ofrece una riqueza de matices que distraen la incierta mirada de los hidalgos. Pasado Castillejo, vuelve la tierra a recobrar su fanatismo raso,

y al trote inquieto de las finas yeguas árabes, los sesudos caballeros penetran antes de queda en las amoriscadas callejas de la histórica villa...

Si hoy quisiérais ir a Yepes, no busquéis este camino. Las carreteras, atentas al progreso industrial de los pueblos, pasan antes por Aranjuez o Mora. Yepes miró tanto al cielo, que ha olvidado sus bodegas. Tampoco se ha dejado tentar por la carretera ni el ferrocarril, redes que tiende el demonio para llevar la corrupción y el vicio a los pueblos. ¿Qué importa quedar aislados? Ellos seguirán siendo los hidalgos de Yepes...

Y así les ha lucido el pelo. Sus vecinos los morachos se han apoderado de todo el comercio de la Mancha Alta, convirtiendo a Mora en la Barcelona de la provincia. Yepes, entre tanto, sigue cuesta abajo. Sus graneros ya no vuelcan en Madrid, que tiene más cerca el trigo sagreño. Al famoso "blanco de Yepes" le ha desbancado el claro vinillo de Noblejas y Ocaña. La tierra anda cancerada por el predominio de usuras e hipotecas. Hasta los sabrosos melindres se han endurecido con la tiesura primitiva de fósiles en sus cavernas. Y la fervorosa villa—encina carcomida por los siglos, piadosamente resignada—

espera del cielo su salvación, haciendo trisagios y rezando el rosario.

* * *

Yepes se nos presenta apelotonado y compacto en la alta explanada que le sirve de base. Parece una tarta de piedra gris volcada sobre la enorme bandeja de trigales y de viñas en flor que lo circunda. El esqueleto es magnífico. Murallas de sólida cochura, ábsides ciclópeos, casi catedralicios; espaldas gigantescas de holgados conventos, una plaza espaciada y muchas venas rojas que se cortan y entrecruzan formando un cuadriculado irregular de tejadillos y callejas.

Tiene la puerta de entrada almenas en su torreón. Antes hemos encontrado la fuente, con su abrevadero, y unos hoyos donde hay silos. De todos modos, el aspecto externo se parece algo a Escalona. No recuerda a los pueblos manchegos, aletargados en angustiosa solana; más bien el brío dinámico de las plazas fuertes agarradas a la roca dura. Le falta altura—esa altitud que tienen Escalona y Toledo—para adquirir la certeza de su procedencia feudal.

Luego, a medida que nos introducimos en la villa, vamos percibiendo su sabor castellano. Hay muchas casas de una sola planta, con tejadillo de cañizo, adobes en los porches, bardas en las corralizas, patizuelos pobres entoldados con parras. Por los callejones amoriscados pasan mulos que van a arar, gañanes gorditos a lo Sancho, perros y chiquillos que se solazan levantando nubes de polvo. Yepes tiene la doble personalidad de su gesto almenado al exterior y unos entresijos pardos, manchegos—mucha grasa y enemigos del agua—por dentro.

Preguntamos si hay alguna posada, y tras muchas dudas y consultas nos proponen:

—¡Si quieren ir a casa del tío Patatas Fritas!...

Aceptamos. No nos desagrada completamente este guiso del tubérculo, que suponemos abundante, a juzgar por el remoquete del mesonero. En Yepes, los hidalgos llevan unos apellidos formidables: Aguilas de Carranza, Pachecos, Chaves, Aguilas Rojas. El resto del pueblo es anónimo; tiene sólo apodo. El tío Arañita, el tío Manolé... No hay vecino sin alias, y esta segunda piel forma el verdadero empadronamiento. El sedimento moro y pícaro de Yepes posee una

gracia loca para clavar en la picota la personalidad aleve y socarrona del adjetivo poco ejemplar.

La posada. Un callejón angosto, de fina arena, donde descansan los carros junto a la pared. El patio es delicioso, con sus puertecillas bajas de arcada mudéjar, el brocal del pozo, la parra cenobial, mesitas y bancas de moruno trazo y al fondo la secreta que conduce al corral. Todo, con un sabor arcaico que para sí querrían nuestros toledanos mesones de la Sangre o del Sevillano. Da el sol en las maderas apolilladas, las pule, las limpia, las santifica...

El tío Patatas Fritas nos recibe con toda campechanía. Es un vejete lustroso y craso que se está afeitando junto a la parra. Con la navaja en alto y la cara enjabonada tiene cierto aire cervantino. Es un buen liberal; progresista. Se le ocurrió traer de Madrid una máquina eléctrica de cortar patatas, y el aparatito tuvo tal éxito entre el ruralismo indígena, que engendró el apodo. Es, por lo tanto, el primer mártir del Progreso que ha tenido Yepes.

El tal ventero considera absurda nuestra pretensión de almorzar; pero, en cambio, nos da un amable consejo: que veamos el pueblo mientras

se hace hora razonable. Y, en efecto, por la primera calle que nos sale al paso, y que se llama de López Bravo—hazañoso jefe de jarca en los riscos africanos e hidalgo de Yepes—, salimos a la de Calderón de la Barca. Hay a trechos casas solariegas con graves escudos señoriales. Todo el pueblo conserva enorme carácter tradicional. Recordamos que Calderón escribió para las fiestas de Yepes algunos autos sacramentales (¿sería un vanguardista?) y, sobre todos ellos, ese *Mágico prodigioso* que tanto había de impresionar después a Goethe e influir no poco en su *Fausto*. Esto corrobora la importancia pretérita de Yepes, cuando todo un capellán de Reyes dedica una de sus obras magistrales a esta fervorosa villa.

De improviso, como dejada caer por fantástica tramoya, aparece la plaza. Un laberinto de porches y recias arcadas de piedra, más grandes y esbeltas que las de la plaza Mayor de Madrid. Neoclásica por su traza, da una impresión monumental de Coliseo. Ni en Escalona, ni en Polán, ni siquiera en el Zocodover toledano, tiene la piedra tal expresión de grandeza, de fe sólida, de hosco poderío.

¡Qué adecuado fondo debió de ofrecer esta

plaza en la representación primera de *El mágico prodigioso!* ¡Con cuánta exactitud riman los conceptos del drama religioso y el espíritu de aquellos espectadores! En Florio y en Lelio se verían retratados muchos Donjuanes de Yepes. Y esa figura de Cipriano, metafísica y pagana a un tiempo, capaz de pactar con el diablo para pleitear después, ¿no resumiría el ideario de estos hidalgos de rosario en ristre y bodega repleta? La gleba, por su parte, sentiríase personificada en pícaros tan preclaros como Clarín y Moscón, que alternan fraternalmente en la posesión de Livia...

Honda psicología la que mana del drama calderoniano. El ideal humanizado en Justina es frío y nos conduce al martirio. Livia, más tierna, más pecadora, más de carne y hueso, se entrega alegremente y, como el mosto dulce de estas bodegas famosas, hace felices a los mortales, durante unas horas al menos. Lo que no nos dice Calderón es cuántos hidalgos de los que presenciaban la farsa se pasaron la vida luchando para acercarse a Justina, sin perjuicio de amancebarse con las Livias de su tiempo. Lo que no nos dice el drama es si alguna Livia acabó con Justina, ni si el Caballero de la Mano

al Pecho descendía de Cipriano o de Clarín y Moscón. Porque todo puede esperarse de esta bien cercada villa, que a dos pasos de la iglesia tiene sus buenas bodegas...

* * *

El trazado de la iglesia de Yepes rechaza un poco la línea herreriana. Tiene un sabor anterior, más renacentista; como que es del arquitecto Covarrubias, el que construyó el Alcázar de Toledo, el amigo del Greco, cuyo perfil hebraico asoma en el *Entierro del conde de Orgaz.* Lleva la fachada el escudo del cardenal Tavera esculpido en piedra; ese gran cardenal que tenemos enterrado en el toledano Hospital de Afuera. Por dondequiera se encuentran los hilos espirituales de Toledo y su pintor. La caravana de rostros afilados marcha y torna como el *leit motiv* de las grandes sinfonías. Por algo a Yepes le llaman Toledillo...

Cuentan las crónicas de su época que cuando el cardenal Moreno vino a Yepes en visita pastoral preguntó: "¿Dónde está el pueblo de esta catedral?" La frase es aguda y exacta: dema-

siada iglesia para cuatrocientos vecinos. Los buenos hidalgos que no quisieron arar sus tierras de sembradura levantaron bien alto el pabellón de la fe. No sabe uno si censurarlos con ojos positivistas o admirarlos con ojos idealistas. ¡Es tan hermoso el credo en piedra de este pueblo!

El retablo del altar mayor, por sí solo, merece un viaje a Yepes. Alto, sólido, esbeltísimo, tiene su madera esculpida con tal alarde de riqueza, que demuestra la prodigalidad de aquellas gentes para atestiguar sus creencias. Aquí se debieron de verter, por lo menos, dos cosechas de las bodegas célebres. Y era de tan rancia solera el vinillo, que quizá produjo esta santa embriaguez mística en que todavía duerme el vecindario. La colocación de las figuras, el agrupamiento pictórico, apuntan ya a nuestro Renacimiento plateresco. Líneas rectas, sobrias, enérgicas; curvas donosas, casi aéreas, como gentiles trazos caligráficos...

El autor de este retablo es Juan Bautista Monegro—escultor y arquitecto del tiempo de Felipe II—, que tenía sus talleres en Toledo, allá por el barrio de San Lorenzo, en cuya iglesia, cerca del altar mayor, está enterrado. Siempre

que bajamos por esa calle del Plegadero, tan típica, tan pendiente, tan toledana, que atraviesa la del Monago (corrupción absurda de Monegro), nos acordamos del bondadoso escultor, amigo de reyes, de frailes y de pintores, con talento y rebeldía, como el Greco.

Por cierto que frente a este retablo viene a nuestra memoria uno de los más famosos cuadros de Domenico, perteneciente a la colección de Mr. A. Stirling (Escocia). Es el retrato de un misterioso escultor modelando el busto de Felipe II. El gran Cossío supone que este escultor es Pompeyo Leoni. San Román opina que se trata de Juan Bautista Monegro. Nosotros nos inclinamos gentilmente ante estas dos cumbres eruditas, y, como buenos monederos falsos de la Historia, después de acuñar nuestra fantasía con la docta aleación de fechas y nombres (todos ellos de más de catorce quilates), nos lanzamos a descorrer la cortina y echar una mirada a la vida del personaje.

Vemos poca cosa. El retablo de esta iglesia cubierto de andamios. El escultor del retrato sube y baja entre ellos, da órdenes a los alarifes y estofadores, aconseja a Tristán... Lleva la blanca lechuguilla suelta y muy apretado el ju-

bón. Su barba rala, negra, decora una boca entre sensual y ascética. La nariz es recta, sin ninguna indecisión hebraica. Tiene la mirada inteligente, muy abierta, como si todos los prejuicios que encuentra al apreciarla quisiera convertirlos en levadura precisa para fermentar la vida. Sale de Yepes bien repleta de doblones la bolsa, debido a la munificencia de los hidalgos. ¿Adónde se dirige?

Es muy posible que a Toledo. Se está construyendo la iglesia de Santo Domingo el Antiguo. Los cuadros son de su amigo Domenico; la escultura, aunque dirigida por el Greco, saldrá de los talleres de Monegro. Las vidas de ambos artífices caminan unidas desde ahora; se traban, como la pintura y la talla de este retablo. Los dos acuden a El Escorial. De Monegro son las principales figuras de piedra que adornan los patios; del Greco, el *San Mauricio*, tan poco grato a la mirada del beato rey Felipe. Aquí mismo, en el contrato del altar de Yepes, aparecen las dos firmas. No obstante, las pinturas no son del Greco, sino de Tristán, su discípulo. Representan pasajes de la vida de Jesús y llevan fama de ser lo mejor de su obra. A nosotros no nos convencen; siempre los discípulos acaban

siendo verdaderos sayones de las ideas de sus maestros.

Fuera del retablo maravilloso, la iglesia de Yepes se parece a todas las iglesias españolos. Naves amplias, solemnes; altares barrocos excesivamente recargados de hojarasca religiosa, pero en buen estado de conservación. En uno de ellos descubrimos cierta estampa arcaica que representa a fray Diego de Yepes, prior de la Sisla (convento que fué de Jerónimos, cercano a Toledo, junto al Valle). Este fray Diego tiene una cabeza manchega de primera fuerza: todo él afeitado, pulcro, sonrosado. Fué obispo de Tarazona y confesor de Santa Teresa. Escribió la vida de la Santa. Su prosa es la imagen viva del retrato: limpia, clara, pulida, un poco iluminada por las rosas del ascetismo...

Salimos a recorrer calles. Hay bastantes casas señoriales, patios con su gran higuera en el centro; en una era cercana está la picota. Abundan las verjas, en ocasiones tan hábilmente labradas, que probablemente se deberán a famosos rejeros toledanos del siglo XVI. Con frecuencia, entre la piedra esculpida brota un escudo: osos, lobos, gerifaltes y demás símbolos de la zoología heráldica. Nos hacen pasar a una de

estas casas de abolengo y vemos las cuevas en que está la bodega. ¡Qué trabajo tan formidable! Construída en roca viva, las grandes alamedas de tinajas manchegas, de vientre fantástico, se pierden al fondo, como en los palacios encantados.

Con la décima parte del sudor que aquí se ha derrochado podrían construirse hoy media docena de ciudades. Pero este ahondar en la peña, este tesón por excavar la entraña virgen de la tierra, retrata a los hidalgos de nuestro siglo de oro. El afán material, soterrado; el esfuerzo industrioso, escondido en roca viva. Y para el Ideal, lo más alto; un campanario, una torre, la flecha de una veleta. Lo contrario que en la vida moderna, donde el Ideal debe de andar enterrado, pues que no se le ve por parte alguna, mientras el rascacielos industrial se pierde en el Infinito...

* * *

Donde hay hidalgos ascéticos no faltan pícaros redomados. El pícaro es el hidalgo en tono menor: un hidalgo con la conciencia un poco enlodada, que no en balde anda entre el fango. El

hidalgo, a su vez, tiene mucho de pícaro, puesto que con unas cuantas misas aspira a hipotecar la Eternidad. Todos son pícaros y todos son hidalgos. Depende de donde pongan la mirada; si es en el cielo, hidalgos; si en la tierra, pícaros...

La tradición popular de Yepes conserva muchas historias pintorescas de unos y otros, que los vecinos refieren orgullosamente. Confesamos nuestra predilección hacia las menos ejemplares: la del tío Picaalcobas, pongo por caso.

El ideal del tío Picaalcobas solía variar con frecuencia, aunque sin salirse nunca del límite erótico marcado por el zagalejo de una Aldonza rural o una Circe con refajo. Mas a medida que iba perdiendo bríos juveniles y adquiriendo técnica, este ideal se elevó, ya en forma de viudas consolables, ya de solteras maduras. Y lo que antes le costara no pocas fanegas de sembradura producíale ahora lo bastante para vivir holgadamente.

El lector avispado habrá creído adivinar ya el origen de su apodo. Error fundamental. El donjuanismo como tema inspirador pertenece a las grandes ciudades. Incluso tiene su importancia histórica cuando el protagonista se llama Sansón, Hércules u Holofernes. Pero en la Man-

cha el "creced y multiplicaos" se practica sin la menor trascendencia psicológica, "ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido", antes que corazón tendrá buen labradío. De manera que por este lado el tío Picaalcobas se habría quedado sin mote. Hay que escarbar en la segunda etapa de su vida para dar con la solución.

Al morir una de las más ricas solteronas del pueblo, en cuya casa nuestro hombre servía de mayoral, pronunció tres palabras dignas de la pitonisa de Delfos por su oscuro simbolismo: "alcoba", "baja", "joven". El cura y los vecinos que acompañaban a la enferma creyeron que deliraba; el futuro tío Picaalcobas tuvo una sonrisa de augur satisfecho...

Pasó el tiempo. Los parientes se repartieron la herencia, no tan suculenta como pensaron: casucas, viñas, tierras de sembradura. Dinero, poco. El antiguo mayoral, con gran sorpresa de sus convecinos, se volvió casto como un ciudadano de la Tebaida y empezó a trabajar con un furor de gañán ambicioso. Su avaricia se hizo célebre; ahorraba hasta lo inverosímil. Al cabo de tres años logró adquirir una de las casitas que habían pertenecido a su vieja ama; luego, otra, y otra después. Molestaba a los pa-

rientes, que concluían dándoselas por tres reales y medio, parte por quitársele de encima, parte por no saber que hacer de aquellas paredes derruídas...

Cuando tuvo su buen lote de ruinas se dedicó a derribarlas, comenzando indefectiblemente por la alcoba. Incansable y tozudo, al volver de arar poníase a la faena. Sus golpes de pico en el silencio de la noche se hicieron populares. Le creían loco, y como en los pueblos la chifladura despierta el humorismo anónimo, pronto brotó de todas las bocas el irónico remoquete:

—¡Eh! Tío Picaalcobas, ¿cómo van esos derribos?

—Para construir hay que derribar—replicaba el aludido en tono cabalístico.

Una mañana salió de Yepes, y en muchos días nadie supo de él. A poco llegaron de Aranjuez albañiles y canteros. La risa del pueblo se fué apagando; ¡nuestro hombre tenía automóvil! Alzó una casa magnífica y se hizo el amo del pueblo dedicándose a la política. A espaldas del excelentísimo señor, las lenguas le despellejaban con árabe deleite.

—¿Sabe usted, señor?—nos decían, aún resentidos—. El tío Picaalcobas nos engañó a to-

dos. Mientras nosotros le creíamos loco por echar abajo las paredes, él apañaba el tesoro de la vieja...

Y precisaban el sitio con pasmosa certidumbre:

—Fué en la tercera casa, la de la plaza, porque en ella vivió el ama cuando era mocita...

¡Simbólico y tenaz tío Picaalcobas! La realidad te ayudó a ver claro. El conquistador moderno ya no necesita tizona ni adarga; le basta una piqueta para entrar a saco en la vida. Ideales, creencias, convicciones, todo el cascote romántico tras el cual nos defendíamos unos cuantos rezagados, ha ido cayendo, demolido por la piqueta implacable. Ojalá aparezca el ansiado tesoro antes de que los Picaalcobas venideros inunden de escombros el solar ruinoso de la raza...

* * *

Antes de salir de Yepes hemos querido dar un adiós a la plaza. Plaza grande de un pueblo muy chico, como corazón hipertrofiado de una villa que entró en la agonía a fuerza de sermones, novenas y recomendaciones del alma. Ni en

la plaza Mayor de Madrid ni en el histórico Zocodover de Toledo tiene la piedra el temple augusto, la ejecutoria noble de estas losas, que han olfateado el suave incienso de las grandes fiestas religiosas y paladeado el enigma de los autos sacramentales. Nosotros, que vamos buscando un poco de cera erudita con que embadurnar nuestras pobres estampas, jamás vimos una plaza de tan soberana hermosura...

A medida que uno envejece, le es grato vivir algún instante junto a estos viejos testigos de nuestra energía muerta; reconstruir la desolación teológica que impregna el ambiente, la sordidez tradicional de sus hidalgos, que como conquistadores fueron a la entraña y en ella dejaron su vida y su sangre. Y es grato también soñar escuchando al atardecer el toque de queda, para vestir siquiera con venerables harapos nuestra prosaica alma moderna. Mirar hacia atrás. Vivir lo que ya fué. Anestesiar el espíritu con perfumes que se han perdido. Dejarse arrastrar por la corriente de blancas gorgueras y brillantes tizonas que acababan besando un crucifijo. No ser lo que somos hoy; pobres burbujas hinchadas por una vanidad de rascacielos...

# LA RUTA DEL LAZARILLO

# LA RUTA DEL LAZARILLO

Ha sido frente a la castiza portada de Santa Cruz y paseando por su doliente y mutilado patio cuando por vez primera hemos asociado estas dos ideas tan dispares: el estilo plateresco, única realidad de renacimiento español, y nuestra novela picaresca.

Ya otras veces, en la misma catedral, mientras mirábamos los motivos renacentistas que, abrazados al gótico puro, van desde la puerta de la Presentación hasta la columna de la Descensión, pensamos en el milagro histórico que pudo engendrar esta ornamentación suntuosa, en el preciso momento en que Castilla rebasaba bélicamente el mapa de Europa en un gesto de pleamar.

En las recatadas capillas que salpican la última nave del templo Primado—Toledo es la cuna del plateresco—, entre el coro muzárabe y la Sala Capitular, y aun en la capilla de Reyes Nuevos, la fina cenefa árabe muere abrazada a la ornamentación renacentista. Hasta las rejas de morisca dentadura acaban retorciéndose en alambicados pliegues lombardos. A cada paso surgen las bóvedas de estilo gótico flameante, los artesonados de estrellados nervios, las claves portadoras de relieves, escudos, medallones guarnecidos de floridas guirnaldas, nichos coronados de amorcillos: toda esa clámide triunfal de la piedra, extendida como un regio manto plateresco desde el Alcázar a Bisagra.

Nuestro siglo XVI, tan indiferente hacia el movimiento renovador que agitaba el mundo, absorbió en arquitectura cuanto venía de fuera, con tal que fuese suntuoso y magnífico. Y con todo ello fué tejiendo el lujoso vestido plateresco español, destinado a engalanar la ruta del Lazarillo, Guzmán de Alfarache, Marcos de Obregón, Rinconete y demás pícaros que el mundo había de admirar después, como brotes genuinamente castellanos...

Cuando el sol de mediodía cae recto sobre la

imperial ciudad, esta puerta de Santa Cruz, matizada de columnas que se encorvan en la archivolta y rematada en artístico templete cubierto de paganas figurillas, coronas, mitras y decorativos doseletes, reverbera a plena luz, como la Santa Custodia de la catedral en la mañana del Corpus. La blancura de le piedra estofada, los sonrosados relieves y las labradas cenefas tienen el marmóreo hechizo de las pulidas estrofas dedicadas a la dulce Flérida por nuestro único poeta renacentista. Y hemos vuelto a sentir el deseo de recorrer la toledana ruta que los artífices castellanos prepararon a los héroes de la novela clásica.

El viaje es fácil. En toda la provincia sólo existen dos portadas más: una en el convento de franciscanas de Escalona y la otra en la iglesia de San Cristóbal, de Almorox.

Salimos por Bisagra, lo mismo que Cervantes cuando en su humilde cuartago volvía de Toledo después de zurcir anticipos económicos con su pariente Guzmán, racionero de la catedral. También nosotros montamos un Rocinante moderno: un Citroën lento, seguro, que Gabrielito Ledesma Navarro—sobrino del gran Navarro Ledesma—maneja con sagaz seguridad.

Mañana clara, agosteña, de recia luz africana. El azul intenso del cielo se tiñe rojo a nuestras espaldas. El sol, escandalosamente bermejo, se despereza entre las lejanas cumbre. Vamos callados, quizá un poco soñolientos. Sólo al cruzar el Guadarrama, de seco cauce ahora, sentimos una leve curiosidad hacia el hermoso puente reconstruído por Jorge Manuel, el hijo del Greco.

Ya a la entrada de los pueblos se ven las eras cubiertas de haces, que la horquilla experta del gañán empieza a desatar. Cruzan mulas con colleras, carros cargados de trigo, rapazuelos triscadores y alguna Ruth, que al vernos se yergue en medio de la parva, anudándose el pañuelo con coquetil pudor...

Queremos ir de un tirón hasta el convento de franciscanas y seguir luego al último pueblo de la provincia de Toledo, Almorox, el fronterizo; pero nuestro elegante conductor, audaz en cuanto huele unas faldas, detiene el *auto* frente a una aguerrida Aldonza con el pretexto de pedir agua. Sólo que, en vez de darnos de beber la dulce Samaritana, se adelanta obsequioso el marido y nos sirve en una colmada jarra. La joven permanece apoyada en el quicio de la casilla, sin interesarse por las hermosas polainas, el

cuello abierto y el lindo empaque de nuestro amigo, que se agarra al volante como un experto peliculero...

Ruge, histérica, la bocina; aúllan los perros en los barbechos; hacen guiños poco edificantes los carreteros de esta hidalga tierra castellana... El paisaje, sobradamente conocido, no nos sugiere la menor idea poética. Será preciso refugiarnos en la Erudición, como hacen los literatos agotados al ingresar en las Academias. A lo mejor, pese a nuestras rebeldías, concluímos domésticamente en cualquier Argamasilla provinciana. Nadie puede decir en esta Academia no entraré. Nadie, y menos el penitente *Azorín*, con sus veintitantos actos de contrición, ante casi todos los sillones del alfabeto...

Decíamos, mejor dicho, dice el conde de Mora, don Pedro Rojas, escritor toledano del siglo XVII, que Almorox y Escalona, su cabeza, fueron fundados por los hebreos quinientos años antes de Jesucristo. Este gran conde de Mora, señor de Layos y de los Lavaderos, está tildado, como historiador, de excesivamente fantástico. Mas a nosotros nos place caminar con mixtificador tan prócer, que no habrá de refutar nuestras atrevidas afirmaciones. Y puesto que la villa de Ma-

queda sigue siendo semita y Torrijos tuvo antaño una poderosa sinagoga, trasformada hoy en *bar,* no hay inconveniente en que juremos, con la mano extendida hacia Jerusalén, que la ruta de esta estampa es esencialmente judía...

* * *

Las afueras de Escalona son unos aledaños llenos de contrastes, que conservan un recio carácter pintoresco. Junto a la moderna fábrica de harinas, con su encendida faz de ladrillo rojo, muestra su férreo empaque la puerta del Cabo, defendida por murallas medievales. Unos cipreses amarillentos, llenos de polvo, se yerguen, como lágrimas solidificadas, tras las tapias blancas del pequeño cementerio. Ni el más leve ruido anima el paisaje; caminamos solos, por el senderito humilde que conduce al convento...

La entrada, maravillosamente plateresca, está sostenida por contrafuertes de suaves bríos. Entre ellos asoma el portón, orlado de un delicioso friso que remata en dos candelabros. El bordado de las claves y doseletes guarda toda la pureza magnífica de la época. Encima de la fachada hay unos nichos vacíos. Han desaparecido las esta-

tuas—hermosas, sin duda—que ahí descansaban, ostentando quizá la divina cenefa del dibujo renacentista.

Ya en la iglesia, la atención queda concentrada en dos lápidas sepulcrales cercanas a la barandilla del altar mayor. Ambas tienen su orla lujosamente labrada. "Aquí yace Juan Fernández Pacheco, Marqués de Villena, Duque de Escalona", dice una de ellas. Y casero del Greco, estamos tentados de añadir... Bajo la otra descansa su esposa. Lleva el mármol esculpida la fina labor milanesa, y en el centro, los escudos esmaltados de caprichosos motivos, decorativas orlas y graciosas guirnaldas.

El padre de este casero prócer tenía en su castillo una tertulia literaria famosa, con Juan Valdés a la cabeza. Era precisamente la época en que apareció la primera parte del Lazarillo; esa novela picaresca que, según demostró Morel-Fatio, no pudo escribir Hurtado de Mendoza. No es, pues, muy aventurado pensar que el Lazarillo se incubase en el castillo de Escalona. Probablemente el autor es toledano, y además, cura. Un clérigo de la estirpe de Francisco Delicado o de los dos arciprestes. Ofrendemos el hallazgo al pulcro, fijo y esplendoroso rebaño

que se cobija en los sillones académicos, mientras seguimos atando cabos por la carretera de Almorox.

La tierra empieza a ganar en matices. Al olivo austero cíñense las guirnaldas de pámpanos de las cercanas vides. Algún roble salpicado de trecho en trecho suaviza el ceño agrio de las fronteras colinas. Detrás sonríe, juvenil y blanca, la sierra de Alamín, vigilada por las crestas de Gredos, gigante adusto que busca el cielo con dramática terquedad. El campo va poblándose de cercas. Grupos de higueras desperdigadas bajan ansiando la paz del sendero. La montaña y la llanura van a fundirse muy pronto, o se buscan al menos, como el estilo plateresco y la novela pícara tienden a unirse en nuestra fantasía...

Un poco más de cuesta, un recodo pronunciado, y estamos ya en la hoya suave donde se asienta Almorox. La mole de la iglesia, conjunto de enormes losas y sombríos sillares, no hace presentir ciertamente su espléndida portada renacentista, que no es de pulido mármol, sino de granito muy tosco. Habituados al plateresco fastuoso, esta entrada, típicamente española, un poco austera, de relieves castizos y de un equilibrio clásico en la diferente altura de los cuer-

pos, resulta un verdadero milagro. Acaso comience aquí el acogotamiento del plateresco a manos del trazo herreriano impuesto por el acreditado D. Felipe, burócrata de rosario y cirio, afortunado inventor de la hoguera purificadora y de la Armada Invencible...

La iglesia, por dentro, es un admirable mosaico artístico. Queda un púlpito mudéjar que es una delicia de los ojos. El encanto árabe de estos rombos, delicados e iguales, que rodean la cátedra del Espíritu Santo, pudo más sin duda que el cristianismo de nuestros abuelos, ya que la tradición morisca no se detiene aquí. El saledizo, con sus zapatas del siglo XVI, lleva bordado un relieve mudéjar, gemelo al que sube hasta la tribuna del coro. Toda la madera está labrada con la berberisca pujanza de los antiguos estofadores toledanos. Y es que en la provincia de Toledo sólo es cristiano el vestido; la carne es demasiado mora y la vieja sangre muzárabe lleva muchos glóbulos hebreos...

En la sacristía, del tipo de la bóveda plana de El Escorial, vemos un Cristo en cuya talla no ha intervenido seguramente la mística mano de Pedro de Mena. Nos dice una beata que la piedra del altar mayor la mandó traer Felipe II

cuando vino a ver los batanes de seda que había en Almorox. Sin embargo, el altar huele a Churriguera, y bien podría ser de la época de Lorenzana, el último gran arzobispo que tuvo Toledo. También hay una reja típicamente plateresca. Julio Pascual—nuestro moderno Villalpando—asegura ser obra de González de Torrijos, discípulo y criado del maestro rejero Juan Fernández de Toledo.

Pero lo fundamentalmente artístico en esta iglesia, de cabeza gótica y busto renacentista, son los retablos de sus capillas. Hay una tabla toledana del primer tercio del siglo XVI, en la que se adivina han colaborado dos artistas. Por el trazo, se acerca a Berruguete; ¿será, acaso, de Juan Correa del Vivar? En otra capillita tropezamos con tres tablas de reminiscencia flamenca, probablemente de la misma época que el retablo de Santiago del Arrabal de Toledo. En andanzas pictóricas no nos atrevemos a dogmatizar. Es lástima que no seamos siquiera correspondientes de la de Argamasilla para poder definir a rajatabla o rajarretablo y quedarnos tan tranquilos como Rodríguez Marín después de apuntalar ortográficamente el *Quijote* y espolvorearlo de donosas seguidillas...

En cambio, podemos extasiarnos ante un frontis hermosísimo, de gótica línea y plateresca ornamentación. Algunas de sus tablas están repintadas ferozmente; otras tienen trozos carcomidos; sin embargo, conservan aún mucho carácter. Parece el fondo una fantasía del puente de Escalona. El santo, no cabe la menor duda, es San Francisco. En las tintas y en el fondo ha intervenido la experta mano de Berruguete. Lleva el retablo al pie una inscripción que reza: "Mandó facer D. Juan Alvarez de Almorox, canónigo de Córdoba, a honor de la Concepción de María. Se acabó en 1520."

Salimos a la plaza, frente al gran caserón del Ayuntamiento, muy siglo dieciocho. Es una plaza moruna, con algún porche todavía, tal cual alero castizamente mudéjar y una estupenda gárgola. Tiene sobre todo el rollo, un rollo magnífico, parejo a la portada de la iglesia. Un rollo lleno de ornamentos plateresco, de columnitas y cresterías labradas con terribles lobos de piedra al pie. ¿Habrá albergado muchos criminales esta picota, o es simplemente un signo de liberación feudal? No hay duda que el Lazarillo la conoció, pues las fechas están claras: 1510. ¿Cuál es entonces la causa de este silencio?

¡Hermosa picota la de Almorox, fastuosa como una custodia y esbelta cual un lábaro! Por las trazas has estado vacía durante siglos, sin reparar que los pícaros nunca escasearon en España. ¿Es que hoy revives acaso como simbólica sátira de una nueva tiranía medieval?...

* * *

Comemos entre los pinares de Almorox. Este pino de Castilla tiene la misma elegancia austera que la prosa de nuestro siglo de oro. En el Pirineo o en Levante la humedad presta al pino una gracia femenina, de sensual exuberancia. Aquí es mucho más delgado, más místico y señorial; sólo tienen de común la fina cabellera de oro...

Ha llegado el patriótico momento del benedictino. Gracias al sólido yantar vemos la tierra con optimista mirada. Recordemos que el Lazarillo no se entretenía mucho en las descripciones; era la suya una literatura falta de *bisteks*...

Desde este pequeño alcor que preside el cruce de cuatro carreteras, se observa la pelea entablada entre las provincias de Toledo, Avila y Ma-

drid para imponer su paisaje. El perfume de los pinos intenso y penetrante, domina al suave aroma de tomillos y cantuesos. Con el humo de los cigarros rima un poco extrañamente. Se está bien en este ambiente adormecedor que obliga a cerrar los ojos soñolientos. Tenemos enfrente Villa del Prado, escenario de un personaje en la cuarta serie de *Episodios Nacionales;* y alrededor viñas y más viñas, que se alargan hasta San Martín de Valdeiglesias...

Fué cruzando estas cepas cuando al vendimiador de Almorox se le ocurrió dar al ciego el racimo de uvas que había de servir al Lazarillo para aguzar su noble entendimiento. Iban camino de Torrijos, la misma ruta que llevamos nosotros de vuelta a Toledo; sólo que, dada la recta geografía de nuestro Lazarillo, choca un poco que su anónimo autor lleve al protagonista de Escalona a Torrijos y vuelva luego a Maqueda. ¿Es acaso un subterfugio para morderle la reputación al buen cura de esta villa? Ese tratado segundo, en que Lázaro se asentó con un clérigo, hay que leerlo despacio...

La avaricia de ese sacerdote es una de las razones que tenemos para asegurar que el autor de la novela es un cura o un fraile. No un fraile

a lo Tirso, sino cortado a la usanza del que escribió la Pícara Justina. Un seglar no se hubiera atrevido a tratar con ese desenfado a los curas. Y una pluma revolucionaria, menos. Hoy por hoy los elementos radicales son los que con más respeto hablan de la Iglesia. Para vapulear a los santos hay que ser por lo menos sacristán...

De todos modos esa ruta es algo sospechosa. Claro que hoy la carretera de Escalona va antes a Maqueda que a Torrijos; mas como desconocemos los caminos vecinales de aquel tiempo, muy bien pudo el Lazarillo bajar desde Hormigos a Santa Olalla y luego ir por Alcabón a Torrijos. O bien cruzar por Quismondo y Novés, a caer igualmente en Torrijos. Una vez ya en Maqueda la ruta no puede ser más clara; el mismo Lazarillo confiesa que con la ayuda de las buenas gentes pudo dar con sus maltratados huesos en la insigne ciudad de Toledo. A nosotros la ayuda nos ha venido de esta moderna blasfemia artística que se llama automóvil...

* * *

Plateresco y picaresco. He aquí los dos brotes castizos del triunfal empuje español. Para poder casar en arquitectura los dos estilos indí-

genas, el mudéjar y el gótico, nos trajeron su estola plateresca los artistas milaneses, los alarifes belgas y los pintores borgoñones. El vestido nos vino de fuera, como el aroma toscano de las églogas de Garcilaso...

En cambio, la novela picaresca brotó en Castilla con carne y envoltura nacional. Era y es algo tan nuestro, que mientras no se demuestre lo contrario, el mundo considerará siempre al español como un pícaro representativo. Otros pueblos han parido Mesías, profetas, conductores férreos o lenguas de fuego capaces de levantar el espíritu aletargado de su nación. También nosotros hemos engendrado de vez en cuando oradores con mentalidad de sacamuelas o sacamuelas ocultos tras un bello ropaje literario. Pero lo que jamás nos faltó en nuestro cuarto de hora han sido los lazarillos...

Desde hace cinco siglos la matrona celtíbera, cada vez más ciega, empobrecida y fecunda, no cesa de lanzar nuevos retoños desprendidos del árbol clásico que creció a la sombra de estas plateresca portadas tan propicias para cobijar a los héroes de Gil Blas o a las recatadas damas del Buscón y Estebanillo...

Hoy sería inútil buscar su ruta por Almorox

y Toledo, y menos aún entre el légamo y la escoria de la raza, como hacía la tertulia literaria de Escalona. Los pícaros modernos han cambiado de oficio. Ya no son escuderos, aunque siguen siendo servidores. Aquel cura misterioso y socarrón que escribió la sátira del Lazarillo, apuntando a sus mismos cofrades, había hoy de mirar muy alto y pensar antes en lo peligroso que resulta colocar un poste en medio de un pueblo que camina a ciegas...

¡Lazarillo moderno que te has apoderado de todo el rancho nacional!... ¿Sabes tú contra qué poste geográfico irá a estrellarse nuestra ciega Inmortal?

# MAQUEDA, LA BIEN SITUADA

## MAQUEDA, LA BIEN SITUADA

Zocodover duerme todavía a esta hora tempranera, envolviendo entre penumbras la lenta agonía de su traza herreriana. Tras la cortina de sombras, que la luz del amanecer va descorriendo, se adivina la pelea heroica de la reja agarena y el viejo balcón señorial con el mirador burgués, de moderno empaque. Por su parte, los *autos* Ford rejuvenecen el ceño milenario de los clásicos porches. En todos los rincones luchan a la desesperada el gris acerado de la piedra plateresca, carcomida y sucia, frente al heresiarca revoco de las comerciales fachadas. Zocodover, a la luz del sol, se horteriza prosaicamente; apenas le queda un rastro de ilusión literaria. Sólo encima del arco mudéjar de la

Sangre lucen aún, con parpadeo funerario, las velas del Santo Cristo. Al partir para nuestro alegre viaje, estos cirios, con su gesto temblón de adiós, resumen toda la hondura teológica de las grandes despedidas...

Dejamos atrás la puerta de Bisagra y la sobria mole del Hospital de Tavera. Tras el recodo de una venta empieza a asomar Buena Vista, el delicioso retiro del único protector de Cervantes. Adosada a las bardas de esta casona histórica se ve la huerta donde se reunían a platicar los mejores ingenios de nuestro siglo de oro: Lope, el Greco, Moreto, Cervantes, Medinilla, Tristán y no pocos frailes doctos, que en la mansión de Sandoval y Rojas tuvieron siempre franca acogida...

A la izquierda de este paisaje, cubierto de recia fronda, va formando el Tajo islas de verdura que acaso sirvieron de escenario a la *Galatea*. En el fondo, aparecen los molinos del Egido; luego el místico contorno de la espadaña del Angel, la armonía forestal de San Bernardo, y en lo alto, la pagana pujanza de los cigarrales, tendidos como un brochado terciopelo sobre la calavera ascética de la Bastida...

Una vez cruzado el riachuelo del Guadarrama,

que cuando se le hinchan las narices adquiere los bríos del Tajo, brota, alucinante, la llanada castellana, manido cliché de tanto bardo provinciano. A falta de reflexiones filosóficas más trascendentales, nos dedicamos a considerar lo dañoso que fué el genio de Gabriel y Galán para sus desafortunados discípulos.

A toda velocidad, taladrando el pueblecillo de Rielves, vamos dejando atrás sus portentosas termas romanas, recientemente descubiertas; algunos chopos dispersos, arrugas de secos cauces, senderos grises que van y vienen, cruzan, se entrelazan, desaparecen.... Sobre un austero canchal, el castillo de Barcience destaca su guiño picarescamente desnudo. Lejos queda la sierra de Layos, perdida entre un cielo de cristal azul. El sol castellano, achicando cada vez más su historial, viste sosegadamente los vellones de nubes con la pompa purpúrea de los mantos cardenalicios...

La llanura toledana guarda aquí los históricos fiambres de varias civilizaciones: romanos, godos y árabes famosos, que el cristiano enterró. Las entrañas de estas tierras eruditas aguardan al arqueólogo hace cientos de años. De momento, sobre la amarilla hopalanda, cua-

jada de verde pelusa, sólo aparecen numerosas variedades de cuervos, cigüeñas, chamarileros, y delegados gubernativos.

En Torrijos paramos unos minutos frente a la antigua colegiata del Sacramento, levantada a expensas de doña Teresa Enríquez, esposa de Gutierre de Cárdenas, gran palatino de la Reina Católica y uno de los propulsores de la expulsión judaica. En el portón histórico, de estilo plateresco, se han utilizado capiteles árabes, o, dicho en romance vulgar, la iglesia de hogaño fué antes mezquita. Y es que el cristiano rebañaba al árabe, el árabe al godo, el godo al romano... Aquí de Cervantes: "daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él", etcétera, etc.

El caso es que el cristianísimo Gutierre de Cárdenas rebañó, a su vez, con el castillo de Maqueda y, de añadidura, con las tierras de tres pueblos contaminados de judaísmo: Maqueda, Quismondo y Portillo. No le fué en zaga su serenísima esposa—la loca del Sacramento, como se la llamaba—, que en cuanto olía una aljama la trasformaba en templo. ¡Glorioso y discreto matrimonio! El marido, apañando fanegas para casa, y la mujer, destruyendo y encalando sina-

gogas. ¡Que el cielo cristiano os guarde, por los siglos de los siglos! Amén.

La dinámica avispa, provista de gasolina, torna a ponerse en marcha. Hemos dejado a un lado Val de Santo Domingo, con su vieja torre poblada de cigüeñas. La tierra vuelve a recobrar su sequedad; se hace apretada y de recia miga. Maravillosamente labrada, la corteza enseña ya la vellosidad suave de los trigos nacientes: tierras de pan llevar, que producen las mejores espigas de la provincia...

De repente desaparecen la espiga y el olivo, y una nueva decoración de la Castilla arisca surge ante nuestros ojos. Se ha ensanchado el paisaje; la tierra tiene ahora el ceño épico de todos los Romanceros.

A pesar de ello, la perspectiva es admirable. La carretera se retuerce, indecisa: duda, vacila, y, al fin, se rompe en numerosos anélidos, que se pierden luego en el horizonte. Lejos, en lo hondo, un puente romano de un solo ojo ciñe industrialmente esta rara maternidad de la cinta blanca. Más arriba, sobre un altozano desgarrado y sombrío, asoma el pueblo, dormido, con sus casas chatas, viejas y agujereadas. Más ruinas, trozos de pared, arcos rotos, el esqueleto

de una espadaña, y entre el cielo y la tierra, el magnífico castillo de Maqueda, avizorando estratégicamente las carreteras de Extremadura y Toledo.

Al llegar al puente y descender del *auto* nos asaltan las mismas dudas que a la carretera. Podemos ir a Santa Olalla, a olfatear el rastro erudito de fray Cristóbal de Fonseca, probable autor del falso *Quijote;* o bien a Talavera, si preferimos saludar la ingenua efigie del padre Mariana. Yo voto por que nos lleguemos hasta los cerros de Santa Ana, donde cayó prisionero uno de mis ascendientes: el barón de Armendáriz. (No sólo el ilustre Baroja se va a dar charol con sus antepasados navarros.) En cuanto a Paco San Román, el formidable erudito toledano, opina que sigamos a Maqueda.

—Nada de topar con la Iglesia ni con la espada—dice—. Vamos a ver una columna con inscripciones judías. Si no pidieran mucho la compraría para el Museo de Santa Cruz. De paso, podemos ver el castillo por dentro, quizá las ruinas de la aljama, la tierra sagrada donde estuvo la sinagoga...

Ante el rastro semita de Maqueda, me sumo a la opinión del docto archivero, y marchamos

a la conquista del vellocino arqueológico. La avispa con honores de *auto* vuelve a engullir un buen trozo de polvorienta carretera, y nos apeamos en la plaza, ante el noble rollo donde campean unos lobos de piedra, símbolo acaso de todo el señorío feudal...

* * *

Maqueda, como Toledo, se asienta entre depresiones, arrugas, canchales secos coronados de murallas y abundantes rodaderos. Guarda su sueño el castillo de los Cárdenas con la misma arrogancia que San Servando vigila el sopor de Toledo. Un aprendiz de río se ciñe a los costados del pueblo. No tiene el empuje señorial y magnífico del Tajo; por eso el lindo arroyuelo pierde su cauce al internarse en Maqueda y se suicida antes de salir del pueblo, sirviéndole de cementerio una extensa charca, fecunda matriz de mosquitos...

Cuando Maqueda era judío, este arroyo, convertido en canal, llegaba a Val de Santo Domingo, y, es claro, no había mosquitos. Con la llegada del cristianismo coincidieron las palúdicas. Bastó el regazo de unos chopos y la palangana

de una charca para que aumentase rápidamente la emigración hacia el Paraíso. Convengamos en que, metafísicamente, la cosa es razonable. ¿No es el cielo el centro de las almas, como diría el nunca bastante alabado Ricardo León? ¡Pues entonces, cuanto antes vayan allá los de Maqueda, cabalgando en un exanofeles, mejor!...

Hoy la villa es un montón de ruinas. Los antiguos solares de casas hidalgas se han trasformado en tierras de cultivo. Han desaparecido iglesias y conventos; sus cuatro parroquias, refundidas en una sola—Santa María de los Alcázares—, nos recuerdan que en Maqueda son, ante todo, filósofos prácticos. No queda en pie más que la torre de la Vela y el noble rollo con sus cuatro lobos y su artística cruz de hierro. Desde el punto de vista judío, la cruz como enseña y los lobos debajo, bien podría ser el símbolo histórico de nuestros amados Reyes Católicos...

Ya en la plaza empieza a advertirse el rastro de la semita Maqueda. Unas rejas medievales y austeras iluminan la casa cárcel. Más arriba, la fuente de Rebeca—aún se la llama así—recoge las lágrimas del agua sobre unas viejas losas de sabor bizantino. Por el caminito angosto

marcha un cura. ¿Será acaso el que mataba de hambre al Lazarillo de Tormes?

Nuestro erudito nos explica en doctos párrafos cómo estas losas que sostienen la fuente son auténticas lápidas funerarias, traídas del antiguo cementerio judío, que estuvo junto al granadal. El agua es pura, cristalina y altamente diurética. Desde Talavera a Escalona, la fama de estas aguas casi medicinales se extiende por los contornos en diez leguas a la redonda. Y eso que su único filtro son las losas semitas. Si el agua llega a caer sobre lápidas cristianas y la beben los judíos, probablemente habrían sido diezmados por el tifus. Es lo menos que puede sucederle a una raza maldita...

En la esquina de la plaza, sobre una casa chata y carirredonda como las mejillas de Dulcinea, brota un balcón saledizo, de aroma serrano. Un balconcito humilde, con su barandilla de vieja madera y su empaque brujo de reja carcomida, sobre el que ríen los geranios, tiñendo de luz la melancólica plaza. Un árbol, único, rima con este rincón de triunfal alegría. Un árbol nada más; dentro de Maqueda sólo hay un árbol y muchos lobos de piedra en la cristiana picota del altivo rollo...

He aquí el castillo, flanqueado por torreones cilíndricos. La monumental puerta de entrada conserva su media hoja de hierro. Tampoco falta el blasón con los lobos de los Cárdenas ni las clásicas molduras en forma de bola. Encima se yergue el amplio matacán, y en la crestería, las almenas enseñan sus merlones perforados por saeteras...

Entramos en el castillo. Nada queda de las viejas estancias. La sala de armas, la torre del homenaje y los restantes departamentos forman una sola habitación. Con los muros caídos se han hecho algunas covachas. En pie sólo quedan, graciosas, enteras, áureas bajo el sol, las almenas con sus saeteras y bolas. Desde ellas se paladearon muchas horas trágicas de la Historia. Aquí se detuvo el alud almohade, después de incendiar Escalona; en este mismo trozo de tierra que ahora pisamos fué decapitado el maestre de Calatrava Núñez de Prado para dar el maestrazgo a D. Diego Padilla, hermano de la amante del Rey. Por lo visto, D. Pedro, a pesar de sus aires justicieros, sabía ya arrimar el ascua del favor a sus devaneos eróticos. Mal viejo en los anales celtíberos. Después, con la llegada de los Reyes Católicos, se acabaron los

bufidos de las taifas y el resquemor feudal; el castillo fué adquiriendo el silencio de un ataúd lleno de recuerdos. Y ya sólo nos quedan los lobos de piedra...

Haciendo equilibrios inverosímiles, nos encaramamos sobre la muralla más alta, y al cobijo de una almena oteamos el horizonte. Claro que enfrente no tenemos ninguna mesnada enemiga, ni una masa de pecheros en revuelta, ni siquiera una comunidad de gremios, dispuesta a batanear nuestros huesos. Enfrente sólo hay un paisaje saboreado ya por los Laras, los Padillas y los Cárdenas; panorama que se agranda según la imaginación personal. Algunos olivos sueltos buscan las colinas solitarias como ermitaños abismados en sus rezos. Manchas oscuras de la tierra labrada, verde brillante en los trigales, desolación en las lomas, barbechos grises surcados por arañazos de arcilla roja. Se ve muy cerca Alcabón, escenario de una pintoresca leyenda morisca; algo más alto, Casar de Escalona, y en el centro, Santa Olalla la moruna, donde las dos taifas de zegríes liberales y abencerrajes conservadores suelen correr la pólvora...

Volvemos la espalda a los feraces campos de Portillo y Fuensalida, tan fecundos en viñas y

mieses gracias a sus entrañas rojizas, para dirigir la mirada hacia Gredos. Aquí el campo, a pesar de su rizada ola de altozanos, parece ensancharse más aún. Se ve Escalona, la mística, la villa de D. Alvaro de Luna, cuyo castillo parece un nido de gerifaltes. Escalona viene de "escalón de la sierra", y, en efecto, es la primera estribación de Gredos. A un lado queda el berrocal de Nombela, donde pensó construir su Escorial Felipe II; pero lo pensó mejor, y dejó Gredos por el Guadarrama. Hasta para elegir montañas fué pequeño el austriaco. También se divisa desde aquí Aldeancabo, el pueblecito en que Benavente tiene unas viñas, de cuyo zumo pasional brotaron acaso *Señora ama* y *La Malquerida*. Poco más allá, Almorox, la villa de vinos recios, y al final, casi perdidos en el horizonte, muchos pueblecitos diminutos, blancos y saturados de pinos...

Maqueda domina este inmenso escenario, sobre el que un día cayó la maldición cristiana.

—Maqueda—nos advierte la voz erudita—es el centro estratégico toledano, desde Gredos hasta la sierra de Layos. Por eso, los pergaminos medievales guardados en los archivos de la villa no la llamen la Noble, la Heroica, ni la Leal. La

llaman simplemente "Maqueda, la bien situada"...

* * *

Volvemos a Toledo al atardecer. El sol pone tintas sangrientas en el horizonte y dora de amarillo la ascética llanada. Sangre y oro, rojo y gualda: durante todo el trayecto la luz juega a vestir la tierra con los simbólicos colores.

El amigo San Román se sumerge en la contemplación de la lápida judía que llevamos en el coche. Como un moderno Salomón que estrechase a la Sulamnita, sus manos de erudito acarician voluptuosamente la inscripción rabínica. Su voz se nubla un poco al traducir: "Aquí reposa Lía, la de las limpias manos..."

¡La de las limpias manos!—tornamos a pensar, mientras el coche vuela sobre la llanura dorada, ante el rojo del crepúsculo—. ¡Blancas manos femeninas, que fuisteis siempre las salvadoras de Israel! A otros pueblos pudo salvarles una espada, un momento de miedo, la quilla de un buque... Al pueblo elegido le salvó siempre una mujer...

¡Sabias manos de Judith, manos de viuda,

maestra en lides de amor, entre cuyos dedos se enredó la cabeza de Holofernes! ¡Sombra amada de Esther, la de manos como lirios, adobadas en perfumes! ¡Manos de la dulce Ruth, que supisteis hechizar, junto al oro de la era, al patriarcal Booz! ¡Blancas manos justicieras de Débora enjoyadas con la sangre de los enemigos del pueblo! Ninguna de estas valerosas sombras pudo salvar a la vieja Betulia, sitiada por los Cárdenas, aislada como altiva zorita, entre el cruce de tantas razas... Desde entonces, la villa, desmelenada y ruinosa, que no supo buscar la dulce mano libertadora, duerme para siempre bajo el montón de pergaminos que la arrullan con el abolengo literario de su mote medieval: "Maqueda, la bien situada..."

# EL CASTILLO DE ESCALONA

## EL CASTILLO DE ESCALONA

A medida que nos vamos alejando de Maqueda, más recia y vigorosa, menos ardiente y reseca se hace la tierra. La corteza castellana empieza a perder su aliento africano para adquirir un empaque frío de matrona norteña. El paisaje tiende a humanizarse; las arrugas del terreno se hinchan, se agigantan, crecen hasta tocar el azul. Olivos y cepas, paralelamente disciplinados, aumentan esta sensación dinámica. Los afilados picachos de los canchales se redondean con gracia femenil. Germinan las colinas coronadas de pámpanos, y hasta los altos cerros asciende la curva, suave, plena de armonía y continuidad. En último término, una gran cadena de montañas, blancas e inertes, semejan

la espuma petrificada de un mar rebelde. Son los primeros macizos de Gredos, destinados a servir de escalera a los titanes...

Tras el recodo de Villarta, baja la carretera buscando el hermoso puente sobre el Alberche. He aquí el momento propicio para admirar la artística estampa que forma la villa altiva, forrada de piedra gris, y su castillo medieval.

A una altura inverosímil, el palacio feudal de don Alvaro de Luna enseña sus torreones desnudos, sus cubos desmantelados y, principalmente, sus murallas y matacanes demolidos y secos, como un gigantesco esqueleto insepulto aún, por la barbarie y el odio humanos. La torre del homenaje es el único puño rebelde que amenaza, enérgico, a las nubes.

Un trozo de carretera desgaja Escalona del castillo de los Lunas. A sus pies, el Alberche, que trae muy corto caudal, camina con la petulancia de todos los seres minúsculos. Cuanto más insignificante es una vida, más divina se considera. Y, si no, ahí está el Alberche para demostrarlo. Posee unas márgenes anchas, con cauce suficiente para sostener un Tajo, y tiene secos los ojos de su magnífico puente. Poniendo mucha agua, sería este paisaje una prolongación

estética del Rhin, con sus viejos castillos y sus fantásticas riberas. Lo malo es que falta el agua y el río trae cierta tendencia a las charcas, lo mismo que el Guadiana. Eso sí, cuando el Alberche se desborda hay que temblarlo: ni su espléndido puente le basta. Es algo horrible verlo en sus horas de furor: arrasa las tierras de cultivo, siega olivos y vides, destroza y muerde los cimientos más recios. ¡Oh Alberche histérico, de extremada andadura! ¡Tu cotidiana mansedumbre y tu violencia periódica encarnan la entraña histórica de esta pobre patria mía!...

Si contemplamos la villa feudal desde el puente, la estampa gana en belleza y quietud. Ni aun la entrada en Toledo por Alcántara tiene esta altura de líneas, ni este hieratismo de cadáver, ni tan completa grandeza geológica. El castillo, ruinoso, mudo y solitario, parece una enorme jaula cosida a las nubes bajas. Detrás queda Escalona, con su mesnada de casas prisioneras entre un cinturón de murallas salpicadas de jaramagos y ortigas. La luz, que es lumbre y hoguera sobre casi todos los paisajes toledanos, aquí cae fría, cariciosa, triste. A través de las almenas y ajimeces se filtran sus rayos con un piadoso resplandor funeral.

No quiere esto decir, ni mucho menos, que el paisaje carezca de cierto dinamismo. Un rebaño sube la enhiesta ladera guiado por su pastorcillo, que a limpia pedrada va disciplinando las ovejas. En lo alto de la carretera aparecen unas acémilas cargadas con pucheros de Alcorcón. Las pobres bestias sólo presentan vulnerables los ijares, y ahí es precisamente donde el arriero les atiza con saña, mientras nos da cristianamente los buenos días. A Dios rogando y con el palo dando. Pasan, más tarde, grupos de gañanes conduciendo sus mulas de labor. No cantan la consabida tonada melancólica, ni siquiera una donosa serranilla. Cantan la imbecilidad hecha carne melódica: "La java"... Junto al chozo próximo sestean muchos toros de lidia; de las charcas vienen apretadas legiones de hermosos mosquitos. A grandes zancadas huímos, camino de Escalona...

* * *

Henos ya en la plaza de Escalona, la plaza clásica, con sus castizos soportales y sus rechonchos postes de piedra, inmortalizados por el Lazarillo de Tormes. Los mejores edificios del pue-

blo están en esta plaza. El burgo, alineado en mesnadas de grises casuchas desde la puerta del Cabo, se ensancha aquí y se estira. Forman el costado más ancho unos palacetes modernos, que ponen su nota discordante en el vetusto ambiente. Sin embargo, esta blasfemia arquitectónica llena de vanidad a los indígenas.

Casi en el centro de la plaza hay una hermosa cruz de piedra, donada por D. Alvaro a sus fieles vasallos. Tiene por pedestal un amplio zócalo escalonado, y los bordes, labrados, forman rica cenefa. Enfrente se ve una posada humilde, con su ventanuco desportillado, balcón saledizo y rancio portalón: es el hostal donde el pobre Lazarillo trocó la longaniza por el nabo, viéndose obligado a devolver su botín al advertir las sutiles narices del ciego ejerciendo de fatalidad fisiológica. De la paliza casi épica que, por colofón de su hazaña, recibió el pequeño héroe aún se acuerdan en Escalona...

En cambio, nadie recuerda al otro lazarillo histórico, que luego de trocar el favor real por soberbios castillos, se vió también precisado a restituir parte de sus riquezas. Sólo que el ciego Rey, más cruel que poeta, confió al verdugo el último episodio de esta aventura picaresca.

Del trágico fin de D. Alvaro no queda rastro en Escalona. El castillo perteneció siempre a los Villenas y Ucedas, según aseguran en el pueblo. Y es que las tragedias cortesanas se olvidan pronto; sólo la risa popular perdura. Bien lo presintió ya el elegíaco Manrique:

Pues aquel gran condestable
maestre que conocimos
tan privado
no cumple que dél se hable
sino sólo que le vimos
degollado.

En los soportales fronteros, el Lazarillo acertó vengarse del amo. "Saltad todo lo que podáis", le gritaba frente al pilar de piedra. Y cuando el ciego se abre la cabeza, el comentario burlón brota adobado de rústico aroma: "¿Cómo olisteis la longaniza y no el poste?"

No le cupo igual fortuna al otro pícaro ingenuo que creyó en cédulas reales. Necesitó morir para apoderarse definitivamente del Rey. Los juveniles hechizos de la portuguesa querellante sirvieron de pasaporte para que tornaran a reunirse pronto D. Juan y D. Alvaro...

Hoy la plaza no recoge feudales querellas ni pícaros episodios populares. La hermosa cruz del

centro sirve de asilo a los valientes aficionados a las capeas. Salimos por la puerta del Cabo —portón militar rematado en campanario—, donde ha sido impresionada parte de la película *La Malquerida*. En las afueras, junto a un viejo convento de rústica traza, se alza un soberbio edificio moderno. Es una fábrica de harinas sistema húngaro. A Escalona no le basta, por lo visto, la poesía feudal de la piedra. Nos parece razonable, ya que donde no hay harina todo es mohina...

* * *

Por dentro, el castillo de los Lunas está peor que en ruinas. Al fin, las ruinas, cuando tienen el manto de la hiedra o el traje abigarrado de las florecillas silvestres, pueden inspirar sonetos casi aceptables. Aquí nuestros modernos vates bucólicos se verían "negros" frente a este esqueleto bárbaramente cercenado, como si sus verdugos hubiesen sido la dinamita o el cañón de grueso calibre. El tiempo, no satisfecho aún con devorar hasta el recuerdo del condestable, ha ajusticiado a la postre su castillo. Visto desde fuera, es el cromo poético, la estampa castellana

saturada de romanticismo. Piedra adentro, todo está acribillado, roto, maltrecho. Frisos y estucos árabes, rebanados de un solo golpe; boquetes enormes de misteriosas entrañas; desmantelados salones, enormes y abandonados... Diríasele un reflejo de la vida de D. Alvaro. De lejos, dominadora, triunfal, decorativa: el perfecto cromo feudalista, la estampa acabada del favoritismo real. ¡Pero tan dura, tan cruel y trágica apenas nos internamos en los entresijos biográficos del apócrifo Centón epistolar o de las Crónicas de los Reyes!...

Atravesamos la sala de armas, convertida hoy en virgiliano refugio de una piara de cerdos, y entramos en el salón de fiestas saltando sobre un viejo trillo que hace de portón. Nada queda en pie. Hasta la tierra ha sido ahuyentada bárbaramente, y unos hoyos enormes detienen el ímpetu del peregrino demasiado curioso. Agarrados prudentemente a la hierba, descendemos al hueco central, sentándonos en una piedra sillar caída de las paredes. No se nos puede negar cierta *pose* histórica: al menos, así pintan a Mario paladeando nostálgicamente las ruinas de Cartago.

El dueño de este castillo nació, según el ho-

róscopo, bajo la influencia de las dos constelaciones más funestas. Y toda la vida de D. Alvaro giró alrededor de ellas. Su destino se redujo a un choque de lanzas y un fragor de espadas para batir a los nobles en el tablero nacional. Y bajo la advocación de Venus, al cobijo de estos muros, fué su vida una continua embriaguez de eróticas justas, amorosos torneos, femeninas querellas: toda esa deliciosa gama de trovas en que tan sabia fuera la galante corte de don Juan...

Nos dice el guarda que algunas noches, en este salón desmantelado, se oyen risas ahogadas, llantos mujeriles que rasgan el aire, rumor de violines y chasquidos de besos misteriosos. Indudablemente, este guarda, además de ser de Quismondo, como el *Domïnguín,* es un romántico. O tal vez los ruidos se deban a alguna bucólica parejita, ganosa del silencioso recato del castillo, para rezar a la pagana diosa, que cada vez se interna más entre las cruces de los campanarios y los botareles conventuales de la mística Escalona...

Verdad es que las leyendas de amorosos fantasmas tienen aquí un recio precedente histórico. Este es el salón donde el condestable daba

sus fiestas, aquellas fiestas con ribetes orgiásticos preparadas entre Juan de Mena y Santillana, el que gustaba solazarse, no con frescas serranillas, sino con damas linajudas. También el Rey vivió temporadas enteras en el castillo, y no olvidemos que, según el cronista Pulgar, las dos facetas más sólidas del alma de Juan II fueron "la cobdicia et la luxuria"...

A raíz del drama de D. Alvaro, el castillo pasó al marquesado de Villena. Del favorito del padre, al favorito del hijo. Y los saraos y bacanales continuaron hasta los últimos años del siglo XVII. ¡Castillos de validos, que suelen ser honestos picaderos reales! Eso sí, envueltos en literario barniz. Aquí estuvo Garcilaso antes de partir a Italia; Juan Valdés, el autor de los *Diálogos de la Lengua*, también fué de los asiduos, así como Quevedo, que acudió al entronque de los Ucedas con los Osunas. ¿Tiene, pues, algo de extraordinario que las consejas populares sigan oyendo el blando retozar de las doncellas, las quejas de los galanes y el palpitante arrullo de las dulces palomas de Afrodita?

Nosotros no vemos desde nuestra piedra-observatorio las pulidas estancias ni acertamos a oír las endechas de amor. Por las acribilladas

paredes, cubiertas antaño de estofados admirables, trepan multitud de plantas parasitarias, envolviendo algún lirio silvestre. Aquí la Naturaleza se presenta en toda su salvaje libertad: desmontes absurdos, corros de hierba amarillenta, hendiduras de tumba, charcas de agua cenagosa... Por todas partes asoman lagartos buscando el sol, culebras que reptan despacio hacia las alturas, atronadores mosquitos que taladran el oído con su insoportable trompetilla. ¿Estamos realmente en el gran salón de fiestas del castillo de Escalona, o ante un panorama español contemporáneo?

Subimos un terraplén, y luego de atravesar el amplio pasadizo contiguo, desembocamos en una habitación reducida, que, a juzgar por su artesonado, debió de estar alhajada regiamente. Nos encontramos en la capilla del castillo. Navarro Ledesma, en una de sus correrías artísticas, trasladó al Museo de Santa Cruz todos los cuadros que aquí yacían olvidados. Gracias al malogrado escritor, Toledo posee hoy seis tablas de la escuela italoflamenca del siglo XVI como no las tiene actualmente ningún gran Museo. Creemos innecesario añadir que esta alondra literaria murió pobre. En España, lo único que no se

malogra son las larvas chamarileras disfrazadas de artistas.

Abajo, junto a las murallas que dan al río, se ve una estrecha y larga explanada cubierta de margaritas y amapolas. "Aquí estaban los baños de don Alvaro", nos advierte el guarda, guiñando picarescamente un ojo...

De los tales baños no quedan más que algunas columnas rotas. Si aquí se solazaron honestas damas, Moraimas ardientes o Florindas gentiles desecho de tienta y cerrado, no lo sabemos. No es un disparate suponer—dada la bizarría de D. Alvaro para engendrar bastardos—que entre las perfumadas aguas debieron perderse no pocas hojas de su amoroso breviario. Pero, a nuestra altura (30 metros sobre el Alberche), no es cosa de resbalar por las riberas eróticas como un ganapán de las letras.

Preferimos contemplar el río, que se adormece, casi inerte, poco galán y nada fachendoso. Seguramente el triste Manrique no se inspiró en él para sus coplas de pie quebrado. Entre el castillo y el río se descubren unos rodaderos labrados de manera inverosímil por los indígenas. Sembrar trigo a estas alturas en una tierra de inclinación máxima y sin disponer de aeropla-

nos nos parece hazaña digna de Hércules. Y más si se tiene en cuenta que abajo, en la inmensa planicie, se ven grandes trozos de tierra sin labrar. ¡Oh milagro de los latifundios! ¡Aquí está el trigo al alcance de la mano; para cogerlo no tenéis más que despeñaros!...

Frente a nosotros, la huerta de Baeza y el Parador riman juvenilmente con la hosca soledad del castillo. Encima están el Mocho chico y el Mocho grande; en el centro, la dehesa de Capizaletro; más allá, la del Quiribu, y al otro lado, el quinto del Moro y la Guadamilla. Dehesas, más dehesas... A la estampa le hacían falta unos toros, y ahí están, a la izquierda del río, entre juncos, chopos y charpas. Sestean apaciblemente; pero ya perderán su bucólica mansedumbre al escarbar la arena de nuestros cosos taurinos...

De vuelta al castillo, entramos en una estancia coquetona y agradable, menos aparatosa que el salón de fiestas y de un aroma casi familiar. Además, es la parte mejor conservada; aún se ve el arco góticomudéjar, esbelto y fino como hoja damasquinada. Vienen después otros arcos de cristiana decoración y árabe traza. Y todas estas formas decorativas del friso gótico, uni-

do al relieve mudéjar, nos hacen presentir el plateresco, único atisbo de Renacimiento español.

En esta recatada salita, el Rey y su corte de poetas se reunían a leer acrósticos, letrillas, coplas, serventesios y laberintos. Estamos, pues, ante un boceto de la primera Academia de Argamasilla. Con un poco de imaginación se puede reconstruir, y aun poblar, la coquetona estancia. He aquí al rey D. Juan presidiendo estos ágapes literarios, reclinado en un escabel magnífico. A su derecha está el condestable; a su izquierda, Juan de Mena. Tiene el Rey los hombros altos, grande el rostro, blanca y rubia la color, aventajada la estatura y desgalichado el porte. Gusta de los versos alegres e intencionados que hieren como dardos. No se le oye desde aquí; mas, a creer a sus cronistas, tiene el habla "arrebatada". Con tan gráfico adjetivo quieren decir que tartajea un tanto, a la manera de nuestro elocuente *Azorín*...

Junto a él, D. Alvaro, inquieto cual un insecto, menudo de cuerpo y de rostro, tiene, a pesar de sus años, un aire juvenil de paje. Sus ojos son penetrantes; la boca, sensual; biliosa la tez. Todo en él es flexible, gracioso y de resuelta an-

dadura. Agudo en las artes del bien decir, su ironía cae dentro de las fronteras del sarcasmo. Todavía no le ha ensoberbecido el poder real; aún es discreto, sagaz y cauteloso; muy galán en las letras y las armas, aunque excesivamente dado a holgar con las damas, y a las veces también con la Poesía...

Aquel otro caballero de color desabrida, talle desgarbado y rubias melenas de trovador es Juan de Mena, el poeta. Nunca manejó la espada; su arma constante fué la pluma. La única llamarada clara de elevación intelectual reside en sus ojos: unas luminarias de alta fiebre, que van consumiendo lentamente a su dueño...

Detrás de él está Villena: pequeño, grueso, colorado y socarrón. Le soltamos esta granizada de adjetivos para que alguno dé recio en la silueta del marqués. Tuvo siempre una personalidad doble, y aun triple, engarzada entre sofismas de un alto y sutil ingenio. La plebe, con su bajo hedor, le catalogó de astrólogo; en realidad, fué un físico eminente, muy bienquisto entre las damas: algo así como un Marañón del período feudal. Lo que no hemos de callar, "por más que con el dedo, silencio avises o amenaces miedo", es que no vistió jamás la guerrera co-

raza, prefiriendo usar el poderoso escudo de Minerva.

Con él discretea en voz baja otra figura conocida. Es D. Iñigo López de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago. En la corte le llaman marqués de Santillana. Tiene la cara abacial, fina y recelosa. El recto perfil de su nariz se ha encorvado con los años, dándole aspecto de aguilucho. Lo mismo le ha ocurrido a su corazón: cada vez se encorva, se vicia e hincha más codiciosamente. Pero, buen poeta y mejor histrión, de su menguada silueta sabe destacar los rasgos que le favorecen. También es fama que administra diestramente su vida y su hacienda...

Arriba, sobre el regio escabel y junto a un arco peraltado, se ven dos figuras doctas, sostenidas por uno de esos maravillosos paños que el Greco había de inmortalizar muchos años después. Uno es el obispo Alonso de Cartagena, de pura estirpe judía; otro, el altísimo poeta Fernán Pérez de Guzmán. También sus barbas tienen cierto tufillo hebraico. Con gran atención hojean un libro sazonado y hondo, en cuyo lomo dice:

*Alfonso Martínez, Arcipreste de Talavera...*

Al fondo hay un nutrido grupo de caras borrosas; seguramente pasan de doscientas. De vez en cuando asoma algún rostro familiar. Lope de Estúñiga, Juan de Dueñas, Gonzalo de Cuadros, Diego del Castillo, Suero de Quiñones. ¿Quién es capaz de conocer a tantos caballeros agrupados en círculo, como en el célebre *Entierro del conde de Orgaz?*

Dejamos la regia cámara pensando en la amalgama misteriosa que enlazó la vida de don Alvaro a la de su Rey. ¿Fué la amistad? ¿El temor? ¿Algún brujo encantamiento? Dicen las crónicas que el condestable dormía a los pies del Monarca. ¿Qué misterio sensual encierran las vidas de la regia larva y el insecto fino, de esbelto talle y alas agudas y cautelosas?

Nos saca de nuestras meditaciones el absurdo tableteo de las cigüeñas, continuo y prolongado, como descarga de ametralladora. Levantamos la vista, y, en efecto, están aquí, en el único torreón que aún no se ha venido abajo. Desde este torreón el campo tiene una angustiosa esterilidad. Se ven muchas charcas sucias, colinas chatas, ruinas agonizantes y, como único remanso consolador, el aterciopelado anillo de los cantuesos. Una cigüeña cruza batiendo el aire. El poe-

ma de sus alas rígidas rasga el infinito con la elegancia de una metafísica interrogación.

* * *

Hemos recorrido ya todo el castillo de D. Alvaro; sólo nos resta subir a la torre del homenaje. La empresa es difícil: en la escalerilla de piedra faltan hasta cinco peldaños consecutivos, y tras este vacío aterrador, las grietas se suceden para concluir en la altísima explanada. El guarda, actuando de Providencia, nos alcanza una escala silvestre que habría hecho las delicias de cualquier tartesio, pero que a nosotros, seres medianamente civilizados, nos da pavor. Subimos con miedo, justo es confesarlo; ahora, una vez arriba, nos pavoneamos, satisfechos de nuestro importante papel. Desde los tiempos de Juan II nadie ha visto este paisaje, al menos con fines desinteresados.

Tenemos enfrente los antiguos dominios de D. Alvaro. Todo cuanto abarca nuestra vista perteneció al señorío de Escalona. Nombela, Aldeancabo, Paredes, tierras adustas, secas, donde las pasiones andan sueltas, el pan tiene cochura

almogávar y la sangre se enciende con el zumo de la vid. Tierras dramáticamente sensuales, de *La Malquerida* y *Señora ama*...

Detrás, en plena sierra, Pelahustán y Nuño Gómez duermen apaciblemente a la sombra de pinos y encinas. Pelahustán viene de *fustal*, vedijas de paño árabe. Cuando D. Alvaro cazaba osos aquí, tan cerrado era el monte, que parte de la ropa quedaba entre la espesa fronda. También Nombela y Garciotum se derivan de Don Vela y García, caballeros serranos que permanecieron fieles al de Luna, y que al pasar Escalona a los Villenas se hicieron independientes. A la derecha está Cadalso, el pueblo en que don Alvaro no se atrevió a entrar jamás, quizá por su simbólico nombre. Así lo asegura la Erudición. En cambio, la Leyenda dice que ahí precisamente pasaba sus horas de amor el favorito, entre sumisas moras, agitanadas Dalilas y tal cual chapuza cristiana con honores de doncellez, pues en materia erótica siempre fué partidario de la libertad o, al menos, la tolerancia de cultos.

A nuestra espalda, el manto bíblico de los trigales vuelve a cubrir la tierra con su fecunda sonrisa de promisión. Se ven las ruinas poéticas

de un convento de jerónimos; luego, Guisando. Ahí están los célebres toros de piedra, toros gordos, iberos, que sirvieron para que la Beltraneja se quedase sin trono, gracias a una nobleza que se metió a husmear ciertos pecadillos regios con un impudor completamente prócer. ¿Serían estos nobles los precursores históricos del humorista académico marqués de Villaurrutia?

Cubre todo el paisaje un cielo alegre, sin una mancha. Sobre nuestras cabezas vuelan las palomas, y, confundidos con ellas, muchos milanos jóvenes ensayan su pesado vuelo de rapaz que otea su presa y desciende rápida, con la seguridad de un alcotán. Entre esta altísima dentadura de la torre, palomas y milanos han puesto su nido juntos, y no se devoran, aunque otra cosa crean los fabulistas. No sólo no se devoran, sino que se copian vilmente. Las palomas imitan el vuelo de los milanos, y éstos, a su vez, remedan el dulce batir de alas de sus compañeras. Un milano joven riza la onda azul con la candidez de una linda torcaza, mientras una tórtola blanca trata de sostenerse quieta en el aire, simulando bastante bien la rigidez de alas de las rapaces...

¡Palomas que en el vuelo quieren ser milanos! ¡Milanos que se disfrazan con la ingenua sencillez de las palomas!... ¿Realmente estamos viendo el paisaje desde el castillo de D. Alvaro, o ante el cromo sagrado de la patria mía?

# LA SONRISA HÚMEDA DE CASTILLA

## LA SONRISA HUMEDA DE CASTILLA

—¿Qué, viene usted mañana con nosotros? —me dicen varios amigos que preparan una excursión a Gredos.

—Ya lo creo que voy. Ser vecino de Toledo y no haber subido a Gredos es como vivir en Madrid y no conocer el Guadarrama. Pero con una condición: hemos de ir por tierras de Toledo. Nada de Avila ni del Espino...

—Conformes. La ruta es más áspera, aunque también más corta. Iremos a Talavera, luego a Arenas de San Pedro, rebasaremos las peñas de Almanzor y allá se verá dónde damos con nuestros huesos.

En tres automóviles salimos los nuevos argonautas, provistos de ese brío y esa dureza cel-

tíbera, legendario patrimonio de los antiguos exploradores que trituraron los continentes con su andadura esencialmente aventurera. Nosotros no pensamos descubrir nada, ni siquiera el Mediterráneo. Modestamente renunciamos a tal gloria, persuadidos de que los Pizarros contemporáneos se han trasformado por obra y gracia de los tiempos—¡oh fatídico siglo del anuncio!—en deliciosos Tartarines...

Hasta Talavera el paisaje ha sido plano, con cuestecillas que apenas son arrugas, con llanadas plenas de trigales, con verdes fajas de huerta siguiendo el curso del Tajo. Después damos un salto de cuarenta kilómetros por tierras de barbecho cubiertas de hierba ruin. A ambos lados de la carretera, dispersos, desaliñados y humildes, van pasando pueblecitos que tienen unos nombres cantarines, evocadores de romances clásicos. Velada, Navalcán, Montesclaros, Hontanares...

El paisaje empieza a cambiar en Ramacastañas. El agua, en forma de arroyo montañés, hace su aparición, alternando desde este momento el prado húmedo y mimoso con los secos trigales. Una fila de castaños avanza hacia la llanada con la decisión y el arrojo de todos los

precursores. Algunos pinos sueltos—guerrilleros audaces—otean de vez en cuando el camino. Abajo queda, recocida y solitaria, la hopalanda de eriales, remendada con los guiñapos de las rastrojeras.

Estamos atravesando un embudo montañoso. La carretera sube, vacila, se retuerce. La falange de pinos se hace más prieta. Brota ya el castaño prócer, de espesa sombra y poblada cabellera. Unos robles de enorme tronco envuelven en mansa dulzura la dinámica jeta de una cresta agresiva.

Momentos después aparecen las cumbres de Gredos. Los Galayos, engalanados con sus melenitas de nieve, buscan el cielo, hundiendo en él sus picachos con la terquedad rectilínea de todos los fanatismos. Muy hondo, se ve Arenas de San Pedro, acurrucado entre la fronda copiosa de un magnífico arbolado. La clámide de Castilla, tan seca y gris a nuestra espalda, ha quedado blanca y pura al lavarse en la clara poesía de estos regatos. Y sobre su trasparente luminosidad ha ido prendiendo la joya húmeda de los prados, la cinta plateada de los caminos y el broche señorial de un altivo remanso de pinos desnudos...

Desciende la carretera formando ahora recodos absurdos, y como un río acribillado de afluentes, va recogiendo infinidad de senderos, que se pierden en la espesura. En el fondo, se alinea la villa a ambos lados de la carretera con una disciplina eminentemente comercial. Sólo la retaguardia de casas carece aún, por fortuna, del moderno sentido de la urbanización. Unas ascienden en tropel, buscando el palacio de Borbón; otras suben lentamente en dirección al solitario castillo de D. Alvaro, y unos cuantos burgos pelean sueltos junto al cauce del Arenas, noble arroyo serrano de voz sonora y azuladas crenchas.

¡Linda villa esta de Arenas! El santo que te eligió, figura enjuta, formada por raíces de árboles, según asegura Santa Teresa, fué, sin duda, un exquisito catador de paisajes. Siempre fueron los franciscanos un poco panteístas. Otras Ordenes religiosas aman el yermo, la enseñanza o los títulos de la Deuda. Alguna mira el panorama con ojos de hormiga hacendosa, como los benedictinos y trapenses. Sólo estos paganos monjes amaron con delicia intelectual el esbelto pino, el roble aristocrático y el sensual naranjo, que recortan en forma de cruz...

Descansamos en la posada del pueblo. Mientras mis amigos salen a concertar el viaje con el secretario de la Sociedad Gredos-Arenas, yo marcho a recorrer la villa. Me gusta saborear el paisaje despacio, con esa sabia y golosa delectación de un viejo académico ante la bandada de modistillas que cruzan la acera.

Lo primero que me impresiona son los nombres de las calles, henchidos casi todos de una poética estela. "Calle de la Triste Condesa", reza uno de los rótulos. Y por si ello fuera poco para evocar la imagen del de Luna, surge un poco más lejos la calle del Condestable Dávalos.

La plaza Mayor se llama de Ramón y Cajal. Así, para que aprendan los toledanos, que a tres casas esmirriadas que miran al Tajo le han puesto el modesto nombre de Don Miguel de Cervantes...

En el extremo del pueblo se alza el castillo de D. Alvaro de Luna, fortaleza que el buen condestable Dávalos edificó en tiempos de Enrique el Doliente. Hundido este prócer por zancadillas palaciegas y confiscados sus bienes, cae el castillo entre las garras del conde de Benavente. Pero acechaba el de Luna, y ayudado por el amor, se calza con la mansión espléndida. Hay

una leyenda, de primitivo erotismo, que narra la sozanada luna de miel de D. Alvaro con Juana de Pimentel, hija del conde de Benavente.

Reconozcamos el buen ojo de tan encantadora pareja al elegir un retiro hecho para rezar el madrigal divino de la carne, con el ímpetu de estos arroyos que bajan de las cercanas cumbres y triscan, saltan y se retuercen alegremente entre la fragancia de los pinos y el perfume de los cantuesos. ¡Cuánto deben saber los carcomidos torreones de la cálida ternura de la condesa y del voluptuoso sentir de D. Alvaro!

Pero el amor a grandes sorbos—y de esto sabían mucho los griegos—suele arrastrar una tragedia por mortaja. Y el día en que la cabeza del condestable quedó colgada en la picota de Valladolid, doña Juana, con sus eternas tocas de viuda, se encerró en el castillo para no salir de estas montañas jamás.

¡Tristes tocas que pasearon su desamparo por las pintorescas calles de Arenas de San Pedro! ¡Tocas fúnebres, precursoras de aquellas que otra loca que fué reina vistió en el encierro de Tordesillas! A la esposa de D. Alvaro, sola con su amor y sus lágrimas, bastábale la caricia olorosa de los cipreses, la hidalga compañía de

los castaños y la trova del cercano río, que busca los cimientos del castillo, para ir cicatrizando el recuerdo candente de su perdido madrigal...

Muerta ya la condesa, Villenas y Santillanas, entre dádivas regias y entronques con descendientes del trágico favorito, fueron devorando la recia herencia de castillos y tierras, que desde Cadalso de los Vidrios va hasta Arenas, pasando por Maqueda y Escalona. Hoy está en manos del Ayuntamiento de la villa, que lo tiene arrendado a las cigüeñas. "Allá van los señoríos, derechos a se acabar y consumir..."

Es curioso que guarde siempre Toledo el epílogo histórico de estas almas sin ventura. Los cuerpos de D. Alvaro y doña Juana reposan en una capilla suntuosa de la catedral Primada. La muerte apartó sus vidas y la muerte las reúne. En el mito griego, las Parcas sólo sabían hilar; en el cristiano, las Parcas tejen y destejen, al modo de nuestros más preclaros políticos. Cuando vuelva a Toledo ataré el recuerdo romántico de este castillo a las dos estatuas yacentes guardadas por los monjes y caballeros santiagueses, que velan de rodillas el eterno sueño del infortunado matrimonio...

Mientras tornamos al pueblo anochece ya. Desde un altozano, mordido por casitas chatas, lanzamos la última ojeada al castillo de D. Alvaro. Y la triste figura de la pálida condesa ha aparecido de pronto sobre la desdentada torre, tapándose las mejillas con sus finas manos. La hemos visto en lo alto de este escenario como los cromos milagreros de los santos. Y juraríamos que sus lágrimas, sólo sus lágrimas, son el único manantial que da origen a ese arroyo que se retuerce al margen de la villa, buscando oscuramente los sombríos hontanares de las cercanas cumbres para rezar allí una sorda plegaria que encierra todos los dolores del Kempis...

* * *

Durante la cena mis compañeros explanan el programa del día siguiente. Ya tienen guía: un fiero cazador de rebecos, que nos aguarda en Guisando. Saldremos a las seis de la mañana, para llegar a dormir en el último refugio. Mientras devoro una riquísima trucha declaro solemnemente:

—Señores, yo no subo a Gredos. A mí las cumbres no me atraen. Zaratustra me ha pa-

recido siempre un enfermo. Todo eso de que la vida quiere elevarse, superarse a sí misma y demás zarandajas bélicas me hace el mismo efecto que la retórica de película. Mientras ustedes escalan el cielo yo me quedaré soñando a la sombra de este valle risueño del Tiétar, oyendo la canción del agua, la única que murmura libremente en España. Me encanta este paisaje tan tierno, tan azul, tan parecido a mi bendito Pirineo...

—¡Todo eso es música; no le hagáis caso! A lo mejor se quiere quedar con alguna camarera de las que hemos visto en ese café...

—Están ustedes en un error—rechazo—. A mí me basta con una mujer a quien amar, siempre que no sea una camarera; con un libro que hojear, siempre que no esté escrito por un literato de la generación del 98...

—¡Que se calle!—ruge el coro—. Aquí no hemos venido a admirar el paisaje, sino a subir al pico más alto...

—Si no quiere venir, que se quede... cuidando los automóviles—añade otro compañero, indignado.

—Ya lo creo que me quedo. Buen viaje y que suban ustedes muy alto. Si descubren la nueva

ruta de Toledo a las lagunas de Gredos me avisan. Yo no me expongo a un homenaje; la idea de ser el número uno en cualquiera de los escalafones del Globo me causa una repugnancia infinita...

Al amanecer, mientras la caravana escala los primeros riscos, yo, como mis primitivos abuelos, voy buscando la caricia húmeda del bosque, donde las ramas son trenzas de amadriadas. Quiero hundirme, cual un druida, en la sombra misteriosa de los grandes árboles; embrujar mi vista en los manantiales bruñidos de azul; recrearme con la alegre tonada del río Arenas, que acaso sólo sea la despeinada cabellera de alguna ninfa dormida en el casto regazo de nieve que se ve en lo alto, cubriendo las crestas desiguales como almohadones caprichosos y fantásticos...

Atravieso un puente y me interno por el viejo camino de Guisando. El sendero se enrosca en las hondonadas, gatea por las colinas, vacila y se expande un rato en las plazoletas cubiertas de verdura. Sólo se mantiene duro y recto al entrar bajo la disciplina augusta de los pinos.

Llevo a mi derecha la otra senda, la del río Arenas, que baja mientras yo subo. Pero al

igual que el camino, el cauce duda, juega y retoza con los salientes de la roca, con las raíces de los árboles, con las pequeñas zancadillas de los guijarros. Y así, abajo, se enreda el agua, mil veces quebrada por los rayos del sol, que le prestan su brillo metálico, hasta formar una complicada red, gemela a la que van tejiendo por encima de mi cabeza las dinámicas copas de los castaños y el espeso ramaje de los nogales, ondulante y caricioso, como brazos paganos sedientos de amor...

Una tras otra, surgen dos serrerías mecánicas, con su claro cortejo de tablas y el ruido intolerable de sus motores. Luego, junto a otras fábricas resineras, cuyas lenguas de vapor avanzan a lamer las ondas puras, me detengo a preguntar qué distancia habrá a Guisando.

—Para el andar de usted, dos horas—me responden con filosófica certidumbre.

En vista de ello, me tumbo en la primera colina, tomando por almohada las reumáticas raíces de un viejo nogal. ¡Cuánto mejor se está aquí que en esas calvas cumbres, que amenazan caerme sobre la cabeza! Hace tres horas que mis amigos salieron de Arenas. Iban pertrechados mejor que aquellos antepasados míos, Pedro

de Ursúa y Lope de Aguirre, cuando partieron del Perú para conquistar El Dorado. Por mi parte, me siento feliz al pensar que a esas heladas montañas, rotas a hachazos por algún gigante de abordaje homicida, van a subir mis compañeros, en tanto yo, perdido en este tibio rincón del bosque, aspiro el perfume de los manzanos y perales que crecen junto a las lindes de la huerta y hacen revivir mi infancia, recordándome el vestido, siempre húmedo y azul, del Pirineo navarro...

El hechizo de este trozo de Gredos es que vuelvo a rumiar mi égloga vascongada. Hay nogales de sosiego norteño abrazados a maduros castaños, pinos altísimos, solitarios, de un individualismo ferozmente castellano. En cierta hoya de misteriosas entrañas, grandes corros de ariscas encinas asoman sus ramas de femenina gracia, pulidas y adobadas con el esmero de la más experta coqueta, para escuchar la canción del agua. Algunos cerezos jóvenes, ensimismados con el brujo encanto del río, insinúan entre el verde follaje la roja sonrisa de su fruto, que parece el madrigal de unos labios encendidos de amor...

Luego de haber reposado, emprendo la marcha por la carretera, limpia y nueva, que va ci-

ñéndose a la falda de estas sierras con erótico afán. Mientras se enrosca, anda y desanda las ásperas cuestas, presencio el espectáculo más grandioso que ningún bardo pudo soñar. Ni siquiera la ascensión de varios kilómetros me parece penosa. La vista se pierde en la selva, enredada como salvaje cabellera donde jamás ha entrado un peine. A esta orgía visual se suma el olor fuerte del tomillo y romero, el intenso aroma de los pinos, el perfume de las jaras en flor y de las infinitas hierbas silvestres, que embriagan como carne joven de la más fragante Sulamnita engendrada por la fantasía insaciable de un Salomón...

A medida que se sube, el paisaje se agiganta. Brotan pinos de quince y veinte metros de altura; pinos erguidos, sin un nudo y con la copa retadora a semejanza de un plumero inmenso que aspirase a limpiar de nubes bajas el magnífico cristal del cielo. Pinos castellanos, de ascético matiz, que alargan sus duros índices como si maldijesen de algo muy alto y muy lejano. Entre el césped acolchado de cantueso, hierbabuena y tomillo, este sagrado palio de pinos parece aguardar el paso de una procesión pagana que no llega nunca...

No se ve la menor lacra sobre el verde tapiz: ni una roncha rojiza, ni una mancha pelada de esas que tanto afean la piel toledana. Todo ríe y llora a la vez; pero con un llanto de gozo que resbala lentamente por los prados florecidos. Son unas gotas brillantes, eternas, conscientes del milagroso hechizo de estos regueros sutiles, que ellas mismas han ido hilando al juntarse sobre el césped. Es la sonrisa húmeda de la seca Castilla. Por eso, cuando asoma algún peñasco, como herida reciente abierta entre las greñas de la hierba, estos hilos aguardan pacientemente a engrosar su caudal con el nuevo llanto que sin cesar baja de las cumbres, y entonces se derraman por los bordes en forma de cascada a abrir el lecho de un nuevo arroyo, que marcha cantando como un trovador en plena adolescencia...

Allá en lo alto, donde la carretera va a internarse cabe la falda de una enorme montaña, me detengo para mirar hacia abajo. Por la hondonada camina el río metálicamente azul, con mucha espuma blanca en los bordes de sus labios juguetones. Encajonado entre estas moles tan inmensas, perdido en el fondo de esta decoración gigante, no da la sensación de un río señorial,

sino del chorro de ácido úrico que se le ha escapado a algún dios mitológico.

Me divierte verle correr tan ágil, tan infantil, tan encaprichado por morder los pies de las altas montañas. A veces forma pequeñas balsas y lagos microscópicos de añil; pero se cansa pronto, y dando una voltereta, cuya espuma blanca se deshace en gotas cascabeleras, torna a emprender su rápida andadura.

Los montes se suceden coronados de pinos. Alineados y correctos, como el ejército más disciplinado, rebasan el horizonte. Habrá cientos de millares. Sólo que esta legión vegetal no arrasa el paisaje, a imitación de los ejércitos humanos; por el contrario, es la reserva que la Naturaleza echa por delante a los madereros, pastores, secretarios, alcaldes y demás fauna demoledora del bosque. Estos árboles son los pebeteros que preservan la llanura de la helada respiración del alud, del nevado furor de las cumbres y de la temible siega con que nos amenaza la guadaña invernal. Y, a la vez, son la sombra fragante y tibia que nos librará más tarde del ardor calcinante de nuestro padre el Sol.

A todo esto, ni un instante han dejado de perseguirme, en cada recodo del camino, en cada

arruga del divino vergel encantado, los montes nevados; el blanco guiño deslumbrante, que me atrae como el beso helado a una boca febril. Cuanto más desolada, áspera y estéril me aparece la montaña, más me embriaga este hechizo fecundo y risueño del valle. ¡Cumbres de Gredos! Vistas desde aquí, tan frías y eternas, sois como el mondo esqueleto que los epicúreos gustaban contemplar en medio del sensual deleite de sus espléndidos festines...

* * *

Antes de entrar en el pueblo subimos por una amplia escalinata que desemboca en el palacio de Borbón. El tal palacio carece de aspecto dramático y feudal; más bien tiene aire de minué. Aquí no ha podido incubarse ninguna tragedia; tras estas paredes debió anidar el sainete, un sainetillo corto, picaresco, de esos que están pidiendo música retozona de Guerrero o Alonso.

Y, en efecto, el solo nombre de su fundador —D. Luis de Borbón y Farnesio, infante de España — trae a mi memoria toda la pintoresca historia de este retiro, que edificó para solaz de su destierro.

Me parece estar viendo el retrato—mucha na-

riz y mucha nuez—que hay en la catedral de Toledo. Porque D. Luis fué arzobispo de Toledo y cardenal para los diez años de edad. Y es que teniendo una madre como Isabel de Farnesio todo es posible en España. De poco sirvió que la curia romana—que tampoco era manca—se las ingeniase, para soslayar el conflicto, nombrando a nuestro infante administrador espiritual y temporal del arzobispado. La italianísima reina sonrió satisfecha; cuatro años más tarde adjudicaban a D. Luis la mitra de Sevilla, y si no muere Felipe V se calza con todas las diócesis de la Península.

Estas esposas italianas de los Borbones, como Isabel y María Cristina, son madres demasiado prolíficas, hábilmente intrigantes y bastante aficionadas a rebañar cargos, prebendas y doblones para su fecundo hogar. Son matronas que donde pisan, dejan las losas económicas temblando anémicamente. De la sinceridad de estos rasgos que atribuimos a Isabel, así como a María Cristina y sus Muñoces, responda el cielo o su representante histórico en la tierra, marqués de Villaurrutia.

Con tan poderosas agarraderas, la vida del flamante cardenal empezó a discurrir plácida-

mente por cauces llanos y fáciles, donde rara vez se tropieza con los baches de la austeridad. Por si fuera poco, su madre lo empleó cerca de Fernando VI en calidad de filial espía, y las cartas cruzadas entre madre e hijo con tal motivo no son precisamente un modelo de santidad. Luego D. Luis—el nombre obliga—no tuvo reparo en acceder cortésmente a las exigencias de su médula. Fué un cazador experto. Cazaba de día en las regias posesiones toda clase de reses mayores; cazaba de noche en bodegones y colmados, poco próceres por cierto, típicas manolas, sabrosas castañeras y hasta aguadoras castizas...

Lo malo fué que al subir al trono su hermano Carlos III empezó a aguarle la fiesta a nuestro madrigalesco cardenal. Le hizo renunciar al capelo y al arzobispado, obligándole a que se casara, si no con persona de su igual, por lo menos "honesta e ilustre". Como se ve, el bueno de Carlos III no toleraba juergas en la familia ni en la nación. Su empeño en adecentarnos y extirpar nuestras raíces africanas hace presumir que el Monarca no andaba muy bien de la cabeza, y lo pagó este pobrecito amador con el destierro y el matrimonio; es decir, dos agravantes...

Y eso que su mujer, María Teresa Ballabriga, debía ser una infeliz. Dijo amén a todo y se avino gustosa a vivir en Velada—el primer pueblecillo que hemos pasado viniendo de Talavera — hasta que el palacio estuvo habitable y pudo trasladarse aquí el bendito matrimonio.

Lo mejor que tiene es el emplazamiento. ¡Qué bien colocado está este prosaico palacio de Borbón! Parece un gigante, a cuyos pies se ha tendido el pueblo de Arenas, con sus huertas festonadas de naranjos y limoneros. La fachada, aunque grandiosa, destila toda la vulgaridad del neoclasicismo imperante en aquel tiempo. Hay, en cambio, dos explanadas, cuajada una de parras y defendida la otra por larga hilera de pinos, que me reconcilian con este nido del amor legal. Encima, casi al alcance de la mano, las viejas cumbres de Gredos, con su cabellera encanecida por la nieve, contemplan envidiosas el caliente regazo del valle del Tiétar.

Hay algo de frustrado, de roto, de triste, en el palacio, y, sin embargo, no emociona. Un buen día el infante se sintió morir entre estas paredes y escribió a su regio hermano: "Me acaban de sacramentar; te pido por el lance en que es-

toy que cuides de mi mujer y mis hijos y de mis pobres criados."

Y así fué. Lorenzana, el último gran arzobispo fastuoso que tuvo Toledo, se encarga de la familia. El hijo varón queda en el palacio arzobispal, sus hermanas van al convento de San Clemente. En cuanto a la viuda, el rey, para calmar sus levantiscos nervios, que más de una vez pusieron en un brete al enamoradizo D. Luis, le asigna doce mil ducados de renta y el derecho a la sucesión en el título de condesa de Chinchón. Con esta pequeña estratagema los huérfanos se convierten en vulgares Ballabrigas y se les escamotea el Borbón.

Parecía que estos niños debieran acabar borrosamente, el uno, de canónigo en Toledo, y las chicas, de monjas profesas. Pero vino la huéspeda, queremos decir la maja María Luisa, que casa a su musculoso amigo Godoy con la mayor de las hermanas. Los Ballabrigas vuelven a ser Borbones, y el niño recogido por la caridad de un prelado es electo arzobispo de Toledo y Sevilla a los veintiún años. Estamos en pleno sainete. Al padre, el casamiento con una dama aragonesa le cuesta la mitra y el destierro; al hijo, el enlace de su hermana con el garrido Godoy lo

eleva a las dignidades más altas. "A unos da encomiendas, y a otros, sambenitos; cuando pitos, flautas; cuando flautas, pitos..."

El nuevo arzobispo se acordó siempre de este palacio de Arenas, donde discurrió su infancia. Cuando hubo que remozar el altar mayor de la catedral de Toledo, la madera fué llevada de aquí por instigación suya. Siguió haciendo obras en el palacio y en él dejó su rica biblioteca, aunque tanto él como su padre no le hicieron mucha competencia a Salomón. Eso sí: todo lo que D. Luis tuvo de enamoradizo lo sacó el hijo de casto.

Su retrato, pintado por Goya, está en el Museo del Prado. Un hombre así tenía que llegar a todo España. Y llegó. Fué hasta regente en las Cortes de Cádiz. Este brochazo liberal en un príncipe de la Iglesia no puede negarse que es original...

En Toledo guardamos el epílogo histórico de esta vida. Allá en la sacristía, a la derecha, tiene su mausoleo. La estatua yacente refleja tanta bondad como escasa inteligencia. Junto a él se conserva un retrato al óleo del propio cardenal, donde las pinceladas espirituales quedan aún mejor definidas. Fué bueno, casto, tonto, un poco

danzante y algo liberal... Pidamos a los dioses sean siquiera como él todos los Borbones que nos depare el Destino...

Me dicen en la posada que esta noche se veía lucir en las cumbres de La Mira una gran fogata. Es la señal de que a mis amigos les va excelentemente allá arriba. Yo lo celebro mucho; pero continúo acariciando con los ojos mi virgiliano retiro.

He buscado un mecánico indígena, que prepara el coche, y nos vamos, carretera de Avila adelante, hasta el Puerto del Pico, que es donde termina este pequeño paraíso. En seguida el camino se interna en un laberinto arbóreo, en el que los pinos se entrelazan como verde dosel para cobijar nuestra marcha. A trechos se rasga un poco y nos deja ver las cercanas colinas, cubiertas de prados húmedos y casitas blancas, asentadas con la gracia de los caseríos vascos.

Al acercarnos a un pequeño valle, salpicado de castaños y pinares—un delicioso valle recortado en forma de jardín—, divisamos en el pico más alto un lindo *chalet* moderno. Según me informan, pertenece a cierto bolsista de Madrid. He aquí un hombre que ha sabido compaginar la aridez de las finanzas con la belleza arrobadora

de este rinconcito de égloga. He aquí un alma de Médicis, un banquero que ama el paisaje... Claro que una golondrina no hace verano.

El camino serpentea entre árboles que ostentan cruces de madera. Casi a nuestros pies, el arroyuelo Avellaneda parece sonreír con humorismo sano de la ascética línea que llevamos a la izquierda. Aquí ha logrado el panorama su plenitud de belleza. Huele a naranjos. Se ven flores rojas, azucenas, margaritas, cantuesos en flor, que engalanan el cauce del arroyo. En el fondo de este maravilloso cuadro ha florecido el almendro, y miles de motas blancas brillan muy abajo, mientras arriba la cadena de Gredos nos advierte que no todo en la vida es perfume sensual, luz cálida y alegría de flores; en la cumbre nos esperará siempre una indiferente frialdad.

Me sorprende que a los frailes se les haya escapado este delicioso oasis. Pero en seguida diviso un edificio sospechoso: es, ¡naturalmente!, el convento de franciscanos. Pequeño, limpio y claro, sus paredes se desprenden poco de la tierra. La arquitectura es bastante prosaica; con decir que fué obra de Ventura Rodríguez queda hecho el elogio de su trazado pedestre y ramplón.

No es cosa empero de seguir adelante sin echar un vistazo a la iglesia. Nuestros ojos, acostumbrados a la suntuosidad del templo toledano, lanzan una mirada de conmiseración a estos altares un poco aconfitados. La urna con la reliquia de San Pedro Alcántara no nos interesa; en cambio, el santo, sí; este santo recio y asceta que supo elegir tan bello encierro. Lo cual demuestra que la mística y la estética van hermanadas en toda personalidad fuerte y sincera.

La huerta del convento es de lo más divino que pueden contemplar humanos ojos. ¡Qué bien se debe vivir aquí, lejos de todo ruido, rumiando las horas con ese sosiego clásico de los místicos poetas! Los franciscanos, como antaño los jerónimos, tienen acaparados los mejores paisajes de España. Aranzazu, Guadalupe, Arenas de San Pedro...

Con libertad para pensar en Jehová o en Júpiter, no tendríamos ningún inconveniente en recluirnos de por vida entre estos muros que guardan los huesos de San Pedro Alcántara. ¿Qué mejor retiro podríamos apetecer? Arriba, para estrangular nuestras vanidades, la helada mole de Gredos; abajo, para descanso del es-

píritu, el perfume enervante del naranjo, la gentil apostura del almendro, la romántica inercia de castaños y nogales, la majestuosa suntuosidad del roble, el recato austero de los olivos, la nostálgica fragancia del pino, el rumor infantil del arroyo, adormecedor y monótono como una canción de cuna...

Pero es preciso marchar, y nuevamente volvemos al túnel de fronda que cubre la carretera. De lejos saludamos al minúsculo pueblecito de La Parra. ¡Qué casitas más chatas, más humildes y simpáticas! Parecen hechas con cartón algo sucio. Al borde de la carretera hay dos bancos de piedra, donde se sientan los veraneantes. Madrid da un pequeño contingente de señoritas anémicas, muy clase media. Y así los banquitos tienen esa fragancia quinteriana, tan tierna y tan cursilita, de *El amor que pasa* o *Puebla de las mujeres.*

La carretera se precipita ahora con audacias de catarata sobre una tierna colina rematada en explanada. Se ve un castillo señorial, con sus esbeltos torreones, casi nuevos y su pulcra portada guarnecida de heráldico blasón. Estamos en la Puebla de Mombeltrán.

Difícilmente volveremos a encontrar otro pue-

blecillo tan risueño y pintoresco. La carretera le raja en dos partes, formando calles rectas. A la entrada de la villa un arroyo se desploma como desde una taza natural y se pierde entre la espesa madeja de los árboles. El agua canta casi en los tejados de las casas. Muchas de ellas ostentan blasón, a semejanza de los caseríos montañeses del Pirineo. Mombeltrán es el centro de las cinco villas del barranco; me recuerda este valle algunas ricas aldeas navarras. Lesaca, solar de indianos; Echalar y Sumbilla, surcadas de regatos, y, sobre todo, Yanci, altísimo crisol de aventureros y contrabandistas, únicas águilas que aún no han logrado aprisionar las históricas cadenas de Navarra. Acaso Santesteban sea nuestro Mombeltrán heráldico...

Mientras voy huroneando por el pueblo en busca de datos con limosnera terquedad, oigo una voz femenil que canta:

Dicen que soy presumida
porque soy de Mombeltrán.
Si fueras tú de esta villa
aún presumirías más...

Y luego, cambiando la tonada en un ritmo lleno de fragancia montañesa, parecido a los cantos asturianos y santanderinos, repite:

Eres como las rosas
de Alejandría.
Eres blanca de noche,
roja de día...

Por lo visto, la gente vive aquí satisfecha y alegre. Todavía a la salida del pueblo, la voz hombruna de un mozo desgrana su correspondiente copla que debe ponderar las especialidades del valle, a juzgar por el estribillo zumbón:

.....
Y en Mombeltrán buenas mozas
si no anduvieran descalzas...

Siempre se aprende algo nuevo. Para estos hidalgos de Gredos, una pierna modelada al desnudo es poco estética. Su ilusión corre tras esas piernas de las grandes ciudades forradas con medias de seda. Ya se lo dirán de misas, o, lo que es igual, de callos y juanetes...

Tras de rebasar una loma tapizada por los recios mugrones del viñedo, nos encontramos ante las paredes melancólicas del castillo de Mombeltrán, que no tiene ciertamente un gran aspecto guerrero. Nada de hoscas saeteras ni de fieras poternas; todo en él es blanco y acicalado, como el paisaje. Los torreones imitan la delicadeza matronil de las curvas femeninas. Y es

lógico que así sea, pues la fortaleza perteneció a un bello paje de lanzas, D. Beltrán de la Cueva, cuyo empuje hercúleo—a semejanza de Godoy o el duque de Riánsares—no estuvo precisamente en el brazo, sino un poco más abajo, como diría nuestro padre Mariana moderno, el formidable marqués de Villaurrutia...

Mombeltrán, que antes se llamó Colmenar, perteneció siempre al señorío de Arenas, propiedad del buen condestable Dávalos y en consecuencia, de D. Alvaro de Luna y de la pálida condesa. Pero esto duró poco; años más tarde el castillo caía en las amorosas garras de don Beltrán, que debió utilizarlo—lo mismo que el Alcázar segoviano—para sus escarceos sentimentales con la bella reina portuguesa, en tanto el doliente Enrique, como después Carlos IV, cazaba con el fiero ardor de un Acteón novicio... Y esto no lo inventamos nosotros: lo afirman todos los nobles, desde el intelectual Villena hasta el violento Carrillo, arzobispo de Toledo.

A todo esto va siendo hora de almorzar, y precisa buscar un sitio resguardado donde devorar nuestras provisiones. Volvemos al automóvil, a correr más aún, entre pinos que asoman al camino sus copas erguidas y litúrgicas. Sal-

tan por todas partes arroyos de agua finísima, que deja sobre cada piedra un rosario de gotas. La carretera baja y sube locamente; al fin se hunde en una hoya aderezada de nogales.

Descendemos en un recodo lleno de pinos, junto al manantial más puro de toda la serranía. El mecánico, como buen montañés, aborrece el agua, y se dedica al tintillo. A mí me encanta el juvenil hechizo de este regato, el ruido sosegado del agua entre las raíces de los árboles; pero tampoco la pruebo. Claro que nada me costaba registrar aquí la ofrenda druida de unos cuantos vasos. Ningún escritor romántico habría prescindido de semejante detalle. Mas por eso no fueron cronistas sino histriones de una época. Bagaría me hubiese imitado, seguramente, en esto de no probar el agua. Y es que hoy los únicos historiadores sinceros de la España actual han de ser humoristas o caricaturistas.

Antes de emprender el regreso a Arenas hemos de subir aún al Puerto del Pico. El primer pueblo que nos sale al paso—Cuevas del Valle—ofrece un conjunto más rudimentario y pobre que Mombeltrán o Arenas, pese a lo cual, a mí me parece más bonito. Ni una casa moderna, ni una fábrica; todo son caseríos montañeses con

aire de juguete, huertas que parecen jardines, y agua, mucha agua. Un arroyo se despeña en las mismas narices del pueblo, rugiendo, saltando, desmelenándose, no con hervores de desbordamiento, sino con la dulce lentitud de una caricia amorosa...

La carretera vuelve y revuelve precipitadamente, como un tobogán. Al fin enfilamos el puerto. Si esta carretera la construyen los yanquis, sus maravillosas eses estarían anunciadas incluso por radio. Como la han trazado ingenieros españoles, aquí yace desconocida y olvidada. Sus ondulaciones de sierpe, en la falda casi vertical del monte son de una audacia asombrosa. Tan maravillosamente construída está, que nunca ha ocurrido la menor desgracia. Bien es verdad que el día que un *auto* se despeñe no quedan ni los rabos...

Ya estamos en la cúspide del Pico; desde aquí podemos paladear la síntesis completa de este paisaje. En los límites del horizonte, Gredos; picachos descarnados que se arropan en su blando sudario. Abajo, el valle; una tupida maleza arbórea, una flora de vergel tapizando la tierra, surcada por venas de agua. Toda la infinita variedad de frutales en las huertas; frondosos ali-

sos y alegres almendros en las lindes. Y como aliento cálido de esta vegetación exuberante y lujuriosa, de naranjos y limoneros, mezclado al de los pinos y de algún cedro enjoyado. ¡Lástima que estas lomas divinas no estén rasgadas por un ferrocarril! Bastaría prolongar el de Almorox por Escalona y Navamorcuende para penetrar en Lanzahita, llegar a Ramacastañas, Arenas y Candeleda; taladrar todas estas vegas fecundas que cobija Gredos, desde el Piélago hasta Yuste...

Al anochecer volvemos a Arenas. Me dicen que hace un rato regresaron los expedicionarios, pero tan rendidos y maltrechos, que todos están durmiendo. Inconvenientes de las cumbres. Yo, en cambio, me encuentro soberanamente ágil.

Salimos a la mañana siguiente, con el alba, como Don Quijote, camino de Talavera. Durante el viaje, mis amigos no cesan de ponderar las altas lagunas circundadas de peñascos, los terribles ventisqueros que rasgan las nubes igual que la hoja aguda de una espada. Cuentan con unción casi mística los saltos que han visto dar a algunas "Capras Hispánicas". Luego siguen machaconamente describiéndome cómo salta el agua escalonada de laguna en laguna, hasta dar

con la garganta de Escobos. Durante muchos días sólo sabrán hablar de la Plaza de Almanzor, de la laguna Cimera, del Risco Negro, de la Mogota y del Fraile. Yo, en cambio, añoraré toda mi vida el dulce nido de Arenas, iluminado por la pálida sonrisa de la triste Condesa; la graciosa colina del palacio de Borbón, donde aún cabalga la pagana silueta del infante amador; el empaque heráldico de Mombeltrán, hambriento madrigal de una reina que careció de tálamo legítimo; la delicia de estos claros arroyos, limpia sangre escapada de las neveras de Gredos; todo el húmedo regazo de Castilla la yerma, la de calveros y eriales, que hasta para sonreír se oculta, temiendo desarrugar su legendario gesto austero...

# ÍNDICE


| | Páginas. |
|---|---|
| Por los senderos del mundo creyente | 7 |
| Señora Doña Venus | 101 |
| Glosa humilde de los cigarrales | 117 |
| Sinfonía lírica de los cigarrales | 133 |
| La procesión de Bargas | 151 |
| La de los suaves melindres y los regios hidalgos. | 171 |
| La ruta del lazarillo | 195 |
| Maqueda, la bien situada | 213 |
| El castillo de Escalona | 229 |
| La sonrisa húmeda de Castilla | 253 |

868.59
U72p

868.59 U72P
a39001 008204854b

S. A.

5

ados

AUBURTIN, VICTOR.—Un vaso con peces de oro.

AVERCHENKO, A.—Memorias de un simple y Los niños.

BENJAMIN, RENE.—Gaspar.

— El comandante Pipe y su padre.

BENNET, ARNOLD.—Enterrado en vida.

— El "matador" de Cinco-Villas

— La viuda del balcón y otros Cuentos de Cinco-Villas.

CAMBA, JULIO.—La rana viajera.

— Aventuras de una peseta.

— Alemania.

— Londres.

— Playas, ciudades y montañas.

— Un año en el otro mundo.

COURTELINE, JORGE.—Los señores chupatintas.

— Boubouroche.

CHEJOV, ANTON.—Historia de una anguila y otras historias.

— La cerilla sueca.

GOMEZ DE LA SERNA, RAMON.—Disparates.

— El incongruente.

— Ramonismo.

HARRISON, H. S.—Queed, el doctorcillo. Dos tomos.

HELTAI, EUGENIO.—Manuel VII y su época.

— Family Hotel y Mi segunda mujer.

— La modistilla (cuento de verano).

— Los siete años de hambre y Cuentos.

— La Verdad a perra chica.

MEDINA, TIRSO.—La dama de los peces de colores.

MIKSZATH, KALMAN DE.—Gente de rumbo y El caftán del sultán.

NERUDA, JAN.—Cuentos de la Malá Strana.

REVESZ, ANDRES.—Antología de humoristas húngaros.

SZOMAHAZY, ESTEBAN.—El dramaturgo misterioso.

VEBER, PEDRO.—Los cursos.